Hermes Giménez Espinoza

MEMORIAS DE DIOS

ARANDURÃ
EDITORIAL

A mucha gente sorprendió que en 1987 Hermes Giménez abandonara, sin muchas explicaciones, una carrera teatral iniciada a la edad de 15 años. Numerosas actuaciones como integrante del Teatro Estudio Libre, de La Farándula, del Grupo Aty Ñeé y como director del Pax-Teatro, demostraron que la formación recibida de maestros de la talla de Ramiro Domínguez, Osvaldo González Real, Aurelia Lofruscio, Enrique Buenaventura, María Escudero, Josefina Plá o Rudi Torga, le habían convertido en un actor que, a los 34 años, todavía prometía dar mucho a la escena paraguaya.

Hermes Giménez volvió a sorprender a quienes lo conocían cuando, en 1997, su primera novela, *El amor que te tengo*, publicada por esta misma editorial, ganó el Primer Concurso de Novela del Club Centenario, en la categoría de autores inéditos. Era el resultado

Y se arrepintió Jehová de haber hecho
hombre en la tierra
y le dolió en su corazón

Gen. Cap. 6 - Vers. 6

Hermes Giménez Espinoza

MEMORIAS DE DIOS

Asunción, Paraguay
2002

© Hermes Giménez Espinoza
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 1074
Telefax: 214 295

Ilustraciones y dibujo de tapa: Jacobo Wittkowski

A mis padres.

A las mujeres que amo:
Graciela
Yanina
Nora
Lea
María José

Índice

PERSONAJES 11

ANFITEATRO 15
Capítulo 1 21

TESTAMENTO
Señorío de Némesis sobre el universo
Acción absurda del tiempo
Primera maldición 33
Capítulo 2 45

TESTAMENTO
Música del paraíso 55
Capítulo 3 67

TESTAMENTO
Némesis se duele de su juventud
desperdiciada. y rebusca en su memori a
detalles para su martirio 77

ANFITEATRO DOS 95
Capítulo 4 101

TESTAMENTO
De los políticos y las desgracias que acarrean
sus prácticas y la de sus servidores 109
Capítulo 5 121

TESTAMENTO
Némesis demuestra su sabiduría sobre
los ámbitos de la vida y de la muerte
Los lenguajes del misterio
Muerte definitiva de don Rigoberto *133*
Capítulo 6 147

TESTAMENTO
Némesis reflexiona Sobre el errático andar
de su máxima creación *155*
Capítulo 7 177

TESTAMENTO
Capítulo de las iras de Némesis
principio del apocalipsis *187*
Capítulo 8 203

TESTAMENTO
Amanecer del apocalipsis
Traición de la iglesia católica
Venganza fuego y muerte en el mangal
Sello de las siete botellas tomadas *213*
Capítulo final 223

Personajes

HABITANTES DEL ZANJÓN HABITUÉS DEL MANGAL

Némesis Zelaya. Ex director de colegio. Violinista. Electricista. Dios.

Salvador Zelaya. Hermano mellizo. Electricista. Tartamudo.

Carrero guazú. Padre de los Carrero.

Carrero-í. Hijo mayor. Compañero de farra del padre.

Ña Eugenia, o ña Eugenia ca-ú, o María Eugenia o María.

Don Rigoberto. Muerto.

Ña Luces. Mujer de Salvador Zelaya.

Adolfo. Apodado "Ca-í". Violador.

Lázaro. Zapatero seductor. Ángel.

Ña Joaquina. Almacenera.

Téllez. Marido de ña Joaquina. Ex combatiente.

Pánfilo Caín. Músico. Enamorado. Luego loco.

Benigno Abel. Músico. Enamorado. Luego cadáver.

Ángeles y demonios. Mezclados y confundidos.

Almas en pena.

Vecinos.

Ña Quiza. O María Magdalena. Malena, Male o simplemente Mal. Ejecutante del chelo. Luego prostituta.

Don Rómulo. Propietario de ganado. Amante de los animales. Desde gallinas condenadas hasta cabras y yeguas.

Cambá.

Crucita, Chica, Lola. Hijas de don Rómulo.

Shime-í. Muchacho de nueve años. Vendedor de verduras

HABITANTES DE LA CALLE SAJONIA

Ña Margarita. Madre de Shime-í. Vendedora de verduras.

Don Shimé. Padre de Shime-í. Mecánico de máquinas de oficina.

Hermanos y hermanas de Shime-í.

Shime-ï. Muchacho de nueve años. Vendedor de verduras.

Quiza. Mujer. Madre de siete hijos de siete padres diferentes.

Jacobowitkowski

ANFITEATRO

Imaginemos por un instante que estamos en Asunción observando el paisaje desde arriba, saliendo del centro y mirando hacia el sur, teniendo a la vista la avenida Fernando de la Mora, antiguo límite de la ciudad.

A trasponer esa avenida, solo los intrépidos se aventuraban hasta no hace mucho tiempo; pues se erguía a partir de allí una espesa fronda, con yuyales peligrosos infestados de alimañas, serpientes venenosas, forajidos buscados por la justicia, perseguidos políticos, y solitarios que habían decidido huir del mundanal ruido.

Si retrocedemos cuatro décadas y nos acercamos un poco más, la vista es soberbia. Suaves colinas y acogedores valles parecen invitar a recorrerla a lomo de caballo, a programar una excursión y abandonarse a la aventura.

No se divisan construcciones, ni trozos de calles que se eleven serpenteantes, ni senderos de tierra roja, y se podría asegurar que no existen habitantes en tan basto territorio que limita al sur con el Río Paraguay, en una de las curvas que rodean a la Asunción.

Tomando las debidas precauciones, armándose del coraje necesario e internándose en la espesura, en

algún lugar y como por arte de magia, el aventurero podría constatar la existencia de una calle, fuera del tiempo y del espacio, suspendida entre la nada y los malos sueños. O podría ocurrir también que nunca llegue a constatarlo. Los conocedores y baqueanos de las viejas villas de la época de la colonia, y aún de la época de los López y la posguerra de la Triple Alianza, hablaban y mencionaban insistentemente el nombre de la calle, aunque estuvieran también los que aseguraban que dicho lugar no estaba en ninguna parte; «No existe, y la aseveración en sentido contrario y la descripción de un lugar con esas características es propia de lunáticos», decían ya en aquellos tiempos. Los memoriosos e historiadores mencionan y transcriben esta afirmación.

Muy especiales testigos, a lo largo de todas las épocas juran y confirman sin embargo, que para encontrar dicha calle bastaba entrar en los yuyales que bordeaban la avenida Fernando de la Mora apuntando hacia el arroyo "Leandro Sosa", que algunos llamaban simplemente arroyo "Leandro" del lado norte. Cruzando la selva que rodea a Lambaré, la corriente cambia de nombre y torna a llamarse arroyo "Sosa". Muchos son los que dicen que son arroyos diferentes y, aunque esto fuera cierto, nadie podría señalar con seguridad el lugar en donde muere el "Leandro" y nace el "Sosa", pues ese territorio sigue siendo hasta hoy inexpugnable e ignorado.

La calle se originaba probablemente, (dando por cier-

ta su existencia) en los bajos de la avenida General Santos, que hasta no hace mucho tiempo era la única vía para acceder a Lambaré y a Itá Enramada, atracadero este último de balsas y lanchas sobre el río Paraguay, ubicado frente la población Argentina conocida como Clorinda, punto importante por donde pasaron, pasan y pasarán eternamente cargas de contrabando desde allá y de hacia aquí, siendo utilizada también para el ir y venir de tránsfugas de una a otra orilla.

Es imposible precisar con exactitud cuándo ni cómo se fue formando esa calle en medio de la nada.

Relatos más recientes de vecinos y viajeros, aseguran que durante la revolución del cuarenta y siete, muchos perseguidos se habrían refugiado en los socavones que los monstruosos raudales horadan con cada diluvio, y que estos al llegar, ya habrían encontrado habitantes que desde épocas inmemoriales utilizaban dichas cuevas como hogar. ¿Desde hace cuánto tiempo?. Nadie lo puede decir.

Se había formado un abismo en el cauce de los raudales y en sus costados el agua embravecida corroía la tierra roja construyendo caprichosos túneles y pasadizos en diferentes direcciones, cuevas lóbregas, paraísos de murciélagos, y traicioneros y profundos fosos cuya hondura era imposible medir.

Los miserables habitantes de las perdidas galerías, ante la aproximación de una tormenta de verano, muy temida en la Asunción, tenían extremo cuida-

do de salir a la superficie como ratas enloquecidas, pasando por alto el temor a ser descubiertos por la milicia gubernista. Las luces de los relámpagos iluminaban entonces sus escuálidas sombras que, saliendo, trepaban y desaparecían hacia arriba, en dirección a los altos de la avenida General Santos, buscando lugares seguros. Los enormes goterones, uno solo de los cuales podría empapar completamente a cualquier caminante desprevenido, producían un ruido estremecedor.

Hasta hoy, y siempre será así, en cuanto se avizora la entrada de una de esas tempestades, (en toda la muy noble y muy ilustre ciudad comunera de las Indias, madre de ciudades y cuna de la libertad de América) las mujeres se hincan de rodillas a pedir protección alrededor de la imagen de Santa Bárbara, iniciando el ritual con "los siete benditos" para ablandar las iras del todopoderoso. En los siguientes diez minutos la avenida General Santos, convertida en un mar embravecido, ruge cuesta abajo arrastrando árboles, casas, vehículos y cadáveres de toda especie animal. Las aguas, multiplicadas por los raudales que convergen en la avenida General Santos desde las dieciocho colinas de la ciudad, no pueden sino ser calificadas de asesinas.

(Ciudad niña que no se decide a crecer y sigue teniendo aire y silueta de paloma torcaz a punto de levantar vuelo y quizás construir un nido protegido en las alturas de Lambaré. Esta ciudad que parece terminar y de nuevo comienza y se extiende hasta

el río que la rodea. A la noche, mirando desde la altura de una de sus colinas, se diría que la ciudad flota y hace un viaje sonámbulo, totalmente rodeada por el río, inmersa en un profundo sueño que se interrumpe con el día).

El amanecer trae la calma. Los vientos de la noche convertidos en delicados céfiros, en burlonas brisas que acarician los rostros crispados de los que vienen escarbando en los recodos y en las fosas, afanándose por encontrar algún utensilio, ollas, pavas, arrasadas del hogar. O tal vez perros, gallinas o cerdos, o el cadáver de un ser querido enganchado en ramas y troncos, y que al ser hallado hinchado y tumefacto por la acción de las aguas y los golpes que el cuerpo venía dándose en cada meandro de la corriente, origina lamentaciones cuyos ecos al ser reproducidos en los mil recovecos vacíos de los costados, se asemejan a los aullidos de otras tantas manadas de lobos. Entonces, de todos los agujeros y cuevas del zanjón, salen a la luz los fantasmagóricos vecinos, con sus miradas de fiebre, sus harapos cubriendo los esqueletos, su extraño halo de tristeza, adoptando posturas de recogimiento alrededor del occiso y sus parientes. Luego de los rezos, el cadáver envuelto en una vieja frazada es retirado hacia el este, siguiendo el cauce de los raudales, hacia la parte elevada de la calle Sajonia, por donde será más fácil su traslado, y no por las laderas del oeste, más cercanas pero imposibles de escalar hasta las alturas de la avenida General Santos.

En el punto en que el cauce de la corriente gira abruptamente hacia el sur, buscando con empecinada furia el lecho ancho del arroyo Leandro, principia la zona elevada de la calle, a salvo de las aguas. A ambos lados de la calle se ven sólidos culata-jovai, con paredes a la francesa hechas de barro colorado y troncos de cocoteros, e hileras apretadas de paja rojiza en los techos. En los patios, árboles frutales, pequeñas huertas, cerdos eternamente hambrientos atados a un poste, gallinas con inquietos picos trajinando y dejando detrás sus deposiciones verdosas. En algunos frentes se pueden apreciar rosas injertadas, claveles y lirios de dos colores. Clavados en medio de la calle, en el denso arenal, los arcos improvisados y eternos para el partido de fútbol, arcos que a nadie molestan porque ningún vehículo circulará por allí sino hasta treinta años después.

Hemos echado un vistazo, muy a vuelo de pájaro, del sitio en donde transcurre nuestra historia. Hoy, cuarenta años después, el lugar sigue existiendo, sin que haya habido muchos cambios que se tengan que achacar a lo que, graciosamente, los políticos y urbanistas llaman progreso.

Capítulo 1

No estuve presente en el momento en que asesinaron a don Rigoberto aquel domingo a las diez de la mañana, en la esquina de Sajonia, o el zanjón, y el yuyal, o Dr. Morquio.

Como todos los domingos me había ido a las siete de la mañana a la Primera Iglesia Evangélica Bautista de la que era miembro mi familia. La iglesia quedaba en el centro mismo de la ciudad y para llegar a hora para el culto los preparativos comenzaban muy temprano, porque si íbamos caminando el viaje tomaba dos horas y media, y si estábamos ricos y teníamos para el pasaje, nos costaba estar presentes media hora menos, luego de atravesar las largas cuadras de yuyales que nos separaban de la calle por donde pasaba una línea de ómnibus hasta el centro, teniendo en cuenta que el tramo en que íbamos con él era mínimo.

Nuestra cita con la iglesia era irrevocable. Lloviera, tronara, o hiciera el más espantoso frío con ventisca del sur, teníamos el deber de llegar a la iglesia para las ocho y media, hora en que empezaba la escuela dominical. Luciendo nuestras mejores galas, sudando, tiritando o mojados, estábamos presentes con nuestras Biblias, himnarios y la revista correspondiente a nuestra edad; porque la escuela dominical

estaba divida por edades: párvulos, intermedios, jóvenes y adultos.

En ese tiempo acababa de cumplir nueve años y estaba incómodo entre los chiquitos de siete que se pasaban moneando, y los de doce que se hacían los serios en la clase. A la hora de saber la lección de cada domingo no había quien me igualara. Me tomaba el trabajo, durante la semana, de aprender de memoria los versículos de la Biblia sobre los que se basaba el estudio, y semanalmente salía el mejor de la clase. No era gran cosa, pero servía para ponerme a la altura de los de doce que se creían los mayores y más sabios y me paseaba delante de ellos, como diciéndoles: "seré chico pero les basureo en conocimiento bíblico, grandulones, tartamudos, brutos".

Aquel domingo que mataron a don Rigoberto regresábamos de la iglesia como a las once y media, con un hambre que nos hacía suspirar por los olores de los tallarines que cocinaban en el barrio, y que como fondo obligatorio tenía la música de las orquestas típicas que estaban de moda en esos años y que los privilegiados que poseían una radio escuchaban a todo volumen.

Desde lejos se veía la multitud que rodeaba al cadáver. Me introduje entre la gente. Me costó llegar hasta la primera línea en donde dos soldaditos de la comisaría séptima mantenían a raya a los curiosos que querían acercarse más de la cuenta.

Se estaba esperando al juez para que procediera al levantamiento del cadáver. Escuché retazos de conversación que explicaban el motivo por el que el cadáver no fue retirado. El cuerpo estaba en medio del arenal del zanjón. No pude reconocer las facciones de don Rigoberto, pues su cabeza estaba ladeada hacia la otra orilla del zanjón, como mirando hacia la casa de don Valentín, «el coloradito», personaje a quien los viejos vecinos atribuían la creación de la inmensa zanja que separaba en dos el barrio. Según contaban, «el coloradito» don Valentín, había pasado una mala noche por culpa de la lluvia caída, porque los raudales arrasaron su patio y se introdujeron dentro de su casa. Desde muy temprano en la mañana se puso a cavar delante de su casa una especie de camino para el raudal. El camino consistía en una zanja que empezaba sobre Sajonia y giraba en Morquio, hacia la pronunciada pendiente que avanzaba con rumbo sur. Todo transcurrió en la forma planeada por «el coloradito», a quién llamaban así por su hábito de gritar en medio de cualquier conversación un "viva el partido colorado", sin decir agua va. A la segunda gran lluvia, el raudal empezó a socavar los bordes del camino construido para el agua y fue rompiendo su terreno hasta llevarse toda la tierra, y dejar convertida a la esquina en una enorme zanja, y dejando su casita en medio, en un promontorio que no podría aguantar la siguiente lluvia. A partir de ese momento, las siguientes embestidas del raudal fueron llevando la tierra de los dos costados hasta quedar convertida

la calle desde la avenida General Santos, en un gigantesco cauce, más parecido a río de montaña que a calle de ciudad.

Pero volviendo al cadáver, mi curiosidad se fue fijando en los detalles de la posición en que había quedado. Una de las manos cubría una parte de su pecho y el otro brazo estaba extendido a lo largo de su corpachón que parecía desinflado. Los obscuros rastros de sangre se veían en todas las direcciones sobre la arena. El que causaba mayor impresión salía debajo de la cabeza y se extendía por más de tres metros hacia el medio del zanjón.

La viuda y las hijas de don Rigoberto rodeaban el cuerpo. Sollozaban en silencio, cansadas y temblando de pies a cabeza, azogadas, translúcidas, rezando a ratos y a ratos sollozando de nuevo.

Un fuerte murmullo hizo que me apartara de esta visión. Me escurrí entre la gente para tratar de ver lo que sucedía fuera de la multitud, porque no alcanzaba a ver nada. Un oficial y tres contratados caminaban a paso vivo bajando por el sendero en medio de los yuyales de Dr. Morquio. ¿Adonde se podrían dirigir?. A la casa de los Carrero, cuchicheaba la gente. Una hora después regresaban con paso ya no tan vivo por la calle Sajonia. Se detenían ante el mangal y dos de ellos entraban en el patio. La casucha en la que habitaba don Némesis aparentaba desierta.

Los policías se fueron más al fondo, sin atreverse a entrar a la casita cuya puerta estaba abierta, a conversar con su hermano Salvador. Me mantuve pegado a la murallita de los Lara, teniendo mi cara a centímetros de las matas de tuna que hacían de cercado al mangal de don Némesis. Este apareció, saliendo del interior de su vivienda, cabellos al viento, ojos brillantes.

–¿Es a mí a quien buscan? – preguntó con una estentórea voz. Como cuando Cristo se aparece a las mujeres, el día de resurrección muy temprano, poco después que los ángeles les hubieran preguntado desde el interior del sepulcro: "¿Porqué buscáis entre los muertos al que vive?". Juraría que don Némesis lo dijo en el mismo tono, más solemne y altanero que los ángeles.

Los policías no se anduvieron con remilgos. Aunque se asustaron y eso era visible, se acercaron y le tomaron de los brazos.

– Está detenido para averiguaciones – le dijeron. Fueron marchando por Sajonia hasta girar en la esquina de Dr. Morquio.

– Adiós amigo – don Némesis se detuvo dirigiéndose al cadáver, tras lo cual reanudaron la marcha y se perdieron en el sendero, hacia arriba, hacia el norte.

No se volvió a ver a don Némesis en varias semanas, al cabo de las cuales regresó con el rostro arre-

bolado, rojo, con los cabellos al viento, feliz, con las copas que posiblemente ya había ingerido en ña Joaquina y la botella que traía en la mano. Con su sonrisa divertida y su vozarrón de estadista contaba al barrio entero; "Me quisieron involucrar en un asesinato que no cometí». Y al decir esto, parecería que el que hablaba era un personaje de una serie yanqui de televisión que años mas tarde yo vería. «Les convencí de mi prístina inocencia y aquí estoy. Libre como un ave". Era su forma de hablar. Era su manera de burlarse. Lo miré pasar, sin atreverme a preguntarle nada. Pero me hubiera gustado saber que le habían hecho y dicho en la comisaría y más aún, qué les contestó él.

En el barrio se comentaba que don Némesis había presenciado el asesinato pero sin participar en el apuñalamiento. Existían testigos a su favor.

Había hablado con don Némesis en varias ocasiones, siempre con un poco de temor. Me impresionaban su lenguaje y sus actitudes. Cuánto más borracho estaba, lo que hablaba era aún más enigmático y cerrado. Como si dijera lo que decía para gente preparada para oírle, no para cualquiera.

Me dedicó una mirada alegre y un guiño al pasar. Estaba seguro que esa noche se reanudarían las reuniones en su casa, y procuraría escapar por lo menos un momento para tratar de escuchar y de entrever lo que en ella pasara.

Todas las noches se reunían en el patio de don Némesis, diversos personajes, todos adictos a la caña, y discutían sobre política, creencias religiosas y cualquier otro tema que saliera al tapete. Muchas veces las conversaciones resultaban divertidas y más de una vez escuché discusiones que a esa edad me parecían de lo más sesudas.

Aquel domingo en que asesinaron a don Rigoberto no pude almorzar. Mi hambre acabó. La imagen del cadáver se me había grabado en la mente y a cada momento me daba escalofríos. La comida de domingo era una polenta con salsa roja de carne y tomate, y me parecía que era la misma cosa que vi cerca de los agujeros por donde había salido la sangre del cuerpo de don Rigoberto.

A mamá le extrañó que no quisiera comer y mis hermanas comentaron en voz baja que yo era demasiado sensible y que se me debería haber prohibido acercar al cadáver.

Fui hasta la cama pero tampoco pude dormir. Recostado en el catre que compartía con mi hermano mayor, empecé a sentir escalofríos y la cara encendida. Al rato, estaba vomitando una cosa amarga y horrible que me quemaba la garganta. Me socorrieron con trapos fríos y me lavaron los restos de vómito. Mamá me hizo un té que llamaba horchata, hecho de diversas semillas y hojas que tenían la misión de hacerme sudar y bajar la fiebre. Eso ocurrió recién dos días después. Hasta entonces estuve

delirando por la alta fiebre, huyendo de don Rigoberto que me perseguía con los ojos en blanco y con todos sus agujeros chorreando sangre.

La fiebre era el síntoma que me acompañó a lo largo de mi niñez. Tenía dolor de garganta y al rato una fiebre espantosa. Me dolía una muela y ahí venía la fiebre a acompañarle. Me agarraba un resfriado y la fiebre me tomaba automáticamente, con sus correspondientes delirios, pesadillas y terrores, sudores y fríos.

A pesar de todo, apenas me sentía con ánimo, escapaba de la casa y salía al arenal de la calle Sajonia. Allí siempre estaban los muchachos, jugando fútbol. Los juegos como la araña y la mosca, tuka-e´kañy o acusado se reservaban para la noche, cuando la oscuridad les daba emoción.

En casa teníamos prohibido salir al arenal a jugar con nuestros vecinos. Todo lo que estaba en la calle era pecaminoso, hasta jugar al fútbol. Los horribles pecados venían de allí, se formaban allí, después del límite de nuestro patio. Las conversaciones con los que no formaban parte de nuestra congregación eran pura concupiscencia satánica. Nuestros escapes a jugar eran trampas con que Satanás nos tentaba para llevarnos al mundo. A mí, lo que me hubiera gustado más era que el mundo me llevara. Todo lo que quería estaba fuera de nuestro patio, a pesar de que amaba a mis padres y hermanos y creía firmemente en que nuestra religión era la correcta.

Nuestra familia era bautista. La única familia con una religión diferente a la del resto del mundo, y tenía que ser la mía. No podíamos decir groserías, malas palabras, ni hacer gestos obscenos. Nos llamaban'"vangellos" y a nosotros nos enfurecía, no porque nos llamaran evangélicos sino porque pronunciaban mal la palabreja y sonaba imbécil. Sonaba como si nosotros fuéramos apestados y nos hervía la sangre de rabia. Más de una vez, mi hermano mayor, Daniel, que tenía la fuerza de un toro, había arremetido contra los que nos tentaban "vangello" y eso nos ponía felices a los más chicos. No había nadie que pudiera con los puños de Daniel. Los que se le enfrentaban aguantaban tres o cuatro golpes y luego echaban a correr.

Había días pacíficos en los que los muchachos ni se acordaban de nuestra condición de "vangellos". Entonces todo marchaba bien y podíamos jugar al fútbol y pelota hoyo, y a otros juegos como el mate, que se jugaba con una pelota de trapo, todos contra todos, y se iban sumando puntos, sin ningún problema. Y a la noche podíamos volver a escapar aunque sea un momento para instalarnos en círculo y contar cuentos de miedo, de aparecidos, de poras, de todos los seres mitológicos que habitaban el mundo de las creencias guaraníes. Cómo tiritaba, de frío decía yo, aunque hiciera un calor de mil demonios, cuando terminaban estas sesiones de relatos y volvíamos a casa.

Al regresar, podía esperarnos alguna sorpresa; mamá podría estar esperándonos con un rebenque de gajo de durazno que se deshacía por nuestras piernas y espaldas, por estar en la calle hasta esas horas.

Pero la mayor obsesión que tenía me asaltaba a la noche cuando estábamos contando cuentos y entretanto veía los personajes que entraban y desaparecían en el mangal de don Némesis y me imaginaba las mil diabluras que ellos harían en la oscuridad. Se oía primero preparar al violín que una vez afinado dejaba escuchar alguna hermosa melodía que daban ganas de llorar. Cómo, me preguntaba, en medio de esos borrachos, entre las peores personas que habitaban el barrio, brotaba una música tan angelical. Y esa obsesión se tornó tan fuerte, que llegué a levantarme de la cama, cuando ya todos estaban dormidos, y escurrirme silenciosamente hasta la calle en donde no había ni un alma, para aproximarme lo más posible hasta el lugar de la reunión.

Ya no había lámpara encendida en todo lo que podía ver de la cuadra, salvo en la casa de los Lara en donde no se apagaba nunca, porque ña Remedios tenía insomnio y jaqueca, una enfermedad que le hacía gritar todas las noches.

Subido a la muralla, pegado a las tunas, percibía las sombras que conversaban y tomaban caña en la más completa oscuridad. Don Némesis a veces prendía un lampíun, y consultaba unas carpetas en donde

guardaba las partituras, que una vez recordadas, las volvía a ubicar en un baúl de metal ubicado en su pieza. Entonces soplaba el lampíun y terminaba la bendita luz que a mí tanto me agradaba, pues me permitía ver quienes estaban y lo que hacían.

Hasta que un día don Némesis me descubrió.

Jacob Witkowski

TESTAMENTO

SEÑORÍO DE NÉMESIS SOBRE EL UNIVERSO
ACCIÓN ABSURDA DEL TIEMPO
PRIMERA MALDICIÓN

Némesis levanta el brazo derecho
y con gesto teatral da la orden de partida.
(Había estado parado
pronunciando palabras inaudibles,
e inesperadamente,
alzó la mirada hacia el este,
donde encontró los primeros rayos de sol
colándose entre los mangos
y quedó allí,
un instante, un siglo, petrificado,
con tan solo su larga y rala cabellera blanca
moviéndose a impulsos del viento.
Esa noche, ya en horas de descanso
de labores terrenales,
reunido el círculo exclusivo
de los invitados a la tertulia,
en el mangal que tiene principio pero no fin,
dirá a los reunidos
que el sol intentó permanecer estático
en el momento de iniciar su recorrido.
Mucha fuerza salió de mí
para obligarlo a realizar
su viaje cotidiano por la bóveda celeste,
dirá para espanto de los presentes,
que comprenderán así la fragilidad
del equilibrio del universo,
y lo cercano del fin de los tiempos.)

A un paso, pendiente de él,
está su hermano mellizo Salvador,
portando la caja de herramientas
y un rollo de cables al hombro.
Su gigantesca figura se pone en movimiento
cuando el brazo de Némesis se levanta
y señala el norte.
Siempre al norte,
dice Némesis con estentórea voz,
como si la orden la diese a un batallón,
a un ejército, al mundo entero.
Vamos Salvador.
Tenemos que llevar luz a estos incrédulos.
La esmirriada figura de Némesis
tiene movimientos enérgicos, impredecibles,
cargados de corriente eléctrica de alto voltaje.
Salvador, con zancadas enormes y acompasadas,
hace el ritmo lento, resignado.
Némesis le lanza una mirada iracunda.
Sin importarle mucho que Salvador escuche,
sentencia al aire:
Es el andar de quien lleva
una carga pesada.
Sigue soportando en sus hombros
el peso de la cruz.
No sale del trauma.
El tiempo es un disparate.
Pudre la carne
y la despoja del fuego original,
pero en el proceso
no le añade al órgano volitivo

cualidad perfeccionadora.
La lucidez que aparenta incorporar
es espejismo que se diluye
y convierte todo en simple pudrición.
Una lucha agónica por retener
un rescoldo del fuego vital
y evitar el reintegro al barro
que todo lo iguala.
Salvador escucha atento y aprueba
con movimientos de cabeza
cuando Némesis termina el discurso.
El norte es el centro de la ciudad.
Es a donde irán a ofrecer
sus servicios de técnicos electricistas.
Siempre caminan hacia el norte.
Suben hacia la avenida Fernando de la Mora
por un sendero llamado
Doctor Morquio.
Por allí se llega
hasta los barrios en que usan electricidad,
andan en autos y leen los diarios.
Al regreso, haya habido o no changa,
se quedan en mitad del trayecto,
en los dominios de ña Joaquina, (Ángela),
a tomar dos medidas de caña blanca,
que les quita los temblores del cuerpo
y les regula el pulso.
Allí se aprovisionan de las botellas
para la larga ingesta de la noche.
Ña Joaquina les provee.
Sabe que si hoy no tienen dinero,

mañana lo tendrán y no dejarán
de pagar por el fiado,
así el mundo se haga pedazos.
Ña Joaquina está segura.
Némesis le ha convencido
de la infalibilidad de sus promesas.
Hasta hoy siempre ha cumplido
y ella no tiene intenciones de dudar.
Es la idea de Némesis
que siempre estará en todas las instancias
cubriendo el vacío como un pianista
con un impromtu.
Se necesita tener posibilidades
de cubrir el silencio llegado el caso,
aunque la orquesta en pleno
se haya perdido en la partitura.
Todo estará en orden
si el piano improvisa adecuadamente.
Eso es ser Dios, dice a Ña Joaquina.
Cubro lo que haga falta.
Lo determinante es saber en el momento
de lo que hay necesidad.
Némesis tiene un momento de silencio
que dura demasiado tiempo.
Ña Joaquina en el fondo
tiene miedo de estos borrachos.
Se empedan y se creen dioses,
dice ña Joaquina a su hermana.
Nuniqui, su hermana, (Ángela también),
se ha hecho enfermera especializada
en problemas de próstata
y asuntos de hombres.

En realidad no le gusta trabajar de enfermera.
Le gusta ir de esto a lo otro
y si puede,
escaparse de cuando en cuando del mundo,
con alguno que no tenga problemas de hombre,
uno o dos meses
en alguna villa de Buenos Aires.
Mientras ingieren sus cañas
comparten las impresiones del día
con Téllez, marido de ña Joaquina.
Téllez ha peleado la guerra del Chaco
veinticinco años atrás.
No ha sufrido mayores daños
en lo físico, pero en lo psíquico
no se sabe, dice él.
Porque desde entonces permanece
sentado en una perezosa
desde muy temprano en la mañana
hasta las diez de la noche.
Se levanta para orinar
a unos pasos en los matorrales.
La sombra de tres tajy
le cobijan del sol.
Está siempre solo,
aunque en el puesto de venta
el lugar sea la única sombra.
Nadie soporta la fetidez
de sus aguas vaciadas
día tras día sobre el matorral.
En la perezosa come, eructa,
y se desprende de los gases destilados.

Téllez dice que nadie
tiene derecho a pedirle más.
Que ya ha hecho todo por la patria.
Ña Joaquina lo comprende
porque cuando se había enamorado
de ese apuesto excombatiente,
él ya estaba sentado en la perezosa
con el uniforme verdeolivo puesto
y un yatagán en la cintura.
La guerra seguía destrozando carne humana
en los confines del Chaco.
Eran los últimos meses del treinta y cuatro.
Las malas lenguas,
Némesis y ña María Eugenia ca-ú, llamada María,
dicen que Téllez jamás ha conocido el Chaco
ni por CNN ni por Infinito,
ni acompañó la expedición de Juan de Ayolas
procurando encontrar
el camino al "mba-e verá guazú",
y menos a los menonitas que trabajaron
y fundaron colonias en medio de la selva ,
o a los recientes héroes del Chaco,
los descerebrados
que destrozan los caminos
montados en sus infernales máquinas
jugando a quien llega primero.
Simplemente alguien se descuidó
de su uniforme de soldado y su yatagán
en el momento en que estaba
vaciando sus intestinos.
Téllez no quiere dar

muchos detalles de la guerra.
Alguien le pregunta
en que batallas estuvo presente
y como por arte de magia
las lágrimas aparecen en su rostro
y le impiden hablar.
Némesis y ña Eugenia ca-ú sueltan
sus sobrecogedoras carcajadas
y desaparecen entre las nieblas que surgen
del abismo de la calle Sajonia
y suben para guiarles hasta el mangal
que tiene principio pero no fin,
para la ronda de la larga noche.
Todos estamos malditos,
dice Némesis más calmado.
Su horrible carcajada
se transforma en un silabeo concentrado.
Si al regreso de la jornada de labor diurna
haciendo conexiones eléctricas domiciliarias
en el centro de la ciudad,
encuentra a ña María Eugenia,
también llamada Eugenia ca-ú
en el puesto de venta,
con cuatro o seis cañas encima
esperando a los mellizos,
la furia de la noche se anticipa.
La contemplación de los ojos azules
rodeados de halo rojo de ña Eugenia
despierta dentro de Némesis los deseos
y abre caminos a la potencia inspiradora
más que diez litros de caña blanca.

Con el primer vaso
Némesis llena de vaticinios
el aire de la joven noche.
La mitad del mundo
estará envuelto en humo de combates,
el suelo rojo de sangre y alfombrado
de seres humanos despedazados
con música de fondo constituida
por el mayor concierto de ayes y gemidos
jamás imaginado.
Se despereza el gigante negro
cansado de los abusos de los demonios blancos.
África se desangrará por años.
Negro contra negro lucharán
con los ojos ciegos de ira
sin advertir
que los enemigos están lejos
y tienen la piel muy clara.
Los cuatro jinetes galopan
sin descanso por su territorio.
Los ojos claros
convirtieron al continente
habitado por los hispano-indígenas
en un banco de pruebas
que engorda los resabios,
alimenta la rabia
y multiplica la fuerza de la venganza.
Los ojos estirados
se desparraman sobre la superficie del mundo
acuciados por el hambre en sus tripas
y la sed de poder

en sus desproporcionados cerebros.
No escarmienta de sus errores el hombre.
Después de devastar la mitad del planeta
tiene un nuevo juguete.
Una bomba capaz
de destruir el mundo en un instante.
Ya no hace falta inspirarle
para el holocausto.
El hombre está muy creativo últimamente.
Némesis y ña Eugenia
se pierden en la densa niebla.
Es noche cerrada.

Capítulo 2

En las mañanas, muy temprano, a las cinco, cuando aún estaba oscuro, mamá se marchaba hasta el mercado número cuatro, hacia el centro de la ciudad. Al regreso, dos horas más tarde, estábamos mi hermano Ezequiel y yo esperándole con una carretilla y ayudándole a cargar las bolsas y canastas que traía. Bajábamos con las mercaderías hasta la casa y luego, yo preparaba dos canastas llenas de diversas verduras y hortalizas con las que recorrería el barrio, casa por casa, hasta terminar de venderlas. Este trabajo me permitía conocer bien al vecindario y ganarme un dinero, por el sistema de aumentar los precios que me fijaba mamá. Entraba a todas las casas y recibía los tratos mas diversos. Algunos se enternecían conmigo por verme tan chico y trabajando. Otros me recibían de malas maneras, no me dejaban entrar a la casa y compraban las verduras como si me hiciesen un favor. Otros eran directamente agresivos. Gritaban y gesticulaban y maldecían. Mientras compren todo está bien y estoy dispuesto a soportar sus malos humores, decía para mis adentros.

Era para mi un placer realizar este trabajo. Por una parte ayudaba a la economía familiar y por otra, me aseguraba de poseer una pequeña cantidad de dinero que diariamente gastaba en caramelos y chocolatines. Los chocolates eran, y aún hoy siguen sien-

do, mi pasión. El drama lo vivía a la noche a la hora de conciliar el sueño, en que todo este manipuleo que hacía con la mercadería y el reajuste de precio que le cargaba, se transformaba en un horrible e imperdonable pecado. Era robo, y mi conciencia me acusaba de estar robando nada menos que a mi madre. Procedía entonces al operativo de alivianar mi conciencia pidiendo perdón por mis pecados. Pero yo mismo invalidaba mi arrepentimiento y mi pedido, contestándome que siendo un pedido de perdón hipócrita, no servía. Era hipócrita y falso arrepentimiento puesto que al día siguiente haría lo mismo de vuelta. "Como perro que vuelve a su vómito" es aquel pecador que reincide en el mismo pecado, dice en Proverbios. Y en un versículo del nuevo testamento, no recuerdo de qué carta de Pablo, dice un texto que "es doblemente pecador aquel que comete el pecado a sabiendas".

Estas disquisiciones se prolongaban por horas en la cama, sintiendo la casa silenciosa en medio de la oscuridad y lejanos ladridos de perros que no terminaban nunca. Mi preocupación era no dormir en pecado y estar tranquilo que la segunda venida de Cristo no me tomara en esa situación. "Porque el vendrá como ladrón en la noche", dice en el libro de san Mateo y en Apocalipsis. Aún así, en medio de esos conflictos interiores, mi negocio seguía en marcha todos los días.

Fue un día lunes luego de mi recorrida por el barrio para vender mis verduras, que estaba parado frente

a la casa, atendiendo el puesto de venta que teníamos allí y del que mis hermanas mayores, algunas de las cuales ya tenían o podían tener novios o amigos especiales, se avergonzaban. A mí eso no me ocurría en absoluto. Con la venta de verduras ayudábamos a papá, que empezaba a recuperarse de largos meses de estar en cama con fiebre y una terrible infección en el cuello que por poco le mata. Una araña ponzoñosa le había picado allí, inoculándole todo su veneno y papá estuvo luchando más de seis meses por sobrevivir. Seis meses durante los cuales no trabajó y por lo tanto, no trajo dinero a la casa. Mamá se armó de coraje y hacía sopa paraguaya que todos los varones salíamos a vender, hasta Daniel el mayor, que no era bueno para estas cosas por su timidez. Salió unas cuantas veces, hacía un recorrido de quien sabe cuanta distancia, pero nunca se animaba a ofrecer su mercadería, que traía intacta, sin haber vendido ni una sola porción, razón por la que fue sacado de la lista de vendedores.

La cocción de sopa, el encender el horno y manipular el fuego enfermó a mamá. Entonces fue que cambiamos la sopa paraguaya por la venta de verduras.

Por otra parte, y pensando solamente en mi conveniencia, yo tenía efectivo todos los días. En la escuela podía alquilar las revistas de historietas que en casa estaban prohibidas. Mandar hacer el deber diario por un compañero que se ganaba así para una empanadita, porque para mí era una pérdida de tiempo hacer los deberes, y por otra parte podía co-

mer lo que quería en la cantina. Todos estos beneficios personales me pagaba el trabajo matinal y me permitían soportar el suplicio de conciencia nocturno.

Aquel día lunes estaba parado en frente del puesto de venta, cuando acertó a pasar don Némesis.

– Shime-í.– Gritó su saludo.

– Buen día don Némesis.– Me limité a responderle.

Se detuvo y me miró con una sonrisa que me produjo escalofríos.

– Cebolla, zapallo, zanahoria, perejil, verdad.

– Quiere comprar alguna cosa don Némesis?. (Cosa extraña sería, ya que en su casa jamás se cocinaba).

– Rabanito, mandioca, curatú, lechuga.

– Hay alguna cosa que le interese don Némesis ?

– Orégano, papa del aire, limón sutil, repollo.

Preferí esperar para ver en qué terminaba su lectura de la lista de mercaderías en el pizarrón. Se me acercó. Veía su risa aflorar, contenida.

– Usted me espía Shimé-í, hijo de doña Margarita. Usted me espía y espía a mis amigos que se reúnen conmigo en mi patio. Porqué me espía usted Shime-í todas las noches. Le veo siempre acostado sobre la muralla, escuchando y tratando de ver lo que

hacemos. Porqué un niño me quiere espiar?.

– Yo .. Yo solo quiero escuchar lo que dicen, porque me parece muy .. educativo, don Némesis.

– Si quiere escuchar bien, tiene que estar sentado allí con nosotros. Yo le invito. Con la condición que nadie se entere. Y menos aún tienen que saber doña Margarita ni don Shimé, su padre.

– No les voy a decir nada.– Juré y rejuré que no lo contaría, aunque jurar estuviera prohibido por la iglesia. Estaba temblando como una hoja.

– Hay novedades en el barrio. Hoy se muere ña Benefrida como a las cuatro de la tarde. Hay que elegir bien para su cajón.

Se alejó con su paso ágil y enérgico. Quedé atontado. Así que el viejo sabía que solía escuchar desde la muralla. Sentí un escalofrío. Del anuncio de la muerte de ña Benefrida me olvidé hasta eso de las cuatro de la tarde. A esa hora se escucharon lamentaciones en casa del diputado. Allí vivía la señora que según don Némesis moriría alrededor de las cuatro. La mujer era una hermana de la esposa del diputado que estaba enferma hacía tiempo y ya no se levantaba.

Las lamentaciones arreciaron. Eran gritos, como aullidos, que se levantaban, se hacían estridentes e insoportables y volvían a apagarse.

Mamá se puso una pañoleta obscura y cruzó el are-

nal hasta la casa del diputado. Esos lamentos eran claros avisos de que había llegado la muerte. Ña Benefrida había muerto luego que pasaron unos minutos de las cuatro.

No me permitieron ver al cadáver. El barrio se arremolinaba en casa de los Pisano. Trataba de pasar los controles, pero unas vecinas estaban encargadas de la custodia y me dijeron que no se podía dejar pasar porque la difunta estaba siendo preparada. Me intrigaban estos rituales y me moría de ganas de saber en que consistían estos preparativos. Como a las ocho de la noche cuatro hombres bajaron el cajón de una carreta. Se olía desde adelante el cebo de las velas y de la ropa obscura guardada, rancia y mohosa que las mujeres se ponían para venir a rezar

Así que a las nueve y media de la noche, cuando se estaba rezando la jerigonza inentendible que los católicos murmuran durante las oraciones, que sólo entendía; " *diote salve María llena ere degracia el seño econtigo benditatu entre toala mujere y bendito el fruto etuientre jesupae nueso que stas enlocieos santificao setu nombr..*", atravesé el arenal y me mezclé entre los que rezaban hasta llegar al féretro. La visión de la muerta me impresionó. Su rostro era de un color blanco ceniza. Tenía una venda que le cerraba la boca ajustando su mandíbula a la cabeza. Un ojo estaba semiabierto desde la altura en que le miraba y parecía guiñarme. Salí rápidamente de allí.

Me reuní con los amigos que estaban todos com-

pungidos y asustados. Entretenerme con ellos no me tranquilizó y me fui para casa.

Mis hermanas que habían estado en el velorio comentaban que el cajón era muy grande para la muerta y las vecinas decían que se debía cambiar por otro que fuera del tamaño adecuado. Pero parece que los de la cajonería fúnebre no aceptaban devoluciones ni cambios. El vecindario auguraba una próxima e inminente muerte de otro miembro de la familia si esto no se corregía.

Mamá cortó esas habladurías diciendo que eran creencias de personas ignorantes y que no había que dar crédito a esos comentarios. Tomó su Biblia e improvisó una pequeña reunión familiar con los que estábamos. Cantamos algunos himnos y mamá leyó el Salmo veintitrés, oró pidiendo a Dios protección para su familia y resignación para los vecinos que habían perdido a un ser querido.

No pude conciliar el sueño. Me preocupaba el espacio que sobraba en el cajón. No quería ser yo el llamado a rellenarlo. Pero porqué tengo que ser el llamado a rellenarlo, me refutaba, siendo que no era pariente. Pero mi otro yo replicaba, que es cierto que no era pariente, pero había estado en la habitación con la muerta y ella me había guiñado el ojo. No. La muerta no me había guiñado. Simplemente tenía un ojo medio abierto. Y además los más firmes candidatos para rellenar el cajón eran mis amigos, compañeros de juego Egon, Aníbal o Alfredo, sus sobri-

nos.

El sueño me vino pesado y la mañana fue pródiga en emociones, con las hermanas y sobrinas y demás parientes femeninas, además de las vecinas, que formaban un coro de lamentos que ponía la piel de gallina. Todas ataviadas de negro y con pañoletas obscuras componían un cuadro terrible. Cuando salí a la calle encontré a uno de mis amigos, Carlitos, el de mayor velocidad en corrida libre de toda la cuadra, quién me sopló que el ataúd se había sacado de la casa con la cabeza por delante y que eso era otro mal augurio para la familia. Terribles tragedias le esperaban a la pobre familia Pisano. Carlitos hizo un "en el nombre del padre" y yo también tuve ganas de hacerlo aunque no fuera ritual de mi religión, sólo por si las moscas.

El cortejo fúnebre se alejaba por el arenal rumbo al cementerio, murmurando sus rezos salpicados con terribles lamentaciones para lo cual bastaba que una de las mujeres empezara para que todas le siguieran como si fuera un asunto de contagio.

Quedé intranquilo. La imagen del rostro de la muerta no me dejó en varios días, con su vendaje que le ajustaba la mandíbula y su ojo izquierdo entreabierto.

No puedo decir con seguridad si fue el vaticinio o pura coincidencia, pero ña Rosenda, esposa de Pisano murió tres meses después y, antes de finalizar el año, uno de sus hijos más pequeños. Por mi par-

te, evitaba tocar a cualquiera de los Pisano. Si en un partido de fútbol era inevitable una trancada o un choque arriba por la pelota, me apartaba. Estaba convencido que el contacto con la piel o tan siquiera la ropa, era suficiente para que me transmitiera el germen de la muerte que tenían ellos.

TESTAMENTO

MÚSICA DEL PARAÍSO

Némesis nostálgico
recorre desde su mente
las calles de su ciudad
con la primera botella
ingerida en la paz del mangal.
Villarrica.
Los arpistas, flautistas, violinistas, chellistas
y los coros angelicales,
están allá.
Eternamente resuena la música
contra las inmensas paredes de piedra
del Ybytyruzú.
Allí está el paraíso.
Quieto, duro, como una vieja postal querida
que vio espléndidos momentos
pero quedó a la intemperie,
corroída por el viento, por los óxidos
y el orín de los perros vagabundos.
El huracán que remueve la memoria
y la trae presente, lucha
y logra mostrar los rostros jóvenes,
sonrientes, llenos de plena juventud,
así como al fondo de setos y flores
que les circunda.

DESCRIPCIÓN DE UN ÁNGEL

Sentado en su sillón de cuero remendado,
regalo del composturero de zapatos,
filósofo y amigo Lázaro,
ángel guardián de los placeres de viudas,
abandonadas y esposas nuevas y mal atendidas.
Hombre de tórax gigantesco
y piernas de enano.
Odiado y envidiado por los hombres,
Lázaro ha sido invitado reiteradas veces
a formar parte de la tertulia,
pero no puede.
Esas horas las tiene ocupadas
en sus labores angelicales.
La nocturnidad ampara sus trabajos.
Entra y sale de los lechos conyugales
mientras el titular ausente,
asiste a partidos de fútbol,
va de pesca con los amigos
o se abandona al alcohol.
De día, Lázaro martilla con furia las suelas,
se llena la boca de clavos,
enhebra al tacto su poderosa aguja
mientras observa
con sus vivaces ojos de simio
el contoneo de las mujeres
que desfilan frente al taller.
De vez en cuando rasca
su hiperbólico miembro
del mismo largor de sus piernas
que le ha valido el mote

de " hombre trípode"
que le han puesto algunos
y "trespié" como le llaman
sus colegas zapateros,
y es más apropiado
pues forma parte de los instrumentos
que utiliza para su trabajo.
Se despereza y levanta de la silleta.
Parado y sentado es de la misma altura.
Acomodado en su sillón remendado de cuero,
Némesis recuerda.

LA NIÑEZ DE DIOS

La Villarrica cuya visión
se recompone en su memoria
como un rompecabezas de colores,
tiene un regusto agridulce.
Un dolor de nostalgia y de pérdida
por el exilio
que se impuso a sí mismo como castigo.
Una quietud bajo cuya superficie
se mueven sombras
a las que no quiere reconocer
y a las que teme,
invade aquel sitio de su memoria
donde suenan aún conciertos para cuerda
en los que su violín le transforma
de Dios en hombre
y de hombre en Dios.

Las primeras tentaciones
y las arteras confusiones
se sueltan
envueltas y escondidas
en los sonidos de chellos y violines.
El cuarteto construye
un puente entre dos universos.
Los sentidos se fusionan en uno
que navega
en la cima del torrente de sonidos,
impulsado por ella
de una orilla a la otra.
Todo estará irremediablemente perdido
si la música termina
en un instante no propicio
porque entonces los sentidos
permanecerán extraviados
en el infinito.
Entre ensayos nocturnos
con la pequeña orquesta de cámara,
conciertos en el Club Social Español
o el Teatro Municipal de Villarrica,
en el Club Porvenir Guaireño
o en casa de cualquier vecino
que guste de Mozart, Beethoven,
Bach, o los barrocos más antiguos,
Némesis termina la secundaria
y recibe un diploma de maestro normal.
La palabra "normal"
le produce temor.
Sospechas. Ansiedad.

Prefiere no ahondar
en su significado.
No ha conocido a su madre ni a su padre.
Entre brumas de su primera infancia
recuerda frases sueltas
y sonidos articulados que le asustan
y prefiere enterrarlas en la oscuridad
y taparse los oídos.
Ha crecido en la casa parroquial
adoptado por la machú que cocina y limpia.
Los curas le tiraron al paso,
latinajos, historias de vidas ejemplares,
lógica de Balmes, algún Santo Tomás de Aquino,
y cierto cura atrevido
con colita de diablo
hasta Spinoza y Kierkegaard,
más abundante literatura,
al mismo ritmo que la machú
le daba comida y ropa limpia.
Mi querubín le llamaba la vieja.
Se ubicaba en el tercer banco
de la izquierda,
aquel que dice familia Ocampos,
para escucharlo aprender
las primeras notas en el viejo órgano.
El alemán que le enseñaba,
titular de la parroquia en ese entonces,
empecinado y sistemático,
no quería escuchar las protestas del querubín
que se negaba a aprender el órgano
y perseguía porfiado el estuche

del violín del cura.
Cuando los acordes
ya se oían con cierta gracia,
el cura dejó que el violín saliera de su estuche
y se pusiera a tiro
de las anhelantes manos del querubín.
Este lo acarició temblando
y con llanto en su clara mirada.
Salvador también vivía cuidado por la Machú.
Su tartamudez lo confinó a una habitación
de la que no salía
sino luego de estar seguro
de no encontrar a nadie
que le entablara conversación
y ni siquiera le saludara.
A Némesis,
su elocuencia y don de gentes
le abren puertas
y acreditan nombramientos.
Su simpatía lo hace popular
entre los más jóvenes.
Sus lecturas le permiten hacerse cargo
de cátedras de filosofía, literatura,
lógica.
Los viejos directivos están encantados.
La culta y honorable sociedad guaireña
también.
Hace tiempo esperaban que surgiera
un maestro con esa profusión
y profundidad de conocimientos,
que aunados a su natural liderazgo
y carisma,

llenan un tremendo vacío en la institución
y en la sociedad,
consolidando una promesa firme
para el futuro enriquecimiento cultural.
Nuevamente la privilegiada ciudad
ve nacer en su seno a un hijo
que levantará muy alto
los blasones y estandartes
de arte y cultura que la adornan
desde siglos atrás,
y es, como yapa,
un niño nacido y criado en la iglesia.
Némesis camina por las calles
irradiando un aura
que le abre paso.
Su clara cabellera se mueve alegremente
al compás de su caminar,
portafolios de cuero en una mano,
estuche del violín en la otra,
y una leve sonrisa acompañando
a su angélica mirada verde-amarilla,
saluda con afecto a las personas
que se cruzan con él,
a los alegres aurigas de los carumbé
que van y vienen del mercado municipal,
ya a los niños que conocen su nombre,
ya a los perros que lo olisquean
con el rabo agitado,
ya al día, al viento, a la jornada
que empieza henchida de promesas.
Todos los días los tiene ocupados

en la cátedra y en la música,
desde el primero hasta el sexto.
El séptimo descansa.

EL DESEO QUE QUIEBRA LA PAZ

Se reúnen en casa de Benigno Abel
y su hermano Pánfilo Caín.
Comen juntos y Salvador,
la enorme sombra de Némesis,
les acompaña
pues se siente protegido
y sin temor entre ellos.
En casa de los hermanos ensayan diariamente,
obsesionados por la maravilla
que sale de los instrumentos.
Nuevas partituras y nuevas habilidades
se descubren cada día.
Benigno Abel y su hermano Pánfilo Caín
viven con su padre viudo.
Tienen unas tierras
en las afueras de la ciudad,
a las que es difícil
sacarle provecho.
Una loma rocosa cubierta con pasto duro
en donde cabras y ovejas
se desparraman durante el día
buscando con que llenar sus tripas.
Y más allá, un valle apacible y feraz
en donde frutas y hortalizas
crecen con entusiasmo,

casi sin ojos que las velen,
igual que a la hermana menor,
Maria Magdalena,
a quien dicen Malena, Male,
o simplemente Mal.
Ella es el chello del cuarteto.
Lo aprendió así.
Saltando por las lomadas
entre las cabras,
mirando furtivamente
los ojos de Némesis,
negándose a tomar en serio
como los tres hombres,
el cotidiano trabajo
de pasear sobre las notas.
Por intermedio de las miradas
de ella hacia Némesis,
los hermanos descubren
las de Némesis sobre María Magdalena.
Varios ensayos concluyen
cuando todos se descubren
mirándose de manera subrepticia.
Némesis se avergüenza.
Los hermanos descubren la ira
arrasando sus venas.
Ella suelta el instrumento del cura italiano
y corre hacia el manantial embrocalado
semi oculto tras una enramada.
Solo su risa
burlona y desafiante
queda flotando en el aire tras su paso.
El cristalino son se quiebra

cuando Némesis anuncia un descanso.
Los tres muchachos sudan camino del manantial.
Sus rostros están serios.
La niña ha nacido llena de gracia.
Sus ojos rasgados y obscuros
delatan alguna carga
de sangre guayakí
alborotando su despertar de mujer.
El padre director de orquesta
ha seleccionado
algunos conciertos para chello
en donde su maestría
en el manejo del arco,
(que parece prolongación de sus manos)
haga sonar la caja del robusto instrumento
(que parece una ampliación deseable
y apetitosa de sus formas),
con ese tibio hálito de otros mundos
que sólo ella le puede dar.
Todo su cuerpo se abandona a la batuta.
El padre transpira y se pierde
en el adaggio del concierto de Tartini.
El chello lidera el ensayo.
Una lucha intensa
entre el deseo brutal
de saltar sobre la niña
y poseerla allí mismo
en el atrio, donde están ensayando,
y los deberes espirituales
consagrados en el voto,
languidece la fe del padre.

Capítulo 3

La invitación que me hiciera don Némesis para participar en su patio de la reunión con sus amigos, me atormentaba. Desde ese día evitaba encontrarme con él. Hasta los partidos de fútbol en la calle dejé de lado ante el temor que la posibilidad de encontrarme con él permitiera que me preguntara cuando me iría a su casa. Además, me había prohibido que contara a nadie que él me había invitado, lo que acrecentaba mi miedo y me hacía sospechar que planeaba malignidades contra mí.

Volví a espiar a la noche sus reuniones, para poder enterarme si tenía algún plan. Pero no desde la muralla de los Lara, sino desde el suelo, metido entre las matas de tuna. Con un afilado cuchillo me pasé varias siestas limando las espinas de las ramas hasta que quedara un hueco bien guarnecido en donde pudiera ubicarme acuclillado en la oscuridad, sin peligro que ellas me clavaran. Pero en la última siesta, hice un movimiento brusco y una espina se me incrustó en el brazo. Pedí a mi hermano mayor que me la sacara, pedí a todos mis amigos, pero ninguno daba con la fórmula para extraer la espinita. A nadie más podía pedir ayuda puesto que las tunas existían solamente alrededor del patio de don Némesis y haber estado allí ya me acarrearía algunos rebencazos de gajo de durazno.

Al principio fue muy doloroso, porque parecía que la espina era un imán que atraía los golpes y las fricciones, pero luego hasta me olvidé de su existencia. Solo de vez en cuando me asaltaba el pánico, pues mis amigos decían que si no se quitaba la espina del cuerpo, esta iría nadando por la carne hasta encontrar una vena y que luego, se transportaría por la vena hasta llegar al corazón en donde produciría automáticamente un paro cardiaco y la muerte.

Unos días después descubrí que en mi brazo se había formado como un grano blancuzco que mostré a mi hermano, y esté sencillamente lo apretó y la espinita que era apenas visible, salió pegada por su dedo.

Desde mi nuevo lugar de observación, escuchaba mejor pero no veía nada. Así pude enterarme de algunas fechorías de los vecinos, los Lara, que no eran tan buena gente como aparentaban, que se dedicaron a robar en el interior del país durante la revolución, y de muchos chismes de la gente que a esa edad no me interesaban. Como que la hija de don Ruiz Díaz se embarazó y que la habían desarmado a golpes y que había un lío con la policía por ese asunto. Los Ruiz Díaz vivían como a unos cien metros de mi casa y conocía a la hija. Me sorprendió que se hubiera embarazado, puesto que era muy chiquita y muchas noches de verano solía juntarse a nuestro grupo para jugar. Era una nena todavía para mi, y era muy difícil que una nena se embarazara, porque eso ya era cosa de mayores.

También me enteré que don Rómulo se "cogía" a todas las hembras de su granja, ya fueran yeguas, cabras, ovejas o burras. No entendía bien lo que era eso de "coger", pero me imaginaba que se trataba de hacer las groserías. Don Némesis y sus amigos se reían hasta quedar roncos, por esta ocurrencia de don Rómulo.

Una tarde ya no aguanté y salí a jugar fútbol. En una chutada fuerte, un hueso de vaca se incrustó en la parte interna de mi pie derecho, debajo del tobillo. El dolor fue tremendo pero el problema seguía puesto que el enorme hueso de vaca, que había estado semienterrado en el arenal, no salía. Estaba sentado en el suelo, tomando mi pie herido y viendo como la sangre salía a chorros, cuando sentí que una sombra se proyectaba desde atrás. Era don Némesis que me tomó el pie con las manos y con un fuerte tirón, extrajo el hueso.

– Ahora vaya para que doña Margarita le cure.

Saltando sobre una pata llegué hasta frente a casa. El pie sangraba con ganas. Mis amigos me trajeron papel diario, hojas de mango, y cualquier pedazo de cartón que encontraban para taponar el agujero. Como por milagro, este dejó de sangrar y cuando mamá salió para buscarme de la calle, yo estaba sentado en el patio de nuestra casa con el pie debajo de mi cuerpo.

– Ya entro a bañarme mamá.– Dije.

Ella cruzó la calle y fue a hablar con una vecina. Aproveché para entrar rengueando, pues me dolía mucho. Me di un baño, me cambié la ropa y no tuve mejor idea que ponerme una venda hecha de trapos por la herida y encima, la media y el zapato negro del uniforme de la escuela. Con el calor que hacía era esto muy llamativo y pronto todos estaban preguntándome por qué me había puesto los zapatos de la escuela.

A la hora de dormir me saqué los zapatos, pero las medias fue imposible. Era una sola cosa con la venda de trapos que había puesto. Toda la parte de abajo estaba manchada y dura, porque aparentemente había vuelto a sangrar. Decidí volver a ponerme los zapatos y dormir calzado.

Esta situación duró cuatro días a lo largo de los cuales me era cada vez más difícil manejarme con los zapatos y aparentar que era nada más que una ocurrencia.

Cuando llegó el sábado sabía que no podría caminar hasta la iglesia al día siguiente. Además, la fiebre me había subido y mi pie había vuelto a sangrar con lo que era con mi zapato una verdadera cosa apestosa. Mamá me miró a la hora de cenar y me preguntó si me dolía la cabeza. Dije que no.

– Tenés cara de fiebre.– Se me acercó y me tocó la sien y debajo de la cara.

– Esta criatura está volando de fiebre. Vamos a prepararle un baño frío.

– Un baño no.– Protesté porque allí se descubriría el pastel. Pero ya era tarde. Mis dos hermanos mayores me sostuvieron y una de mis hermanas empezó a sacarme la ropa. Cuando llegó a los zapatos pegó un grito.

– Tiene un pie mal herido.

La media tuvieron que cortar con tijeras para poder dimensionar la herida. Me lavaron con agua tibia y me llevaron a los Primeros Auxilios, upa con mi hermano mayor. Se divirtieron de lo lindo poniéndome todo tipo de inyecciones y maltratando mi pobre pie. Me cansé de llorar.

El pie tardó veinte días en sanar. No me llegaron a castigar por el asunto, pero como nunca se endureció la prohibición de no salir a la calle. Mi recorrida matinal con las canastas de verdura, lo hacía con mi hermano Ezequiel que las transportaba por mí. Rengueando, con una tremebunda venda que me envolvía prácticamente todo el pie, mis ventas aumentaron mediante la compasión que en mi clientela despertaba su vista. Los elogios por mi hazaña de salir a vender a pesar de la herida, me ponían orgulloso. Qué niño guapo. Como se esfuerza para ayudar a su mamá. Que criatura más valiente. Eran los comentarios que me recibían en casa de mis clientes.

Me olvidé de seguir saliendo a realizar mis escuchas en el agujero del tunal. Y me olvidé de la invitación a participar de la reunión, hasta que una mañana, don Némesis pasó por el puesto de venta. Me preguntó como seguía mi pie. Le respondí que ya estaba sanando. Una gran cosa la vacuna antitetánica, dijo y siguió de largo. No me hizo otro comentario. Su hermano, don Salvador, le esperaba en medio del arenal. Me echó una larga mirada y reanudaron la marcha. Llegué a la conclusión de que don Némesis había comentado con su hermano que yo les espiaba desde la murallita, o quizás que me había invitado a asistir a la reunión de los amigos, en el mangal. La mirada de don Salvador me llenó de temor. Una semana después, este temor se confirmó cuando ña Eugenia me saludó al pasar, cosa que nunca hacía. "Shime-i, el niño curioso". Dijo, y lanzó una breve carcajada ronca. El humo del cigarro que tenía en la comisura de la boca, le hizo toser y así se fue alejando, entre toses y carcajadas.

Mi corazón quedó como un tambor enloquecido. Todos los de la tertulia sabían que yo les espiaba. Hasta era posible que lo supiera Ca-í, el rubio, a quién le tenía terror. Ca-í había acuchillado a un viejecito frente a mi casa por el puro gusto de verlo sangrar. Portaba un puñal al que le gustaba sacar filo con una limeta que llevaba en el bolsillo. Los gritos del viejo nos alertaron y salimos a la calle en donde vimos al viejo en el suelo y a Ca-í corriendo hacia el otro extremo de la calle hasta desaparecer. Mamá consiguió ayuda y trasladaron al viejo hasta

los Primeros Auxilios. El viejo no murió. Las heridas no eran graves, y cuando Ca-í fue detenido declaró que "..él no tuvo intención de matarlo sino de jugar un ratito nada más ".

Caí estuvo preso tres meses al cabo de los cuales lo veíamos de nuevo pasar frente a casa con su amplia sonrisa de animal enloquecido.

El tiempo me apremió de pronto a tomar una decisión con respecto a la visita al mangal. Concluí que era mejor asistir una de esas noches que reuniera el coraje suficiente, y enfrentarlos confesándoles que si los espiaba, pero que a nadie había retransmitido lo que escuché. Que sólo escuchaba para aprender toda la sabiduría que ellos hablaban. Armé un discursito en mi mente, salpicado con algunos textos de la Biblia, para demostrar sin ninguna duda, que estaba cargado de buenas intenciones.

El viernes a las nueve y media de la noche, sentí que en la casa ya todos dormían. Nuestra habitación, en la que estábamos los tres varones era espaciosa y casi vacía. Además de las dos camas, en una de las cuales dormía con mi hermano mediano, había un placard de ladrillos incrustado en la pared y una mesa encima de la cual estaban los materiales de estudio, libros y cuadernos. La puerta que daba al fondo y por donde escapaba, era de dos hojas amplias con marcos pesados y la hoja con vidrio en la parte superior. Eran puertas que habían sido del Hospital Bautista, que le habían regalado a mi hermano (el mayor de todos que nos pegaba cuando

estaba nervioso) cuando derribaron una sección para construir nuevos pabellones, como trabajaba allí como asistente de cirugía. Estas dos hojas de la puerta estaban siempre abiertas, salvo algunas semanas del invierno en que el sur soplaba con furia. El resto del año permanecía abierta de día y de noche para que entrara fresco. Más al fondo del patio, ya solo había construcciones de adobe, en donde estaban instaladas la cocina, un depósito y una habitación en que papá guardaba las máquinas que traía para reparar. Las cinco plantas de mango, las dos de aguacate, las de limón, naranja y mandarina, de yvapovó y de banana, bien atrás, al lado de los gallineros.

Así que escapar no era una tarea difícil. Una vez en el patio, ganaba la calle y pasaba entre los alambres del cercado.

Cuidando mis pasos al máximo, puesto que seguía rengueando por mi herida, pronto me vi alumbrado por la luna en cuarto creciente. Menos mal, pensé. Tanta oscuridad en el mangal sin luna y sin lámpara me aterraba.

Caminé los doscientos pasos hasta la entrada entre las tunas y penetré en el mangal con paso inseguro. Al principio no veía nada por culpa de los copudos mangos que no dejaban filtrar la luz de la luna. Quedé ahí a dos pasos de la entrada, sin decidirme a continuar, observando como el caminito hacia el fondo era marcado por una tenue fosforescencia, y cuando levanté de nuevo la vista, el techo del mangal

formaba una inmensa cúpula, llena de brillantes colores, en donde los tonos verdes y rojos destacaban sobre los demás.

Al bajar la vista de este extraño y sorprendente techo que acababa de descubrir, encontré a ña Eugenia ca-ú frente a mí, sonriendo y extendiendo una de sus manos.

TESTAMENTO

NÉMESIS SE DUELE
DE SU JUVENTUD DESPERDICIADA.
Y REBUSCA EN SU MEMORIA
DETALLES PARA SU MARTIRIO

La segunda botella se destapa.
Instintivamente
las manos de Némesis
hurgan en la oscuridad
buscando el violín.
Sus ojos se llenan de lágrimas.
Ña Eugenia le alcanza el estuche
y se retira unos pasos
hacia la oscuridad profunda.
Levanta su pollerón
y lo anuda en la cintura.
Abre las piernas y adelanta la coxis.
Parada, orina ruidosamente
mientras enciende un cigarro.
Exhala largas bocanadas
y espera que las ultimas gotas de orín
se desprendan de su cuerpo.
Quien será el autor de este aire eslavo
se pregunta ña Eugenia caú,
llamada María,
extendiendo su esqueleto en un sillón
de mimbre desvencijado y quebradizo
por la acción del sol y la lluvia.
Stravinski quizá.
El llanto sobrecogedor del violín
espanta mosquitos

y llama a los espíritus del mangal.

.....

Cómo se instaló en mi cabeza
esta pesadilla.
Fueron apareciendo como retazos sueltos
de un proyecto
que en mi vanagloria soñaba
infinitamente perfecto
para que yo lo realizara.
Solamente yo lo podría llevar a cabo
porque yo lo estaba soñando
y en mi mente estaban las partes ya soñadas
y en mi vigilia los juntaba
como si fueran piezas
de un juego
cuyas reglas manejaba exclusivamente yo,
el único gran jugador.
De dónde robé la fuerza
que me empujó para seguir
adelante con mis planes.
Solamente mis delirios de borracho.
O la convicción desesperante
de mi irremediable soledad
que me obligaba a crear sombras fatuas
que me acompañaran y admiraran
mi gran obra.

.....

Ña Eugenia mira temblar a Némesis.
El arco apunta
al centro de la tierra.
El violín cruza su pecho
de arriba hacia abajo.
El sonido del violín atraviesa murallas,
árboles, paredes, multitudes.
Némesis tiene ahora el cuerpo inmóvil.
Está transpirado por pretender
tocar en estas latitudes
un instrumento maldito
y una música de estepas infernales.
En la oscuridad
su mirada taladra memoria y distancias.
Ña Eugenia intenta
guardar el instrumento en su estuche.
Némesis la detiene.
Aún no es tiempo.

NÉMESIS Y LA PROFETIZA EUGENIA DISCURREN SOBRE LA EDAD, EL SEXO Y LAS ENSEÑANZAS A LAS JÓVENES ESPOSAS

No hay brisa que mueva las hojas
ni alivie el sopor.
Siento la proximidad
de la tormenta en mi cuerpo.
Y me pregunto
si el olor de muerte

saldrá de mi interior
o será
parte de los efluvios
que surgen de la zanja inmunda.
Son ambas cosas mezcladas.
Responde Némesis
que vuelve de su ensueño.
Al promediar la segunda botella
desatina el pesar y los remordimientos
y recupera el humor.
Todo está dentro de uno.
No puedes separar la impresión
tan fuerte que viene de la muerte,
aunque sea ajena,
de la idea que te haces de la tuya.
Mi querida María;
a ti ya te ha tomado toda
pero sigues igual de hermosa,
lo que equivale a afirmar
que la muerte no es tan horrible
ni destructiva como lo pintan.
La muerte
no te está cambiando mucho.
Deja lo que amo en ti;
los atributos más bellos que tienes:
tu azul mirada de borracha vesánica,
tus largos y descarnados dedos
capaces de acariciar o matar
sin que haya motivos,
tu boca que huele a caña
eternamente

y que para mí es un perfume magnífico,
tu sexo para jugar a la lascivia
y calmar esa vana pretensión
de inmortalidad
a través de la descendencia,
y lo más importante;
ese cerebro achicharrado por el alcohol
en sus partes inútiles
pero con todo su disco duro intacto
para lo que hay que razonar.
Tienes todo lo que una dama de clase
debe poseer.
Es probable que tus ex alumnos
de la universidad de Córdoba
no te reconozcan en seguida.
Pero apenas abras la boca
lo harán.
Némesis sonríe.
La vocación magisterial no se pierde.
Concluye.
Hay como un remolino
que separa a ambos y los transporta
a viejos y hasta quizás, bellos recuerdos.
Me gustaría que Ca-í te viole
otra vez.
El detalle triste
es su escaso ingenio
pero le sobra entusiasmo.
Aún así, con entusiasmo y todo,
y creo que es un impedimento más,
será difícil adiestrarlo

y transformarlo en un amante
con categoría.
A mi ya no me desea.
Mi cuerpo está viejo.
Es una pena.
Deberíamos conseguir una doncella
que le despierte el instinto
y un cordel para sujetar
su miembro apresurado e incontinente,
que con un sólo apretón
explota como un tubo de pasta dental.
Solo con el látigo aprenderá
a controlar su instinto
y será entonces
un fino violador de salón .
Ña María Eugenia, Eugenia ca-ú, o María,
toma un largo trago
y medita
sobre los desaires y amarguras
que acompañan a la edad madura.
Quiero que me viole Lázaro.
Némesis, que conoce los pensamientos
y el corazón humano,
le dice en voz alta
que a Lázaro le gustan las mujeres jóvenes
y recién casadas,
a las que enseña
lo que sus inexpertos maridos
no saben pero deben aprender
para que el lecho conyugal
no sea solo un sitio donde se acumulan

penurias, frustraciones y tristeza.
No pudiendo enseñarlo en un aula
lo hace en el—ámbito adecuado
con lecciones individuales.
Luego ellas, ya suficientemente entrenadas,
la ponen en práctica con sus maridos.
De a poco y con cuidado
para no despertar sospechas
con tanta sabiduría repentina.
Alumnas ávidas de un adiestrador sabio.
He ahí un buen maestro.
Discreto y casi imperceptible
en los manejos del verdadero espíritu de Liceo.
Lo que llamaríamos un sabio
con aterrizaje en lo práctico.
El debería ser el maestro de Ca-í.
Pero sin doncella.
Sobre su propio físico
para que la letra entre
con la sangre.
Luego será un buen amante
y gran virtuoso de la violencia
sin aspavientos innecesarios.

NÉMESIS ELIGE UNA DISCÍPULA DE ENTRE LOS SIRVIENTES

Salvador, seguido por su mujer, Luces,
sube desde la espesura del mangal.
Sus figuras adquieren la apariencia
de una película de dibujos animados.

Por cada paso de Salvador,
doña Luces,
que le alcanza un poco más arriba de la rodilla,
da seis.
Suben y se instalan donde pueden,
sobre ramas secas de mango
apiladas aquí y allá.
Salvador alcanza una botella
y luego de tomar un largo trago
lo pasa a su mujer
que hace otro tanto.
Doña Luces habla menos
que su tartamudo marido,
si esto es posible.
Solo atina a sacar las órbitas
de sus ojos hasta la altura
de la punta de la nariz
mientras mueve la cabeza asintiendo
cualquier afirmación de Némesis
o de ña Eugenia caú, llamada María
a quienes teme hasta el caracú.
En una vivienda
en la que hacían instalaciones
habían encontrado a Luces hace muchos años.
Era la sirvienta de la casa.
Desde lo alto de la escalera
Némesis observaba que las idas y vueltas
del muy bien pertrechado trasero de Luces
eran atentamente seguidas por Salvador.
Sujetaba la escalera,
pasaba herramientas,
pero en cuanto escuchaba los pasos de ella

Salvador se detenía a mirarla.
Némesis inquirió.
Te gusta la mujer.
Salvador dijo que sí con la cabeza.
Némesis le respondió que había hecho
una buena elección.
Te conviene.
Nunca te replicará una sola palabra.
Cuando terminó el trabajo,
Némesis,
por fórmula y aquello del libre albedrío,
preguntó a la pequeña sirvienta
señalando a Salvador: Lo quieres.
Ella movió la cabeza asintiendo
y reconociendo la autoridad de Némesis
para el asunto.
Entonces, toma tus bártulos y sígueme.
Dijo Némesis.
Y ella les siguió hasta el mangal.
Largos años pasan desde entonces,
pero doña Luces
aún no ha sonreído ni llorado
ni abierto la boca sino para comer.
Pero Némesis está convencido que tiene alma.

MALDICIÓN SOBRE LOS POLÍTICOS

La cuerda cuarta del violín suena zumbona.
Quiero invitar a la clase política
para que comparta con nosotros
la reunión de esta noche.

Némesis hace un gesto a Salvador.
Con su paso lento y enorme,
Salvador sube hacia la calle Sajonia.
Uno de ésa calle ha sido designado
por el largo y poderoso dedo de Tembelo
como diputado nacional
y Némesis quiere agasajarlo.
A pesar de su fama de populista,
rebelde y hasta bolche
y simpatizante del Movimiento Popular Colorado
en el exilio,
Tembelo le nombra Secretario General
de los Sindicatos.
Es un cargo para títere de guante
pero con ciertas prerrogativas
y mucho dinero.
Tembelo cree que a través de él,
algunos conatos de organización independiente
se podrán aniquilar desde el inicio
y teniendo una ubicación privilegiada
en el mismo interior de ellos.
Los políticos son cosa sería.
Hay que adularles continuamente
para que no se aparten de la ruta
que deben seguir rumbo al infierno
cuyo boceto tienen dentro.
Destino que afanosamente
procuran compartir
con la mayor cantidad posible de gente.
Cuanta mayor la cantidad de gente
destruida por sus maquinaciones,
mayor mérito.

Adolfo, Ca-í, el violador
aparece con los Carrero,
padre e hijo.
Ca-í sonríe bailoteando sobre sus piernas
y fija la mirada en doña Luces.
Se dirige a ella sin titubeos
y le sube la ropa
mientras saca de entre las suyas
su pequeño pene.
El violador da algunas bofetadas a doña Luces
para que la escena tenga
un poco de violencia.
Doña Luces no se siente satisfecha
debajo del simio rubio,
no por la violencia acartonada
y previamente ensayada
como el de las películas orientales
de arte marcial
en donde no existe pasión,
o quizás las interpretaciones
de dramas insulsos
de los actores yanquis en la era Mccarthista,
sino por su falta de prolijidad en el acto mismo.
Este se desarrolla
ante el fastidio de ña María Eugenia
y el aburrimiento de Némesis.
La sonrisa cansada de ambos
refleja el desencanto.
No hay creatividad.
Sus nalgas blancas y regordetas,
bailan para el público
mientras la posee,

pero Ca-í acaba rápido y se levanta
no sin antes gratificar a doña Luces
con tres trompadas
en diferentes partes del cuerpo
y mira luego sonriente al público
como esperando un aplauso.
A Ca-í no le gusta
su forma de violar.
Debería tener una pija más grande,
elucubra él. Envidia a Lázaro.
Lázaro no es violador como yo
pero tiene una herramienta
mejor que la mía.
Cuando llega Salvador,
seguido del político y nuevo diputado nacional
con una guitarra en las manos
y la sonrisa pícara
del que ha encontrado la fórmula
para convertir arena en oro,
Némesis templa el violín
arrancándole sonidos burlones.
La rana y el sapo, parece decir.
La rana y el sapo, repiten las cuerdas.
Némesis juega con el arco.
Incita al diputado nacional a pulsar la guitarra.
La guitarra del diputado nacional
marca el ritmo en re menor.
Los magníficos sonidos del violín
son atisbos
de la futura gloria del diputado.
Este canta y los finales adorna
con temblor de escuela de canto.

La rana y el sapo estaban cantando debajo del agua.
Y vino el grillo y les hizo callar.
La rana, el sapo y el grillo
estaban cantando debajo del agua.
Y vino el gallo y les hizo callar.
La rana, el sapo, el grillo y el gallo
estaban cantando debajo del agua.
Y vino el perro y les hizo callar.
La rana, el sapo, el grillo,
el gallo y el perro estaban cantando debajo del agua.
Y vino el karajá y les hizo callar.
La rana, el sapo el grillo,
el gallo, el perro y el karajá
estaban cantando debajo del agua.
Y vino el general Morínigo y les hizo callar.
La rana, el sapo, el grillo,
el gallo, el perro, el karajá y el general Morínigo
estaban cantando debajo del agua.
Y vino el general Stroessner y les hizo callar.
La rana, el sapo, el grillo,
el gallo, el perro, el karajá,
el general Morínigo y el general Stroessner
estaban cantando debajo del agua.
Y vino Méndez Fleitas y les hizo callar.
Piiiiiiiiiiiiuuuu puf
El violín se desentiende.
La guitarra se calla.
La voz del diputado nacional se enronquece.
Al general Strossner
no hay nada ni nadie que le haga callar.
Silabea Carrero padre
y salta hacia atrás con una navaja

que brilla contra las sombras
y de cuyo filo todos tienen
sobrado conocimiento.
Su hijo se distancia
y cubre la situación en abanico.
Tiene también en la izquierda una navaja
y en la derecha un revólver
calibre treinta y ocho.
Tanto a él como a su padre
la idea de disparar con un revólver
contra el físico de un semejante
les parece cobarde
y muy poco de hombres.
Prefieren sentir en las manos
el estertor del prójimo,
bien cerca de ellos
y con riesgo de empaparse con la sangre.
El diputado nacional no deja de sonreír.
Sus hoyuelos le dan cierta gracia.
Su cara morena chorrea algo
parecido a grasa muy brillante.
Es una broma mis amigos.
Era para probar la lealtad de la concurrencia
a nuestro magnífico primer mandatario
y Comandante en jefe para quien pido
tres hurras tres por tres.
Piriri pipip ra ra ra.
Piriri pipip ra ra ra.
Piriri pipip ra ra ra –.
El entorno acompaña las hurras
y entre gritos se deshace en aplausos.
Era evidente su intención de provocar

una discusión o una pelea.
Quería sondear si la influencia de Méndez Fleitas
ya había llegado a esos ámbitos
y hacer alguna campaña
con aquellos simpatizantes que captara.
El diputado traicionaba a su patrón
y volvería a traicionar al nuevo
en caso de que el actual cayera
y Méndez Fleitas le reemplazara.
Un grupo del entorno de Tembelo
conspiraba con Méndez Fleitas a la cabeza.
La lucha era silenciosa
pero sangrienta.
Tembelo saldría airoso
y solidificaría su régimen de cuarenta años.
Némesis condena al diputado nacional
a una muerte prematura y horrible
y a su descendencia
a la desaparición lenta e intrascendente.
No prosperarán.
Sentencia.
El calor derrite los buenos sentimientos
Las buenas intenciones.
Y con la caña hacen dúo magnífico
Para el crimen y la traición.
La farra está en su apogeo.
La guitarra no descansa.
Noche densa.
Las estrellas dejan ver
Siluetas de calaveras cantando en ronda.

ANFITEATRO DOS

Viejas crónicas de la época de la fundación de la Asunción refieren que siendo la máxima autoridad de la ya considerada provincia el Segundo adelantado del Río de la Plata Don Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el día cuatro de febrero de mil quinientos cuarenta y tres, la Casa Fuerte y ciudad de Asunción amaneció envuelta en llamas.

Más de doscientas casas con techos de paja ardieron en cuestión de minutos, antes de que amaneciera, ayudadas las llamas por el enloquecido viento norte que soplaba desde una semana antes. Inútiles fueron los esfuerzos para apagar el fuego. Toda la población se puso a la tarea de transportar miles de litros de agua del arroyo Jaén.

La desazón que produjo este ingrato acontecer en el ánimo de los conquistadores fue terrible. Los vecinos quedaron con lo puesto y enfrentados a la tarea de recomenzar las construcciones. Pero las pérdidas más importantes se verificaron en las casas que eran utilizadas para las oficinas y depósitos de la Gobernación. Además de todas las reservas de granos y alimentos que allí se guardaban, tanto para la subsistencia de la ciudad, así como para preparar los avíos que debía llevar la expedición a las sierras del Alto Perú fueron consumidas, amén de toda la do-

cumentación existente: cédulas reales, nombramientos y aún el acta de fundación de la ciudad, y ni que decir de las ordenanzas que desde las de Don Pedro de Mendoza se archivaban todas en ese lugar.

Entre esas ordenanzas, existía una que quedó olvidada ya que después del incendio muchas de las autoridades encargadas de hacerla cumplir se cuidaron hasta de recordar su existencia, por las molestias, contratiempos, trabajos y desagrado que produciría. Esta ordenanza establecía la excavación de un largo y profundo foso en los límites entre la Asunción, los territorios dominio del Cacique Lambaré y los de su hijo Tarará, situadas al este de las de su padre y que llegaban hasta las cercanías de Villeta.

Tarará, que en guaraní significa "manojo de nervios", o "alocado en sus decisiones" era un joven aguerrido, con un ejército ordenado y obediente. Su principal preocupación y consigna era impedir que los conquistadores llegaran y ni siquiera conocieran su territorio. No quería que ni él ni su gente ni sus mujeres cayeran en manos de los españoles. Para impedirlo, había dispuesto una guardia permanente que tenía órdenes de hostigar e impedir el paso a los extraños.

En esos años, muchos españoles habían solicitado tierras e indios para hacer sus chacras pues la tierra feraz y las aguadas abundantes hacían de dichos lugares privilegiados y ricos para la agricultura.

Pronto estos nuevos vecinos vieron el fruto de sus

esfuerzos, y cómo estos desaparecían con las incursiones nocturnas de los hombres del Cacique Tarará.

Cuando las quejas llegaron a la gobernación, se formó una comisión que deliberó durante siete días y medio, pero no por las noches, que dedicaban al trago, las barajas y las mujeres. Su consejo sabio o no, ya se verá, fue que el Gobernador dispusiera la fijación de una línea demarcatoria, con dirección sudoeste-noreste, con atalayas cada cinco leguas en un total de cincuenta, y que a los pies de cada atalaya se instalara una pieza de cañón, más que nada para dar los avisos, y al pie de estas troneras de cañón se abriera un foso de treinta pasos de hombre de ancho y quince varas de profundidad. El Gobernador, con la cabeza llena de proyectos de expediciones al Alto Perú, en busca de oro y plata, y más aún, enfebrecido con las noticias de la existencia de tierras dominadas por mujeres desnudas a caballo, que peleaban como hombres y a quienes se les daba el nombre de Amazonas, no analizó mucho los alcances de este proyecto, porque ni los miró, y puso el visto bueno para que quinientos indios, bajo la dirección de unos caballeros de la Orden del Rey los dirigieran, y se olvidó del asunto. Fue encargado para poner manos a la obra, un hijodalgo de nombre Macabeo Valentín, apodado "el colorado", por la roja pelambre que coronaba su enorme cabeza, (y de quien se sospechaba que lo de Hidalgo era un titulo inventado y que más bien, era un sefardí escapado de las fogatas del temible y entusiasta de-

fensor de la fe, el dominico Tomás de Torquemada), quien se contrarió con la ordenanza del Gobernador. A este caballero le pareció una verdadera boludez distraer veinte cañones, de los que tenían absoluta necesidad en los buques para las expediciones de conquista, o alrededor de la Casa Fuerte de Asunción para la defensa contra las incursiones payaguáes y guaicurúes que venían del norte. Consideró absurdo ponerlos en hilera sin que hubiera una buena cantidad de infantes que los aprovecharan. Lo cierto es que así, puestos a la bartola, daban oportunidad para que los hombres de Tarará se apropiaran de los cañones, y aunque les infundieran temor, no sería ilógico suponer que los analizaran y estudiaran y finalmente dispusieran de ellos contra los mismos conquistadores.

Con estas reflexiones en la testa caballeresca se dieron inicio a los trabajos. En medio del general desgano que el jefe de la misión contagió a todos los castellanos primero y a los indios después, se inició la obra. A los dos meses ya no estaban los quinientos indios. Por más que fueran controlados, cada noche pasaban al otro lado y se unían al ejercito de Tarará, quedando después de dicho tiempo solamente trescientos y cada día más desanimados. Se cavaron hasta esa fecha una legua y un poco más, hasta que los picos y palas dieron con una elevación de terreno. Una colina en la que la tierra cambiaba de contextura y se volvía dura y difícil de penetrar con las herramientas. La tierra tosca hizo que los astu-

tos indios fueran desviando el curso del foso hacía el sur, en tanto que los españoles dormían. Ese rumbo hacia el sur era de una tierra diferente, blanda y fácil de cavar.

El incendio de la ciudad ocurrió en aquellos días y fue el pretexto perfecto para abandonar la construcción de un foso de tan descabelladas proporciones.

Aquella colina de tierra tosca que encontraron los indios, y que les obligó a desviar el rumbo del foso hacia el sur, fue la que cuatrocientos años más tarde constituiría la parte alta de la calle Sajonia, a salvo de las aguas asesinas. Y el foso cavado, el origen de la inmensa zanja que constituye el lecho del arroyo Leandro.

Capítulo 4

En el momento en que mamá se preparaba para su ida al mercado, como a las cinco, aún no clareaba del todo, se percató de que no estaba durmiendo en el catre que compartíamos con mi hermano. Avisó a papá que aún estaba en la cocina tomando mate, y juntos revisaron todas las camas de la otra habitación en donde dormían mis hermanas. Aunque los varones tuviésemos estrictamente prohibido en ciertas horas, asomarnos por ahí, como yo era el mas pequeño de los varones, muchas veces esta prohibición no era respetada. A mi me encantaba la idea de ver desnudas a mis hermanas mayores y especialmente mirarles el pecho. Ya las había espiado varias veces y las había visto completamente desnudas. La vista de la parte inferior de sus cuerpos me producía una extraña sensación. Solamente se veían los pelos ensortijados y el principio de una abertura como de boca de coté, pero nada más. No había nada que colgara ni que se pudiera observar, salvo los pelos y esa especie de boquita de enojada. Pero la parte superior me maravillaba lo hermosa que podía ser. Me imaginaba que tocarlas sería como tocar el cielo. Pero no tenía ninguna intención de tocarlas, eso ya sería demasiado, pero sí me daba mucha rabia el hecho de que no pudiéramos mirarlas mientras se bañaban como ellas hacían conmigo, a quien no respetaban absolutamente y me miraban con

descaro y cinismo. Claro que era chiquito y todavía ni siquiera tenía pelos, y mi pilín era de lo mas chiquito aún, así que las disculpaba, diciéndome que no tenían todavía nada que ver ni observar en mí.

No estaba en la cama de mis hermanas, así que salieron a buscarme en el baño, en el fondo del patio, y a esas horas ya estaba claro y también mis hermanas se levantaron y algunas se fueron hasta el frente de la casa. Allí me vieron. Tendido frente al portón pero del lado de la calle. Estaba arrollado sobre mi mismo, con la cabeza apoyada en una ropa vieja. Dormía.

Me llevaron a la cama y allí desperté y pregunté que pasaba.

– Estabas durmiendo en la calle.– me contestaron varias voces que estaban alrededor.

– Sos sonámbulo – otra voz encima.

– Estás enfermo. Te vamos a llevar al doctor.

– Qué doctor ni que ocho cuartos. No hay plata para tirar en doctor. Salió en sueños a pasear un rato. – La voz de papá y su risa a continuación por el comentario que había lanzado.

– Déjenme voy a hablar con él – La voz de mamá y algunos borrosos recuerdos de la noche anterior me vinieron como relámpagos.

Mamá me tocó la frente. Me tapó hasta el cuello con la manta. Me miró un largo momento. Su rostro estaba más serio y escrutador que nunca.

– Por qué estabas durmiendo allí.

– No me acuerdo mamá.

– Qué querías experimentar durmiendo en ese lugar.

– Yo no quise dormir allí. A lo mejor alguien me llevó cuando estaba durmiendo.

– Alguien. Quién.

– No sé. No me acuerdo. Yo estaba durmiendo aquí con Ezequiel. Y me desperté allí.

– Ahora tengo que ir al mercado, pero después, cuando tengamos tiempo vamos a volver a conversar.

Mamá me dio un beso en la frente y se fue. Ordenó que me dieran aspirinas por si me daba fiebre. Me alivió su ida. Cada vez eran más frecuentes las imágenes que me venían a la cabeza.

No me sentí con fiebre sino al regreso de mi recorrida con las verduras. Probablemente el sol, susurraba mamá. Te vamos a dar un baño y no te vas a la escuela esta tarde.

Lo de la escuela no me gustó. Amaba ir a la escuela. Allí había todo un mundo de juegos y maravillas para mí. Pero la palabra de mamá era ley. Me dieron

unas pastillas y el asqueroso te horchata que me hizo sudar y me dio arcadas. Rogaba que no me diera una de esas fiebres que me dejaban seco y sin ánimo de levantarme y hacer cosas. Por la tarde sentí como que unos zapatos gigantescos caminaban sobre mi aún más gigantesca cabeza. Y que una fuerza todopoderosa movía unas rocas colosales que arrojaba al vacío, y detrás de la piedra iba yo, cayendo y cayendo interminablemente. Esto me hacía pegar alaridos y ya alguien estaba cerca de mí sosteniéndome la cabeza sobre sus piernas y secándome el sudor que mojaba todo mi cuerpo.

Estuve tres días así hasta que finalmente vino un médico y me hicieron análisis. De vuelta agujas y compañía. No tenía pulmonía, ni amigdalitis, ni ninguna otra infección, ni a la vista ni escondida. Mi pié prácticamente estaba curado y no podía tampoco ser el origen de la fiebre. Hasta que de pronto a mamá se le ocurrió entre tantas pruebas y análisis, contar que había salido a caminar dormido y que me encontraron tirado en el portón. A raíz de esto, los médicos prescribieron nuevos tratamientos, que imaginé serían de la misma clase de siempre. Por suerte eran pura palabrería. Lo del sonambulismo equivalía a decir que me estaba volviendo loco o una cosa parecida. No les podía revelar ni a los médicos que tal sonambulismo no existía. Que me había trasladado por mi propia voluntad hasta el mangal del vecino y que seguramente allí, me había quedado dormido y no sabiendo los vecinos qué hacer con-

migo me trajeron hasta el portón y me pusieron una ropa vieja como almohada. No podía decir nada.

Entretanto la fiebre me fue dejando. Para el quinto día ya podía mirar bajo el sol, ya no sudaba y de nuevo tenía apetito.

La preocupación que se instaló en mi cabeza ocupando el lugar de la fiebre y comenzando a intranquilizarme fueron entonces mis amistades nocturnas y mi visita al mangal.

Dos de mis siete hermanas ya estaban casadas en aquel tiempo. Dos señoritas vivían con nosotros. Cada una con un carácter muy especial, mientras la mayor, Noemí, era concentrada en los estudios, tímida, muy inteligente y difícil de conquistar por los muchachos que formaban el grupo de jóvenes de la iglesia, Ruth , era alegre, cambiaba de novio cada mes y aunque todavía no terminaba la secundaria, andaba en busca de un trabajo.

Noemí estaba iniciando sus estudios de sicología, y repartía su tiempo ayudando a mamá en las cosas de la casa y escribiendo su diario, pues era muy romántica y soñadora. En aquel año, asistía a la facultad y uno de mis hermanos la esperaba en la avenida Fernando de la Mora para atravesar el obscuro yuyal hasta casa pues venía ya cerca de las nueve de la noche. Pero una de aquellas noches vino más tarde de lo habitual. Daniel que estaba en la parada del ómnibus ya no quiso esperar pues eran pasadas las diez y media. Volvió a casa, en donde mamá y

papá ya estaban preocupados por la tardanza. Mi hermana vino llegando cerca de las once y media. Pero no en el ómnibus, sino en una moto con un desconocido. Presentó a papá al fulano y pidió disculpas por la tardanza.

Ese fue el inicio de una serie de incidentes con sus llegadas tarde, hasta que una noche no volvió de la facultad. Desde que apareció el hombre de la moto se enfriaron las relaciones con mamá y papá. Su carácter serio y respetuoso se volvió díscolo, hosco y hasta agresivo. Yo solía presenciar discusiones con mamá, que se desarrollaban a media voz al principio, para luego terminar a los gritos. La vez que no volvió de la facultad, fue apareciendo en casa a la mañana siguiente. Su rostro tenía huellas de haber llorado. Se encerró en el dormitorio y mamá con ella. Luego de un par de horas, también mamá salió del dormitorio con signos de llanto. No se comentó nada fuera del ámbito del dormitorio. Yo no entendía mucho pero sospechaba que el hombre de la moto le había causado un daño muy grande. A partir de aquel día, Noemí cambió sus hábitos. Regresaba tarde, sola, ya nadie la esperaba en la parada del colectivo. A veces no venía a casa a dormir. No hablaba, casi no comía, no ayudaba en los quehaceres de la casa y daba la sensación que estábamos perdiendo a una hermana.

Las discusiones interminables con mamá eran cosa habitual y papá dejó de hacer sus bromas por un tiempo, refugiándose en sus libros, con los que se

tapaba la cara, y en un maloliente cigarro que iba a fumar al fondo del patio porque mamá no soportaba ni su vista ni su hedor.

Tiempo después, pude acceder a un poco de información sobre lo que ocurría. El hombre de la moto la había violado. Y el daño que le había hecho, que yo no entendía exactamente en qué consistía el asunto, no se podía reparar ya que no era posible accionar en contra del hombre de la moto, porque era un teniente primero del ejercito, y tenía mucha gente poderosa que le amparaba. Antes bien, lo que noté y me parecía la mar de contradictorio, era que mi hermana, en vez de encerrarse, o negarse a verle, se vestía cada tarde e iba a buscarlo. Porqué quiere que le haga más daño, me preguntaba. Pero nadie me podía explicar exactamente los motivos de la conducta tan irracional de mi hermana.

Pronto ella se consiguió un vicio. Fumaba. Pronto otro. Venía con olor a alcohol, y mamá y papá le retaban, insultaban y hasta maltrataban. Ella dormía toda la mañana, comía apenas, se bañaba y desaparecía sin decir nada. Mamá lloraba a escondidas y papá se volvió hosco. Comenzó a hacer viajes cortos a la Argentina. Con el pretexto de que traería buena plata, cosa que después se cumplió, pero en realidad, con el propósito de no verle tan patentemente destruirse de una forma sistemática a una de sus hijas preferidas.

Por sus viajes a Clorinda, Resistencia, Palma Sola y otros puntos de Formosa y el Chaco argentino, em-

pezamos a conocer otro mundo. Papá, a su vuelta, traía todo tipo de quesos, galletitas, galletas, uvas, manzanas y ropa. Traía especialmente camperas y tricotas de algodón para el invierno y jokis, gorras, bufandas y artículos que nunca antes habíamos usado. Cada regreso de papá era una fiesta, una alegría que no terminaba de completarse por culpa de mi hermana y sus nuevos hábitos que a todos entristecían.

TESTAMENTO

DE LOS POLÍTICOS Y LAS DESGRACIAS QUE ACARREAN SUS PRÁCTICAS Y LA DE SUS SERVIDORES

Némesis lanza la botella vacía
hasta un lugar
en que se amontonan las basuras.
Sin pérdida de tiempo ordena que se abra la tercera.
La calle Sajonia está desierta.
Ni los yuyales mágicos son respetados
por las guardias urbanas de civil
que responden al ministro del interior de Tembelo,
Edgar L., intelectual torturador,
terror de las familias de la Asunción.
Su sadismo es solo comparable
a su hambre de libros ajenos.
En cuanto conoce de alguna biblioteca
intocada o sobreviviente
en cierto domicilio,
inmediatamente surge la acusación de "comunista"
y la orden de allanamiento.
Envía a sus muchachos
luego de cuya visita nada queda en pié.
Solo cajones de libros
meticulosamente guardados y fichados
que van a engrosar
la portentosa colección que ha conformado
con estos latrocinios.
Téllez ha sido reiteradas veces molestado
en su hamaca de ex combatiente
por estas famélicas guardias.

Ellas no tienen vituallas ni sueldo.
El nombramiento les acredita
para robar y apropiarse de lo ajeno,
violar o matar, allanar domicilios,
tomar para sí cualquier elemento
que le fuera interesante,
útil o de valor,
encontrado en los dominios
del indiciado de ser comunista,
pero sueldo no,
ha dicho el jefe.
Cada uno fabrica el suyo.
Entonces visitan continuamente
las despensas y almacenes
donde aún queda algo.
Exigen comida y caña,
cigarro y balas,
y algunas noches hasta conversación
y fogata cuando hay viento sur
y el poncho no alcanza a cubrirles del frío.
Solo los nuevos ricos
de la revolución del cuarenta y siete,
que viven en la casa al lado del mangal,
siguen despiertos desde aquel tiempo,
sumidos en una perpetua vigilia,
sumando y restando el valor de los collares,
anillos, aros, brazaletes,
además de los chanchos, vacas, y caballos
que ya están todos vendidos,
todo lo cual han robado y devastado
de los ranchos y capueras
de las cercanías de Capiatá y San Lorenzo.

Todos los dineros están guardados
en el cofre de doña Remedios,
alma mater de los depredadores.
Saliendo de la Asunción,
hacia los poblados de los alrededores,
en Capiatá, en Itá, o en Itauguá,
quedó gente muerta, despojada y violada,
y los que están despiertos
al lado del mangal
no tienen otra manera de acallar los gritos
que resuenan en sus cabezas
sino contando una y otra vez,
pieza por pieza
el valor de lo robado,
incluyendo almas, a las que no pueden imponer precio.
Némesis les guarda un lugar especial en la tertulia.

CONTRICIÓN DE NÉMESIS POR LA VIOLENCIA QUE PUSO EN EL MUNDO

De quien viene la violencia sino de mí.
Puse violencia en las cosas y en los seres.
Deviene esa violencia de mi frustración
como artesano de un mundo perfecto.
Pero mi violencia era anterior
a imaginar este manicomio.
Entonces la ira ya estaba conmigo.
Entonces las ganas de destruir
ya estaban conmigo
antes que las de construir,

y ese germen transmití a mis creaturas.
No era un artesano sino un artenfermo.
Damos solamente lo que tenemos.
Y yo solamente tenía furia,
ira, violencia, hambre de venganza,
frustración y rabia por mi sabiduría,
que me permitía ver el futuro
como si estuviera delante de mis ojos.
Eso es lo que puse en mi mundo demencial.
Zozobra, caos, angustia,
aflicción, dolor y como reverso
un espejismo de felicidad
que se acerca o se aleja
de las manos como una burla.
Ese es el estado perpetuo de mis criaturas,
bailando eternamente
el San Vito de la fragilidad,
del desamparo,
y aceptando
el arbitrio del azar.
Ya no puedo escuchar la música.
Aunque haya estudiado el violín
con infantil devoción
porque en aquel tiempo podía aún amar,
no solo el prodigioso instrumento,
sino los delirios de la vida,
los perfumes y ensueños de la edad joven.
Solo, horas y horas,
procurando dominarlo, domarlo, domesticarlo,
incorporarlo a mi ser
hasta donde fuera posible
para que finalmente se convierta en mi tortura.

Necesito dejar de soñar.
Hay una parte de mí
que debe hacer instalaciones eléctricas domiciliarias.
El tiempo nos acecha.
Bosteza de tedio cada vez que intentamos comprenderlo.
Aligera su paso cuando llegamos a la vejez.
No se inmuta cuando nuestro fuego se apaga.
El tiempo es un disparate.
Agosta la carne.
La martiriza.
La emborracha de sueños y dulces esperanzas.
Y la despierta frente a Hades,
desnuda y miserable.

NÉMESIS INTENTA GOZAR DEL DESENFRENO DE CÓMO SE REFUGIA EN SUS RECUERDOS EL DESCUBRIMIENTO DEL AMOR

La botella recorre las bocas.
Némesis, que conoce su invento,
se dispone a gozar de una forma triste,
como son todos los goces efímeros
y de quienes racionalizan sobre ellos,
que es como no gozar la farra y el desenfreno.
El violín con sus sonidos
Inventa una cabra.
Una cabra-hembra que salta y baila
detrás de una fogata.
Desde muy lejos la lente muestra la fogata,
detrás la cabra que danza

y la luna que se adivina
en las nubes translúcidas y plateadas.
Némesis se incorpora y se funde en esa imagen.
Es su compañera
que le llama al baile.
El movimiento de sus caderas
y la fogata que viborea en sus ojos,
convidan a realizar el ritual.
Sus ojos cargados de poder
le rodean con sus efluvios enervantes y seductores.
Némesís ocupa la cátedra
hasta las diez de la noche
pero durante todo el día
sueña con los ojos
que contemplará después por unos minutos.
Veintidós años
y urgencias que no se sacian con el violín.
Durante los ensayos,
los contraltos que brotan del chello
que ella ejecuta
le producen fiebre, angustia,
un dolor inubicable dentro de su cuerpo.
Una fiebre que lo transforma
ora en Job leproso miserable apartado de la gracia
ora en príncipe,
en brioso caballero,
en Dios del universo.
Tiene chucho a cualquier hora del día.
Su mirada se enturbia
y se ven refucilos
hacia las obscuras sombras del Ybytyruzú.

Un concierto vespertino
en casa del Intendente
finaliza con las primeras sombras de la noche.
Hay brindis con champagne.
En el intermedio,
ellos caminan
por el amplio parque de la casa
hasta un jardín interior
protegido de miradas por tupidas enramadas de jazmines
que dan el cobijo necesario,
y palmeras altas como centinelas,
que hacen la debida custodia.
Por primera vez se encuentran solos
y sin el molesto estuche de sus instrumentos
que han quedado en la sala,
y sin la presencia de los hermanos de ella
que los han perdido de vista
distraídos por la gente
que quiere saber
como es que han llegado a perfeccionar
hasta lo sublime
el dominio de sus instrumentos.
Némesis y María Magdalena
tienen las bocas resecas, entreabiertas
y anhelantes
como la de los caminantes en el desierto,
jadeantes y alucinados.
Sus manos se buscan.
Sus miradas se funden.
Sus cuerpos se abrazan
en un concierto diferente
de los que hasta ese momento

les había juntado.
Un concierto abrumado de silencios,
trozos marcados con entradas ligeras
tramos sinuosos y violentos
y finales agónicos,
donde las variaciones confunden al más experto oidor.

.....

Dónde están esos ojos.
Dentro de mi enfebrecido cerebro
la lógica y la filosofía
son elucubraciones sin pies ni cabeza.
Esos ojos no pueden ser comparados
ni con las teorías del niño malo de Éfeso,
el encantador de razonamientos.
Esos ojos diluyen las teorías.
Esos ojos están dentro de mí
como dos soles
quemando mi carne sin consumirla,
como la zarza ardiente
al retobado pero asustadizo Moisés,
antes de que le dictaran
los diez atroces mandamientos.

MISERIA DE LAS IDEOLOGÍAS PRELUDIO PARA ENTRADA DE DON RIGOBERTO

Todas las cosas están dentro tuyo,
le truquea María Eugenia, llamada María.
Némesis da órdenes.

Un equipo de cazas israelíes
destruye un campamento guerrillero
dentro del Líbano
como respuesta a la explosión
de misiles en un kibutz.
Los muertos no pasan de la docena
pero hay muchos desmembrados
que encuentran el camino de las lamentaciones.
Es mejor no pensar.
No puedo pensar,
dice, mientras con el violín rasca aires gitanos.
En un derroche de fantasía,
Stalin ordena avanzar el archipiélago Gulag
mil kilómetros
hacia el vientre del infierno helado.
Atrás quedan los huesos
de veinte millones
pavimentando el camino del progreso.
Némesis guarda el violín.
Su frente arde por la fiebre.
Los ojos están rojos
y los cabellos pegoteados a la frente
por el sudor.
Entre las brumas aparece
la figura de don Rigoberto.
Sonríe como es habitual.
En su blanca y ancha cara resplandecen
los dientes
como alumbrados por una luz interior.
Ya tienes la vela del difunto en las tripas, amigo,
te alumbra de hacia adentro, saluda Némesis.
Don Rigoberto no deja de sonreír.

Su vozarrón de gigante saluda a los presentes.
Estos responden al saludo con encono disfrazado.
Envidian su radiante sonrisa.
Carrero guazú y Carrero-i codician además
los dos caballos mitológicos
con que tira su carro,
y desean
poner las manos sobre las tres doncellas hijas
que cuida con celo.
Don Rigoberto lía con parsimonia un cigarro poguazú.
Al encender la cerilla
se ven sus ojos burlones,
opacos, sin vida.
Estará parado toda la velada
hasta que el cigarro se extinga en su boca,
y desaparecerá en ese momento
con las cenizas que esperan todas juntas
para esparcirse con él por el patio
hasta la próxima velada.

Capítulo 5

Ña Eugenia ca-ú me llevó de la mano hasta un lugar en donde estaba el gran sillón de don Némesis, su sillón de mimbre, y una banqueta en donde me hicieron sentar. Seguía maravillado por la luminosidad del mangal. Miles de luces tiritaban muy arriba y reverberaban en las paredes que parecían de un mismo material que el techo; como trozos de metal o de madera muy brillante superpuestas y unidas en forma de enormes hojas.

Ña Eugenia me acercó a las manos una botellita de naranjada de una marca Kist que se vendía en esos años y era muy rica, con gas que hacía cosquillas en la nariz.

– Los niños no toman lo que nosotros tomamos porque les hace daño – aclaró para, a continuación, soltar su risa ronca.

Se sentaron y me observaron tomar la naranjada. La bebida me gustó. Tenía buen sabor y estaba fresca. Yo seguía asombrado por la luminosidad del lugar. De afuera nadie sospecharía. Todo se veía obscuro y tenebroso, pero allí adentro era cálido y ya no tenía miedo.

– Así que este es Shime-í, el más pequeño de los margaritos – dijo don Némesis, aludiendo a mi condición de hijo de ña Margarita.

– Qué te interesa saber de nosotros Shime-í. Somos diferentes al resto de los humanos. Es cierto. Porque tenemos este templo al que nadie más que nosotros puede entrar. Nadie puede ver estas paredes ni este techo. Nadie puede entender nuestro lenguaje porque no es humano. Es de otra calidad. Ya hemos superado esa categoría y adquirimos otra. Qué te enseña tu religión sobre la existencia de otros dioses que no sean Jehová o Cristo o el Espíritu Santo.

– No existen – aseguré.

– Entonces qué respuesta tienes a lo que estás viendo. Observa este lugar. Has visto algo parecido en otra parte. No. Porque no existe. Observa esta cúpula. Es tan alta que no puede medirse a que distancia están las luces. Ves estas paredes de brillante hermosura. Conoces otro ámbito semejante. No. Porque no existe.

– Si estás viendo y sabés que esto no existe en ninguna parte del mundo, entonces en donde estamos. – Ña Eugenia caú me pregunta con la mayor seriedad. Pienso un momento antes de responder. Flaqueó mi seguridad pero respondí.

– Nosotros estamos en el mangal. En frente de nosotros está el arenal donde jugamos y en donde me entró el hueso en el pie. A unos pasos nada más de la entrada de mi casa.

– Pero como existe este lugar tan fascinante, tan lleno de luces, tan espacioso y alto a unos pasos de tu

casa y nunca lo habías notado. – Inquirió de nuevo ña Eugenia.

– Porque es posible que esté viviendo un sueño.

– Es una posibilidad. – Don Némesis me miró pensativo.

– O que ustedes me hayan hipnotizado.

– Es otra posibilidad. – Ña Eugenia alcanzó una botella de caña que aún no había visto pues estaba oculta tras el sillón, tomó unos tragos y le alargó a don Némesis quien también bebió distraído.

– Eres un niño juicioso – dijo al fin – tu curiosidad te llevará lejos. Pero explícame. Porqué quieres escuchar lo que hablamos y discutimos.

– Porque creo que aprendo – dije sin mucha convicción.

– Pero aquí hablamos de cosas de la vida y de la muerte. No te asustan.

– Si. Claro que me asustan. Pero quiero saber más. Como hacen la música por ejemplo. Porqué la música que tocan me llega al alma. Y hay veces que me hace llorar, sin ninguna explicación. No entiendo lo que estoy viendo ni tampoco el misterio de donde sacan la música. Por eso estoy aquí. Porque son los únicos que me pueden explicar.

Don Némesis se echó un largo trago a la garganta.

Pasó la botella a ña Eugenia y quedaron ambos sumidos en profundas reflexiones. Luego se hicieron una seña y fueron caminando por el pasillo central de la gran nave del templo donde estábamos sentados. Estuvieron un largo rato hablando en voz baja y solo se escuchaban las eses largas de don Némesis y la tos ronca de ña Eugenia que tenia un eco profundo en las alas laterales. Regresaron hacia mí. Seguía teniendo la botella de naranjada en la mano y no sabía que hacer con ella. Se sentaron en sus sillones respectivos y me hablaron. Primero don Némesis. El terminaba una frase y ella continuaba.

– Por los largos años de llevar una vida de intensos padecimientos y angustias, hemos llegado a un estadio superior de existencia. Nos hemos transfigurado. Ya no somos simples mortales.

– Ya no somos humanos como los otros que conviven en el barrio. Hemos accedido a una etapa en la que nosotros dos nos convertimos en dioses y asumimos las culpas de los pecados y nos castigamos y eso nos da el derecho de castigar al mundo. No tenemos claro cuales son las culpas y cuales las virtudes. Como tampoco la iglesia romana lo tiene y mezcla, y pone en la lista de virtudes excelsas, horribles pecados contra el género humano, y llama pecados a virtudes y gracias que ayudarían a mejorar el mundo.

– Lo asumimos todo, íntegramente, sin hacer diferencias entre una y otra cosa. Porque nuestra mente

y nuestro cuerpo no están divididos. Y asumimos pero no por amor, ni para redimir al mundo. Es solo una forma de protestar contra lo inexorable. Nuestro apostolado es un grito de rebeldía.

– No es por amor. Porque ya conocemos el amor y a donde conduce. Ni es por amar al mundo, porque ya hemos intentado ese camino. Y sabemos a donde nos lleva a enterrar.

– El mundo no tiene posibilidades de ser redimido.

– Pero nosotros, que descubrimos que no tiene sentido el amor porque dura solo un instante, ni el amar porque también conduce a la vejez, y la vejez es muerte, ya no tenemos hijos, ni padres, ni familia alguna.

– El ritual que diariamente hacemos para ascender al estado de gracia es bebernos las botellas. Una tras otra, hasta que no quede culpa sin asumir y trasgresión que no haya sido castigada. Solamente como protesta contra lo inevitable.

– Para que conste que hemos presentado nuestra queja.

– Tenemos muchos adeptos en el mundo. Gente que sigue nuestras enseñanzas, pero contrariamente a lo que ocurre con otros cultos a nosotros, como es natural, no nos quieren. Nos siguen al pie de la letra. Pero nos odian y maldicen.

– En la cumbre de nuestro dolor y nuestra gloria

todopoderosa, nos acostamos a dormir hasta que al día siguiente iniciamos de nuevo la jornada en procura de poner un orden a este caos que es el mundo. Es pesado nuestro trabajo.

– Los demás son discípulos que no entienden la trascendentalidad de nuestra tarea.

– Están cerca nuestro solo por el placer de la bebida que es una de las gracias del mundo.

– No sueñan ni sufren como nosotros.

– Solo les importa quedarse atontados de sus dolores sin pensar.

– No alcanzan a ver el templo, ni las luces, ni escuchan la música. No se han asomado a las alturas de nuestro pedestal, ni se han sumergido en lo profundo de los abismos en que nosotros diariamente nos hundimos, como una labor de cotidiana entrega y de absoluta necesidad de cumplimiento.

– Hemos accedido a una instancia en la que ya no somos humanos. Somos divinos y divina es nuestra tarea y divina nuestra muerte diaria y nuestra resurrección. Cristo resucitó una vez y creyó que con eso era suficiente para lavar los pecados de la raza humana. Pero estaba errado en sus apreciaciones. Ni aún muriendo y resucitando todos los días se puede concebir eso.

– Hay que morir y resucitar todos los días. Pero no alcanza.

– Los pecados de la humanidad nadie los puede conocer a cabalidad y por eso nunca podrán ser limpiados ni borrados ni por millones de Jesuses.

– El hombre quedó a medio terminar. Su fabricación se hizo con una mezcla muy heterogénea de elementos de segunda mano. Yo lo fabriqué.

– Pero ni nosotros los dioses sabemos en donde están los errores de origen y nos castigamos a ciegas sin discernir por cuales actos tenemos que pedir perdón y cuales son las que glorifican la creación del ser humano. Esta confusión nunca será aclarada. El mundo con todo lo que en el existe fue creado simplemente como pasatiempo de un Dios borracho y su compañera de juegos. El que le quiera encontrar sentido y persiste en ello, ha perdido el último de los suyos.

Sentí que las palabras me venían cada vez de más lejos. Los párpados pesados me obligaban a cerrar los ojos y mi cabeza se bamboleaba de atrás para adelante. Escuché por último que don Némesis y ña Eugenia cuchicheaban y me sujetaban para que no cayera.

Desperté en el portón de casa frente a la cara de susto de mis hermanas.

Luego de mis días de fiebre y los tratamientos, se olvidaron un poco de mi sonambulismo. El primer domingo que pude asistir, al culto de la noche, la gente que asistió era poca y muy extrañamente, el

sermón fue breve pero las oraciones interminables. Todos se ponían de pie para sumar su oración y rogaban de manera insistente por un hermano Benítez que yo no conocía y por su señora esposa, que estaban pasando por momentos de prueba muy difíciles.

Al terminar la reunión, el pastor y algunos de los diáconos se volvieron a reunir unos minutos y pidieron que los hermanos que pudieran llevar a uno o dos niños, hijos de los esposos Benítez que estaban aquí, en el templo, serian bendecidos por Dios. No entendí mucho el asunto hasta que una de mis hermanas nos explicó cuchicheándonos en el oído, que los padres habían sido detenidos por orden de Tembelo. Que su casa fue allanada y que los niños, todos pequeños, seis en total, estaban escondidos en el vecindario, pero que ahora necesitaban un lugar en donde dormir y que las familias de la iglesia cuidaran de ellos. Nadie sabía cuando los padres saldrían en libertad, y ni siquiera si irían a salir algún día.

Mamá se ofreció para llevar a dos de las criaturas y al poco rato ya íbamos caminando por la calle Brasil, rumbo a casa, con dos componentes más en la comitiva. Era dos niñitas, mellizas, idénticas, de unos ocho años de edad pero pequeñitas, mucho más que yo, con unos ojos redondos, cargados de asombro, y un rictus de miedo en sus rostros, que estuvieron viviendo en casa durante dos meses hasta que fueron recogidas por una tía, hermana de la madre.

Este gesto de mamá de traer criaturas enfermas o abandonadas, hacía que nuestra ración se redujera para poder compartir con ellos, siendo que ya éramos doce hermanos hambrientos siempre, por más que comiéramos lo suficiente. Nadie se quejaba ni objetaba, pero cuando no éramos catorce, éramos quince y a veces más. Niños con sarna, con piojos o con rastros de haber sido golpeados por sus padres o encargados, encontraban un refugio en mi casa.

El padre de las mellizas era un policía, con grado de comisario, que fue apresado por la gente de la comisaría en donde prestaba servicios, por eso la ferocidad y saña con que lo torturaban, decían mis hermanos, porque era un camarada, colorado y traidor al General Stroessner, o sea al Tembelo.

La acusación que llegó desde el circulo de Tembelo decía que estaba complotado con otros oficiales de la policía, militares y políticos en el exilio, para realizar un golpe de estado. A este comisario no se lo volvió a ver. Su esposa salió cinco años después. No sabía por qué le habían apresado y torturado y tampoco sabía por qué le largaron.

Los horrores que relataban mis hermanas de lo que le hacían a los presos políticos me perseguía en las pesadillas. Las visiones de uñas arrancadas con lezna, de dientes extraídos con tenaza, de cuerpos atados al techo con alambres, desnudos y cabeza para abajo, a los que sometían a todo tipo de vejaciones, la picana eléctrica metida en todas las cavidades del

cuerpo, me acompañaron a lo largo de mi infancia, con el miedo atroz de caer en falta ante los miles de ojos observadores de Tembelo. Ni siquiera tenía idea de qué es lo que podría irritarlo o hacer que le enojara y que cayéramos en desgracia. Pero los recordatorios estaban todos los días presentes. Vecinos que eran invitados a llegar hasta la comisaría séptima y que ya no regresaban, niños que misteriosamente desaparecían luego de hablar con un desconocido, denuncias entre vecinos que por el hecho de quedar bien con la policía, o por venganza, inventaban historias comprometedoras sobre la otra familia.

Los misterios de las criaturas desaparecidas nunca se aclaraban. Desaparecían así, como esfumados en el aire, tragados por la tierra, tanto niños como niñas. Las explicaciones que se daban y las versiones sobre el misterio eran muchas. Algunos simplemente decían que Tembelo necesitaba bañarse todos los días en sangre de criaturas, para poder detener la monstruosa enfermedad que le sacaba lepra y le hacía crecer el labio inferior. Otros decían que los niños eran vendidos a Israel, Europa y Estados Unidos, para matrimonios de mucho dinero que no podían tener hijos. Sobre esto había una variante que decía que eran exportados, no para ser adoptados, sino para que sus órganos interiores pudieran ser utilizados en transplantes para salvar la vida a niños ricos de Israel, Europa y los Estados Unidos, y que los traficantes eran altos jerarcas del régimen

de Tembelo que tenían total discreción para obrar. Los atardeceres me daban miedo. Me imaginaba a estas bandas, que seguro eran soldados o policías, recorriendo los barrios y tomando a niños desaprensivos, que trajinaban solos a esas horas. La ventaja que teníamos, era que a nuestra calle no llegaban porque el tránsito era imposible. Y si venían a pie, por más que estuvieran armados, los vecinos no dejarían que una de esas patrullas se llevara a una criatura del barrio.

TESTAMENTO

NÉMESIS DEMUESTRA SU SABIDURÍA
SOBRE LOS ÁMBITOS DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE
LOS LENGUAJES DEL MISTERIO
MUERTE DEFINITIVA DE DON RIGOBERTO

Némesis manda destapar la cuarta botella.
Apura un largo trago.
Se atraganta.
Sus rojas órbitas disimulan con la tos
el llanto por la añoranza.
Alarga el gaznate de la botella hacia los Carrero.
Es una deferencia especial
hacia ellos esta noche.
Estos se han acercado al trono.
Quieren sin duda escuchar
alguna palabra especial del divino.
Los Carrero, padre e hijo
tienen un espíritu vengativo.
Les vibra entre ceja y ceja
la idea de volver a matar a don Rigoberto.
El proyecto merece
una consulta con Némesis.
Los Carrero no se animan
sin ciertas seguridades.
No saben de alguien
que hubiera realizado antes
semejante hazaña.
Pero el desparpajo de don Rigoberto
de presentarse noche tras noche en la tertulia
les hierve la sangre.
Odian su sonrisa,
odian su apostura,

(don Rigoberto era un hombre bien parecido
y de un vigor extraordinario;
era de sus hábitos de hombre vivo
ejercitar las intimidades
por lo menos con un par de mujeres por día,
fueran casadas o solteras).
La situación no está clara para los Carrero.
Quieren dilucidar de una vez
si el muerto está muerto
y sólo se hace el vivo,
o si está verdaderamente vivo
y se hace el muerto
para escabullirse de las iras de los Carrero
y la pandilla que lo asesinó
un domingo a las diez de la mañana
en el portón del almacén de ña Antonia
en donde estaban aperitando desde las ocho
por el feriado,
mientras envejecían algunas barajas de truco.
La consigna era matarlo entre todos
a la primera cantada de envido
que superase treinta,
cantase quien cantara.
El cante no venía.
Parecía una maldición
hasta que el propio don Rigoberto
canta de mano "treinta y uno liberal".
Se levantaron los conjurados
y lo arrastraron fuera del almacén.
Eran los dos Carrero, Caí, y don Rómulo.
Le asieron de manos y pies

mientras le asestaban puñaladas
en donde les quedara bien.
Lo arrastraron hasta el medio del zanjón.
Le costaba morir
aunque no se le viera ya
a causa de la sangre que brotaba
de unos treinta y seis agujeros
de diferentes calibres y honduras.
Némesis observó la escena
desde lo alto de la calle Sajonia.
Una vez liquidado el asunto
los conjurados se perdieron en el mangal.
La policía detuvo a Némesis por unos días
para que identificara
por lo menos a uno de los asesinos.
Némesis se limitó a repetir incoherencias
hasta que lo soltaron.
Todo el barrio asistió al funeral el día lunes.
Miles salieron de las cuevas,
de las galerías subterráneas
y de quién sabe donde.
Harapientos, greñudos, malolientes,
como si salieran de sus tumbas.
Pálidos, fosforescentes,
caminaron detrás del féretro
hasta el cementerio.
Luego regresaron al sitio
de donde habían salido
con el mismo silencio
y la misma tristeza
con que se los vio llegar.

Todos fueron testigos
de la muerte y el entierro
de don Rigoberto.
Pero he aquí que aquella misma noche
apareció por primera vez
en la tertulia del mangal.
Parado cuan largo era,
luciendo la misteriosa sonrisa brillante,
vistiendo el traje con que lo enterraron
y el descomunal cigarro
que no soltaba sus cenizas.
Se paraba siempre en el mismo lugar.
Esa primera noche causó espanto
y la estampida de los asesinos.
Pero luego se fueron habituando
a tenerlo allí parado,
observando la escena,
como sopesándola,
como dando a entender
que en cualquier momento
iría a terciar en la conversación
y solicitar un trago.
Pero hasta ahora no lo hizo,
salvo saludar.
Los Carrero querían volverlo a matar
si esto fuera posible,
aunque temieran por sus almas.
Hasta ese momento
todo estaba de acuerdo
con las reglas humanas y celestiales
y sus almas irían directo al cielo.

Habían cometido algunos pecados capitales,
pero estaba solicitada la absolución
en la misma misa de cuerpo presente.
Habían argumentado que la ira
que los había arrastrado a cometer el crimen
era producto del alcohol
y por lo tanto
"momentánea enajenación mental".
Estaban convencidos que San Pedro
no se percataría de la artimaña.
Sus antecedentes estaban limpios,
impolutos, de no ser
por aquella aparición
que les llenaba de nuevo de ira.
Volver a iniciar el procedimiento
se les hacía cuesta arriba
y necesitaban la sabiduría de Némesis
sobre los asuntos del más acá
y del más allá.
Némesis les asegura
que no hay distingos entre ambos universos
pero pide tregua.
Miente diciendo que irá
hacia los bajos del mangal
para intercambiar pareceres con María,
o Eugenia, o María Eugenia, o Eugenia Ca-ú.
Lo que desea es refocilarse
con ña Eugenia
en los fugitivos placeres del sexo.
Los recuerdos golpean en su mente
y reavivan

aquellos impetuosos y sublimes momentos
del descubrimiento de la felicidad del amor,
simultáneamente
con la inasibilidad de ellos,
y en completo conocimiento de la presencia
de la vejez y de la muerte
celebrando la íntima alegría
como convidados especiales.
La lente los mira desde atrás
mientras se alejan con María.
Némesis lleva en la mano
la cuarta botella
que se guiña con la luna.
Se empequeñecen.
La cámara no los sigue.
Se confunden un instante con las otras sombras
pero se los vuelve a distinguir.
La escena cobra vigor.
Némesis se recuesta por una rama baja.
Su mano derecha sostiene la botella
de la que toma sorbos cada tanto.
María Levanta el pollerón
y se apoya a horcajadas.
Rebusca en la entrepierna de
Némesis hasta ubicar en su propio sexo
el de su compañero.
La danza es conmovedora.
Hacen breves altos que aprovechan
para mojarse las gargantas.
El brazo izquierdo de Némesis
sostiene con inusitada fuerza
la espalda de María.

Lo hacen así,
parados, como paraguayos,
entre tragos, cuchilladas,
suspiros de muerto, al aire libre,
bajo una luna melancólica
y entre hedores de azufre.
La lente los descubre de pronto
a menor distancia.
Némesis tiene el rostro descompuesto.
Se separa con violencia.
Ella retrocede un par de pasos.
El pollerón vuelve a bajar,
como un telón que se cierra
después de la función.
Ña María Eugenia tiene calambres en las pantorrillas.
Maldito sea el tiempo
Masculla, mientras en su intimidad
aún siente el rastro del fogonazo
que la hizo sentir joven y bella.
Lentamente vuelven a subir
hacia el lugar de la tertulia.
Los Carrero esperan expectantes
el resultado del intercambio
de pareceres.
Saben que no han cruzado palabra entre ellos.
Sospechan que en los extraños razonamientos
del divino,
el lenguaje utilizado
es por los conductos por los que se han relacionado.
Tiemblan esperando las palabras de Némesis.
Sus almas están en peligro.

Némesis se acomoda en su sillón.
La botella en su derecha a modo de sagrado báculo.
– Los muertos no tienen intereses
porque no tienen voluntad.
Don Rigoberto está muerto
y no tiene interés alguno en
este mundo – Su voz
congela los hálitos de los presentes.
Se han agregado nuevos contertulios.
Don Rómulo y su hija Lola,
(que porta puñal sujeta en la enagua
y que las malas lenguas dicen,
utiliza para coaccionar a los hombres
que le gustan
y cohabitar con ellos),
quien le acompaña
en sus correrías noctámbulas,
y un guardaespaldas del diputado nacional
que al mismo tiempo funge
de informante sobre todas las relaciones,
amistades y conversaciones del diputado,
para el ministro Edgar L.
No se oye murmullo de pájaros nocturnos,
ni grillos, ni movimiento de las hojas de los mangos.
Hasta el viento se ha detenido.
– Ustedes los Carrero,
son los que lo han llamado.
Por eso se presenta cada noche.
Aunque ustedes lo han matado,
a él ni siquiera le es posible tener rencor,
y acude a vuestro requerimiento.
Los deseos que gobiernan

los actos de los Carrero
son los que prestan vida al difunto.
Ustedes desean sus caballos,
quieren tomar por la fuerza a sus hijas doncellas,
y algo para cuya realización vislumbro
ímprobas dificultades;
quieren destruir el recuerdo de su sonrisa
y apoderarse de su atractivo sexual.
Quién hace retornar a los muertos
sino la voluntad de los vivos
que ambicionan la herencia de su poder
o sus posesiones.
Ya no se lo puede matar.
Quedará tranquilo y no reaparecerá en el mangal
en el momento en que ya no existan recuerdos de él,
ni deseos sobre lo que poseía.
Los deseos mueren al consumarse.
– Nuestras almas irán al infierno– Carrero viejo.
– Estaban condenadas como todas
desde antes de nacer.
Así la de San Hilarión
como la de Nefertitis,
la de San Pancracio y la de Nerón,
la de Santo Tomás y la de Hitler,
la de Pío Doce y la de Mussolini,
la de Evita y la de Perón,
la de Morínigo como la de Stroessner.
Cumplan con los designios escritos en sus genes–
Némesis hace un ademán de fastidio y los despide.
– Sabíamos que estábamos condenados –
Carrero padre comenta
con sonrisa abierta y campechana.

Al saberse condenado se siente libre.
Ya no hay límites para lo que pueda hacer.
Némesis bosteza.
Los Carrero miran a don Rómulo.
Este sonríe.
Es su asentimiento de que formará
la partida que tomará por asalto
la casa de la viuda y sus tres hijas doncellas.
Lola pega una carcajada.
Le encantan las historias de violaciones de mujeres santularias.
Némesis castiga la Indochina.
La lucha con los franceses termina
y de sus cenizas la sed de poder
de sus líderes nativos,
la posición estratégica
y las reservas de oro negro,
nublan las mentes
de los más poderosos de la tierra.
La metralla no descansa,
los soldados buscan
nuevos campos de batalla bajo la tierra.
El hermano mayor ensaya armas
que convierten las selvas
en gigantes crematorios.
Paciencia larga para el vietnamita
que quiere ensayar un remedo de vida.
La añoranza regresa indómita al alma de Némesis.
Este descascara el violín
pero no soporta su peso.
Ña Eugenia sostiene el instrumento
mientras mira por un ángulo del ojo

que Lola copula con el diputado nacional.
Don Rómulo sospecha
que obtendrá beneficios económicos de la trenza.
Don Rómulo tiene que reconocer
que Lola hace sexo de kilates.
No porque sea mi hija, suele comentar.
Y ante la recriminación general,
agrega: para que ir lejos
en busca de carne
si uno la tiene en la casa para elegir.

NÉMESIS LLORA POR EL AMOR PERDIDO EN EL MOMENTO DE ENCONTRARLO

Los cuatro jinetes galopan por el centro de
África.
Les gusta el territorio.
Se ensañan con él.
Congo, Zaire, Biafra,
el llamado cuerno de África,
antes por la abundancia de los granos recogidos,
ahora por el número de seres humanos
que la guadaña va segando a su paso.
Etiopía ya es un desierto.
La barbarie es el pan en Uganda,
Liberia, Angola, Rhodesia,
simples líneas demarcatorias
de frentes de guerra.
Todos los países llamados civilizados
participan y contribuyen

incorporando armas cada vez más sofisticadas.
Hasta el SIDA.
Némesis tiene el alma anegada de llanto.
No se conformará nunca
con la pérdida del amor
en el instante de descubrirlo.
Sabe que caminando
puede llegar hasta donde ella está
en este mismo instante
durmiendo, rodeada de sus siete hijos
engendrados de siete padres diferentes.
La ignora cuando camina hacia el norte
por las mañanas
subiendo hacia el centro de la ciudad.
La ignora cuando regresa
a la hora del atardecer
ya con las copas que bebió al paso en ña Joaquina.
Girando la cabeza puede ver su choza,
equilibrada en los bordes del zanjón.
Un poco volando en el abismo
por un lado
y recostada en los altos de la calle Sajonia
por el otro.
Los días de lluvia
debe desalojar el rancho
porque no hay garantía alguna
de que se mantendrá en el sitio.
Ya no la llaman Magdalena,
ni María Magdalena, ni Malena
y ni siquiera Mal.
Le han puesto otro nombre.
Némesis arrebata el violín de las manos de ña Eugenia.

Capítulo 6

Los recuerdos de aquella visita fueron surgiendo con el transcurso de los días. Muchas de las palabras que me habían dicho no tenían para mi significado. Me resultaban difíciles de comprender y definitivamente me desagradaba lo poco que podía entender de ellas. Al principio estaba plenamente convencido que estaban chiflados los dos. Tenían una extraña chifladura de creerse dioses todopoderosos. El resto de su mensaje me resultaba extraño y oscuro.

Lo que no comprendía tampoco es de qué manera habían conseguido el efecto luminoso que daba al mangal el aspecto de templo descomunal, altísimo y brillante. Cómo se había conseguido el efecto de las luces titilantes que brillaban en lo alto del techo. Cómo dos borrachos, enfermos y dementes me parecían tan sobrios y coherentes, sentados en aquella inmensidad, explicándome la misión tan terrible que debían realizar diariamente y que consistía simplemente en divagar y tomar caña y seguir divagando y bebiendo hasta caer y perder el sentido.

Pero lo que más me sorprendía seguía siendo su música. Aquella noche de la visita no había visto el violín, que no había sido tocado. No estaba el estuche cerca de los sillones. Pero el violín estaba siempre presente. Siempre más cerca que lejos. Al alcance de la mano. No me habían dado ninguna explicación sobre la música, de cómo la conseguían. Muchas cosas no me terminaban de convencer, espe-

cialmente lo que a sus doctrinas se referían, porque chocaban abiertamente con nuestra religión a la que estaba fuertemente aferrado para evitar confusiones y descaminamientos. Mi fe y seguridad en aquel tiempo, estaban a buen recaudo y eran la garantía para que no temiera a estos locos. Pero de todos modos existían cosas que me preocupaban. Algo extraño tenían estos borrachos. Alguna condición especial, alguna cualidad que los hacía diferentes.

A lo largo de unas semanas, mis reflexiones sobre la visita ocuparon mi mente y me mantuvieron distraído. No por eso dejé de escuchar la música. Todas las noches, alrededor de las diez de la noche empezaban a oírse, primero los minutos de afinación y templada, tocando trozos de alguna pieza y luego las melodías completas que parecían provenir de otros mundos, maravillosos, extraños, inquietantes. Yo había escuchado el violín en algunas ocasiones en que venían a nuestra iglesia de visita cuartetos o dúos con piano, alemanes o ucranianos de las colonias. Su sonido me causaba un notable efecto. Tenía memorizadas varias piezas para violín que a veces, con mi voz de sopranino, intentaba reproducir. Pero nada se comparaba con su sonido, su alegre cascabeleo o las profundas notas de la cuarta en algún himno de Handell. Admiraba el sonido del piano y del órgano, pero la forma que tenía el violín de tocarme no tenía comparación.

Sopesé la posibilidad de contarle a mi hermano Ezequiel mis experiencias con los habitantes del mangal. Tuve miedo. No podía medir la gravedad de mi experiencia y evaluar los castigos que pudieran depararme. La terrible arrogancia de don Némesis de

autoproclamarse Dios poderoso, vengativo y arreglador del desorden del mundo ya era en sí un pecado pesado y difícil de perdonar. Y yo había participado, había estado presente cuando esas palabras fueron dichas, por lo tanto, era copartícipe de un ritual de idolatría y afrenta al único Dios. Mi hermano Ezequiel podía considerar como muy grave mi experiencia y necesaria una conversación con mamá, para que ella dictaminara qué hacer.

Opté por callar. Era más seguro aunque me mantuviera en completa soledad con mis dudas y mis miedos sobre la aventura nocturna que seguíame pareciendo llena de misterios que debía develar. Me mantuve a la expectativa de que don Némesis o ña Eugenia me dieran alguna nueva señal. Pero se volvieron invisibles. No los vi a lo largo de semanas hasta que un día se cruzaron conmigo y aparentaron no haberme visto. Estaba con mis canastos. Ya no tenía las vendas en el pie y corrí hasta ubicarme delante de ellos.

– Buenos días. Desean comprar alguna verdura fresca. Cebollitas, tomates, perejil para hacer jugos.

Me miraron, saludaron, sonrieron y dijeron que no con la cabeza. Siguieron caminando hasta perderse en la esquina. La actitud que tuvieron conmigo interpreté como que todo había terminado y que al mangal ya no sería invitado a asistir. Esto me llenó de desilusión, aunque me tranquilizó por otro lado. Ya no más tonterías.

En aquellos días ocurrieron en casa hechos que absorbieron mi atención. Uno de mis hermanos mayores, éramos doce en total, siete mujeres y cinco

varones, estaba en edad de prestar su servicio militar. Como no teníamos parientes milicos ni gente bien ubicada en esos lugares, no se le pudo comprar la baja del ejército, cosa que hacían todos los que tenían alguna conexión con esos estamentos. Nadie en su sano juicio enviaba a su hijo de buen grado a hacer el servicio militar poniendo la vida del ser querido en manos de esos brutos. Mamá era absolutamente contraria a que alguno de sus hijos hiciera el servicio militar. Pero a Joel fue imposible conseguirle la baja. Así que entró a la marina. Durante tres meses no tuvo día libre. Mamá iba todos los sábados y domingos para verle por lo menos un instante y siempre volvía con la cara transida de llanto por no haberlo podido ver. Siempre le decían que Joel estaba castigado y que no le podría ver sino en la siguiente semana. Mamá sufría y lloraba en silencio, pero no sabía a quién recurrir para poder ver por lo menos un momento a su hijo, y cerciorarse de que estuviera vivo y en buenas condiciones.

Joel tenía una novia cerca de nuestra casa. Era vecina del barrio y visitaba a mamá y se consolaban mutuamente. Transcurrió otro mes sin ninguna novedad, hasta que una madrugada, como a las dos, Joel apareció en casa. Despertó a mamá y papá y fueron todos a la cocina. Cuando se encendió una lámpara, mamá lanzó un grito. Joel estaba cubierto de sangre. Su uniforme azul de faena del cuartel eran harapos. Contó que desde que entró a la armada le castigaban sistemáticamente todos los días. Que sobre los rebencazos que habrían surcos en la piel, volvían a pegar con leños pesados que abrían heridas que nunca curaban y supuraban continuamente.

Que todas las noches durmió en un calabozo húmedo, lleno de ratas y que la comida que le daban era peor que lo que se daba a los cerdos; porotos y maíces agusanados, que debía separar con los dedos, porque ni siquiera de cucharas disponían.

No era necesario que contara ni explicara nada. Toda la familia se levantó a escuchar y horrorizarse con el espectáculo de su espalda en carne viva. Las señales de golpes en todo su rostro eran patentes, y las huellas de los alambres con que le ataban para el castigo se veían negras y rojas alrededor de las muñecas.

Mamá le lavó y curó las heridas. El explicó que se había escapado del calabozo, gracias a un compañero que estaba de guardia y que a su vez soportaría quien sabe cuántos castigos por haberlo dejado ir. Pero el compañero sabía que por la severidad de los castigos, mi hermano Joel resistiría muy poco tiempo más.

Joel apuró a mamá a que terminara la curación. Antes de las cinco se darían cuenta de su ausencia y una patrulla vendría directamente a su casa a buscarle. El problema que debían resolver entonces mamá y papá era donde esconderlo sin que los mil ojos y oídos de Tembelo lo descubrieran y delataran. No querían que volviera al cuartel. Lo terminarían matando y a quien pedirían luego explicación ni responsabilidad. Ningún organismo del estado ni las fuerzas armadas o la policía podía ser requerido por ningún asunto. Esos estamentos eran sordos, mudos y ciegos. No respondían y si uno insistía podía correr la misma suerte que el pariente

muerto, o ser apresado torturado o muerto por el solo motivo de haberse atrevido a reclamar.

No había dudas. Joel no debía volver al cuartel, pero donde esconderlo. Pensaron y le dieron vueltas. Ya eran las cuatro. Mamá le sirvió un gran desayuno consistente en huevos duros, café con leche y abundante galleta. Ya debía irse. Pero a dónde.

– Al mangal de don Némesis – dije. Me miraron. No era descabellado. Se debería hablar con el viejo.

– A esta hora no. Solamente debe ir y esconderse en los fondos del mangal. Nadie le descubrirá. Que se hable mañana con don Némesis que ahora ya debe estar durmiendo completamente borracho. – Todos aprobaron mi plan. Le dieron unas mantas y fue hasta la calle. Unos segundos después desapareció en la oscuridad del mangal. Allí estaría seguro.

La patrulla, un suboficial y dos marineritos, todos armados con fusiles llegaron como a las siete de la mañana. Mamá y papá les recibieron y negaron haberlo visto. Estuvieron unos minutos haciendo preguntas y luego recorrieron el interior de la casa, buscando en los roperos, armarios, debajo de las camas y hasta en el techo. Luego se marcharon hacia la casa de la novia. Sabían de su existencia y conocían su dirección. Allí procedieron de la misma forma. Al marcharse dejaron amenazas de muerte y persecuciones en contra de todos, si el prófugo y desertor no aparecía.

Nos mantuvimos vigilantes para pescar a don Némesis en el momento en que partía para el centro de la ciudad a hacer sus tareas de electricista.

Cerca de las ocho salió acompañado de su hermano Salvador. Mamá le detuvo en medio del arenal y le invitó a entrar a nuestra casa. Una vez adentro, para que ningún vecino escuchara, porque no había seguridad de que no nos delataran, le interiorizó de la situación. Don Némesis aseguró a mamá que en el mangal estaría seguro y que él cuidaría que no le faltara nada. Además advirtió a mamá que los vecinos no eran de fiar.

Estamos rodeados de informantes. Cualquiera de ellos que descubra lo que está pasando, se querrá quedar bien con los milicos y les dará aviso. Así que usted no le lleve comida. Yo voy a proveer de todo. No se preocupe. Después hay que pensar en llevarle a otro lugar mas alejado. Clorinda por ejemplo. Solo allí, en territorio argentino estará seguro, y se lo puede ubicar en la casa de alguna familia paraguaya exilada. Ya es grande el muchacho. Sabrá salir adelante.

Don Némesis se marchó hacia el centro. Mamá se moría de ganas de ir y preguntarle a Joel si todo estaba en orden, pero se contuvo hasta el obscurecer. Al amparo de las primeras sombras se introdujo en el mangal. Don Némesis estaba solo y le persuadió de que regresara a casa.

– Es muy llamativo que usted venga al mangal a estas horas. Este es lugar de reunión de borrachos, vagos y delincuentes. Regrese a su casa. Sorprendería a cualquiera que a doña Margarita se la viera entrando y saliendo del mangal. El muchacho está bien. Ya conversé con él y no le falta nada.

Pasaron cinco días. Papá se fue hasta Clorinda, en Argentina, a ver un lugar en donde podría vivir Joel y trabajar y ganarse el pan, mientras se buscaban soluciones definitivas.

Pero desde la casa de los Lara, próxima a la de don Némesis partió la delación. Una patrulla idéntica a la que había venido a casa, se dirigió directamente al mangal. Condujeron a Joel esposado y a patadas, ante la desesperación y los gritos de mamá. De nuevo mamá se fue a la armada a pedir piedad para su hijo. Joel fue confinado a prestar el servicio en el resguardo de la armada ubicado en Concepción. Estuvo allí dos años y medio. Encontró mejores jefes y buenos camaradas. Al cabo de ese tiempo regresó. Su espalda surcada de cicatrices secas ya, pero aterradoras, en su rostro dos hematomas obscuros que no desaparecieron y una incipiente sordera causada por los golpes en los oídos. Su sordera se iría agravando hasta ser total. No fue impedimento para que se casara con la antigua novia que le seguía esperando y tuvieran dos hijas hermosas.

Don Némesis fue llevado aquel mismo día hasta la comisaría séptima, en donde fue acusado de encubrir a un desertor. Estuvo unos días detenido, enloqueció con sus divagaciones a todo el personal y lo soltaron, no sin antes gratificarle con unos rebencazos. Volvió al barrio con su humor de siempre. Ya tenía el color rojo en las mejillas, de las copas que se bebió al pasar por ña Joaquina.

Los Lara nos habían denunciado.

TESTAMENTO

NÉMESIS REFLEXIONA
SOBRE EL ERRÁTICO ANDAR
DE SU MÁXIMA CREACIÓN

Camina hacia un estadio superior
el hombre.
Némesis se pregunta
como puede caminar hacia un lugar elegido
si tiene los ojos vendados
y va andando a trompicones.
Como un borracho. Si.
Como un borracho a quien no le importa
el final del camino,
sino que se traslada de un lugar a otro
por inercia.

No hay progreso.
Sudáfrica es recordada por Némesis.
Evoluciona acaso la conciencia
que el hombre tiene de sí mismo y de sus semejantes.
Némesis ordena tortura y muerte a los negros.
Cuánta mayor es la dureza de la ira blanca
contra los que pretenden ser tratados
como humanos,
mayor el encono y el coraje
con que el negro se volverá a levantar.
No durará mucho la tozuda ceguera del blanco.
Pronto el negro se levantará
por encima
y con la misma vara
golpeará a los que lo golpeaban.

Hay progreso.
Némesis sacude la cabeza.
No hay progreso.
Es la misma barbarie.
Némesis castiga a Sudáfrica y sus vecinos
con la peste mayor.
Miles de muertos engrosan la lista
de ios que lucharon por la igualdad.
No hay igualdad.
Hay venganza.
El hombre no camina.
Se descamina.
El SIDA no reconoce fronteras.
Es una mancha que va tomando todo el territorio africano.

NÉMESIS CREA EL MUNDO
AL HOMBRE Y SUS MALDADES
Y RECUERDA QUE YA CREÓ A LA MUJER
MUERTE DE ABEL
EXPULSIÓN DEL PARAÍSO

Quizá es el nombre que le han puesto.
Némesis recuerda
que cuando la encontró en las laderas del zanjón,
equilibrándose en los difíciles senderos,
con bolsones y una criatura en los brazos,
le costó reconocerla.
Ya tenía una fila de niños
tirándole de las faldas.

El mayor se escondía de él.
Tenía el tiempo que ellos no se veían,
alrededor de diez años,
sus mismos ojos verde-amarillos y el pelo rubio.
El segundo moreno y muy feo,
con el rostro de un boxeador
a quien le destruyeron el tabique nasal.
El tercero de dos años y los ojos de la madre,
obscuros y profundos.
El cuarto en el regazo,
prendido a las tetas
prodigiosamente grandes que lo alimentaban.
Había llegado hasta allí,
luego de abandonar Villarrica.
Sus hermanos descubrieron su embarazo.
No relacionándolo
con la súbita desaparición de Némesis
cuatro meses antes,
se culparon mutuamente de ser los engendradores.
Día tras día,
los celos, la rabia y los tonos de la ira
se elevan.
El padre ve impotente
como se desarma su familia.
Los hermanos enamorados
llegan un día al paroxismo de la ira.
Benigno Abel pierde en la lucha cuerpo a cuerpo
y paga con su vida el atrevimiento
de haberse obnubilado de pasión
por su propia hermana.
Pánfilo Caín,

perseguido por la policía,
abandona la casa y a su padre,
y deambula por la tierra como extranjero,
cargando con la culpa de ambos
y de su crimen.
Luego de muchos años de peregrinar
llega a las laderas del zanjón,
único refugio de desesperados
y desesperanzados
que le podría recibir.
Allí encuentra a su hermana
viviendo de su trabajo de meretriz.
Ella lo reconoce cuando entra al quilombo
como un cliente cualquiera
y solicita los favores
de la mas bella y solicitada.
Ella no se niega.
El la posee con furia.
Queriendo destruirla.
Cree aún entonces que Benigno Abel
es el padre de su hijo,
y aún entonces,
la ira sigue alojada en lo profundo de su corazón.
La visita tres veces más
pagando por yacer con ella,
pero luego Pánfilo Caín
asume en su conciencia
los dolores por sus crímenes.
Cuál pesa con mayor fuerza.
Haber matado a su hermano por celos,
o haber consumado el incesto
reiteradamente y de la peor manera,

pagando.
Némesis lo invita a la tertulia nocturna
pero él no puede asistir.
El alcohol con los sonidos del violín
lo ponen frenético
y desea matar a cualquiera
que se cruce delante de sus ojos.
Ya no puede escuchar la música.
Los sonidos le llevan a la demencia.
Se cree militar.
Se lo ve pasar en las tardes
con riguroso uniforme de sargento
y marcando el paso marcialmente
a un escuadrón invisible que le sigue.
De pronto se detiene a observar las filas
y a dar instrucciones precisas de cómo llevar el fusil
y como terciarlo,
o como ubicarlo
para los saludos y las venias.
Su alta y enjuta figura
forma parte del paisaje de la calle Sajonia
en las tardes de verano.
Inesperadamente lanza
furibundos discursos a la tropa.
Encendidos y muy patrióticos,
en donde siempre se cuida de nombrar
a los cañoneros Humaitá y Paraguay
en los que había prestado el servicio,
como los celosos defensores de nuestra soberanía,
patrullando las aguas del río Paraguay
de día y de noche.
Discursos completos

que habría oído en sus tiempos de cuartelero.
Némesis lo escucha.
Comprende su insanía.
A él también le ha tocado.
Némesis infiere entonces
que es María Magdalena la que todo lo transforma en pesadilla.
No.
Némesis recuerda
las pesadillas que él mismo había vivido
cuando muy pequeño.
Las imágenes de su padre y de su madre
envueltos en llamas
corriendo por el patio de la casa.
La explosión de la damajuana de caña
sobre la que cayó el candil.
Las salpicaduras convertidas en fuego
y los alaridos de sus padres beodos
calcinados lentamente por dentro y por fuera.
Esos son los recuerdos que no quiere
volver a tener presente en su memoria.
No. María Magdalena no es el origen
de las pesadillas.
Ella forma parte de la legión
de los tocados por ella.
No quiso delatar a Némesis
sabiendo que sus hermanos lo matarían.
Némesis huye.
Al poseer ese cuerpo tan deseado
en el que se conjugaban todos los verbos existentes,
las glorias y los pesares,

los dolores y alegrías.
Ya no quiere vivir.
Una luz se enciende entre sus pensamientos
y se convierte en una sola idea fija.
Ya no quiere vivir
para contemplar como el goce perfecto
se transforma en la miseria perfecta.
No quiere vivir para contemplar
como la belleza se va descubriendo
repleta de llagas
y cómo se apoderan de ella,
la vejez, las sombras y la muerte.
Ya no vuelve a la parroquia
sino para despertar a Salvador
y arrastrarlo consigo
a la noche que les recibe ingrata,
llena de peligros y amenazas.
Vagan de pueblo en pueblo
trabajando en esto y en lo otro
hasta caer en la Asunción.
Los hábitos de Némesis han cambiado.
Ahora es un ser primitivo, hosco,
que pide trabajo para un día
a cambio de caña.
La comida ya no es imprescindible.
Un viejo electricista
borracho y pendenciero les da posada
durante unas semanas
y les contrata de ayudantes.
Tiene el electricista una mujer
que le da a la botella a lo largo del día

y sólo abre los ojos cuando se oculta el sol,
y una hermosa hija
contra la que Némesis descarga su semen y su furia
sin entender la razón.
Todas las noches
apenas el viejo electricista ronca en su catrera,
Némesis saca de la choza
a la hermosa criatura
que había crecido como una radiante flor
en medio de la ciénaga.
El romance se descubre
y ambos, Némesis y Salvador
son expulsados de la choza.
Durante esas semanas
aprenden el oficio de electricista.
Con ese bagaje en las espaldas
recalan en el mangal.
La revolución está en sus días de mayor locura.
No hay amigo, ni correligionario ni pariente
que pudiera ser un salvoconducto.
Es todo un sálvese quien pueda.
Némesis inventó el mundo en esos días.
Lo creó en el mangal
que tiene principio pero no fin.
Lo vio primero desordenado y vacío.
Separó las aguas de la tierra,
delineó el zanjón y la calle Sajonia
y construyó con ramas y cartones
una choza,
en las partes altas
donde los raudales no llegarían.
Fue luego ubicando

a todas las especies de plantas
en los confines del mangal,
y a los animales
con sus respectivos compañeros de especie
y también al hombre,
porque creó el vecindario de la calle Sajonia
y a todos los ubicó.
Pero Némesis recordó
que ya había creado y conocido a la mujer,
y que la dejó abandonada,
preñada, desolada y enloquecida,
en Villarrica.
Y se arrepintió Némesis
de haber creado
a los hombres del vecindario y sus maldades
y a la mujer con su gloriosa perfección y hermosura.
Se arrepintió asimismo Némesis
de haberse creado a sí mismo,
falible y frágil.
Se arrepintió de haber creado a los Otazo,
que habiendo el Otazo padre trabajado cuarenta años,
cruzando y descruzando el desierto,
deslomándose, bajando y subiendo cajas
en los depósitos de Riuz y Jorba,
para tener una casita propia
en los altos de la calle Sajonia
y así pasar los—últimos años de su vida
en paz y tranquilidad,
la terminó perdiendo una tarde de domingo
en la partida de truco
que todas las semanas se organizaba

bajo la sombra de los aguacates de su propio patio.
Y estos son los padres
de todos aquellos que se dedican
a los juegos de azar,
los que especulan con la suerte
y lo ganan todo en un instante
y lo pierden en el otro,
y nunca aprenden a valorar lo que tienen
mientras lo tienen.
Había creado a los Ruiz Díaz,
que en silencio y con cariño
habían ganado el pan y criado a los hijos
trabajando la hojalata
y una tarde desapacible
descubren que la panza de su hija había crecido
y no era por comer bollos
y la destrozan a palos en una habitación de la casa.
Estos son los padres
de todos aquellos que trabajan el metal
y hacen de ello su oficio
y consiguen los beneficios
y son poseídos por las furias repentinas
y creen tener su honor en muy alta estima
hasta por encima de lo que valen las personas
y pueden cometer crímenes
en un arrebato
y arrepentirse en el siguiente momento
pero cuando ya nada tiene remedio.
Había puesto allí a los Aranda,
con Cornelio Aranda como jefe,
y era su oficio de chofer de una repartición pública

y una tarde salió para cumplir
con sus tareas de funcionario
y no volvió nunca más,
sino que con su huida
despertó las ansias de huir a todos sus hijos varones,
que cumpliendo los diecisiete años
salían de la casa por cualquier motivo,
el principal de ellos,
no cumplir con el servicio militar.
Pero ña Deidamia su madre,
sabía que ya no volverían jamás
porque se iban a Buenos Aires a trabajar,
y allí conseguían mujer
y se quedaban a vivir para siempre,
sin acordarse de regresar en los años de la vida,
y por eso a ella le creció de la tristeza
un bocio que era como un enorme corazón
que le quería salir por la garganta
y que le agruesó la voz
y le acortó la vida,
porque para mayor infortunio,
su única hija que había quedado a vivir con ella,
se juntó en católico matrimonio
con uno de esos que no lee ni escribe
pero que suma y resta,
y se dedica a las labores de dar dinero a sus prójimos
con intereses leoninos,
circunstancia que le amargó los últimos años
y agravó su mal,
al contemplar las escenas de llanto y desesperación
de los vecinos de la calle Sajonia,

y de allende la calle,
tan queridos como parientes,
que eran privados de sus bienes pignorados.
Y estos son los padres
de todos aquellos ladinos
que fingen ser servidores públicos
pero que mienten y engañan
y rehuyen de sus deberes y abandonan sus familias
porque no les importan sus hijos ni sus mujeres,
sino que tienen el comportamiento del tordo,
que visita al gorrión cuando este no está en el nido
y se come los huevos ajenos,
poniendo en su reemplazo los huevos propios.
Y también los padres de aquellos humanos
que no tienen alma
y hacen respetar sus leyes de hierro
y no tienen en sus corazones de pedernal
piedad ni conmiseración.
Y puso también a los Pizano,
que hablan y saben dominar las palabras,
y se dirigen a los grandes grupos de gente
y no les tiembla la garganta,
y todo lo que dicen son mentiras,
y ocupan cargos públicos
y son políticos famosos y buscan obtener el poder,
pero no llegan a alcanzarlo,
porque no valoran sus esfuerzos
y un momento se dedican con gran ahínco
pero al siguiente están dándose el gusto con la botella de
licor y con las mujeres fáciles
que por esos ambientes hay por montones,
y al poco tiempo flaquean en sus decisiones,

y se enferman o se mueren de enfermedades misteriosas
en donde los doctores no tienen nada que hacer.
Y estos son los padres
de todos aquellos
que buscan triunfar en sus trabajos
solo hablando y diciendo verdades a medias
y traficando con las esperanzas
de los más necesitados,
pero que ya llevan dentro de sí un estigma
que les acaba con la carrera
y con su vida de placeres efímeros.
Puso así también a los Oviedo,
que se dedican a trabajos de producción de leña,
o al de changar o al laboreo del carbón,
que lo venden y lo distribuyen con carros
o simplemente en bolsas que cargan al hombro,
y están siempre sucios,
y sus mujeres son aún más sucias y redondas
como las mujeres pintadas por Botero,
y sus hijos también sucios
no quieren asistir a las escuelas
y no aprenden a leer
y son aún más sucios que sus padres,
y como también compran y venden productos de la gran-
ja,
la hija de ellos, de nombre Patrocinia,
se pasa todo el día introduciendo en sus cavidades
las bananas para la venta,
sin ningún pudor ni rubor,
espantando a los escasos clientes
que se atreven acercarse.

Y estos son los padres de la raza de los cochinos,
que odian el agua, y huelen como cerdos,
y les gusta escarbar en sus orificios
y sacan y comen las suciedades de la nariz,
del oído, y de las otras partes
donde el dedo se puede introducir
y sacar costritas y roñas diversas.
Puso también a los Cazal,
que es raza de hombres,
que están día y noche
buscando motivos para pleitos y peleas
sin dedicarse a algún afán
que les provea para el pan diario,
sino que gastan sus esfuerzos
en borracheras y riñas sin ton ni son
y mueren jóvenes y sin provecho,
como aquellos que en todos los tiempos
son contratados por los señores
para ir a la guerra a pelear por sus intereses,
que estos hombres ariscos nunca entienden
ni entenderán
y mueren creyendo que el negocio era así
y debe ser así, porque Dios lo quiso.
Y son los padres de los que llegan a los cuarteles
y se hacen soldados, o se hacen boxeadores,
futbolistas y gimnastas
y caen muchos de ellos en el gusto
de dejarse poseer por un congénere,
por la práctica que tienen de estar juntos
todo el día tocándose los músculos unos a otros.
Puso también allí a los Benítez,

que son los que trabajan con ganado mayor
y los tienen en tambos,
y sacan la leche a sus vacas
y los venden por los barrios,
y son gente resabiada
y no les gusta la molicie ni la farra,
pero practican el sexo con algunos de sus animales
y si son cabras mejor,
y les gusta montar a caballo
y andar vestidos con ropas de cuero
y cintos con hebillas y correajes vistosos.
Y son los padres de todos aquellos
que negocian toda clase de animales domésticos
y las tierras
en donde hay agua suficiente para ellos y pasturas,
y tienen por costumbre
no hacer diferencia entre sus hembras
y la de otras especies que tienen en su hacienda.
Había también puesto allí a los Carrero,
que así se los conoce,
por andar en vehículos tirados por caballos
transportando cerdos
y se los contrata para el faenamiento.
Y son los padres de todos aquellos matarifes
que andan de feria en feria
arriba de sus carros,
y son gente de temer
porque no hacen diferencia
entre la yugular de un cerdo y el de un semejante
y les da lo mismo buscar el corazón
de cualquier animal con la punta de sus cuchillos,

y trasiegan los pueblos
buscando de un punto a otro
los lugares donde se celebran
los días de su santo patrono
para tener donde ganar el sustento
y luego beber hasta encontrar un lugar
donde haya camorra para meterse porque sí
y sacar a relucir sus puñales
que los tienen afilados y listos.
También puso a los Lara,
que tienen alma de depredadores,
y están siempre a la pesca
de despojar al prójimo de sus pertenencias
y miran la hacienda y los lucros del vecino
con ojos ávidos
y la codicia no les deja dormir
y urden día y noche como apoderarse
de riquezas ajenas
y temen al infierno
y sus conciencias son débiles
y temen a la muerte como a su peor enemiga
y ni cuenta se dan que están vivos
por causa de este temor,
pierden su vida por un disparate
que ni ellos se percatan
que ya están muertos y achicharrándose
en su infierno imaginario.
Y son los padres de todos aquellos
que hurtan y roban,
y estafan amparados en las sombras
y son también miedosos
y no les contenta su fe ni su Dios

y siempre están esperando alguna desgracia
que pronto se les arrima
y se mueren sin pena ni gloria.
También están allí puestos los Shimé,
hijos de Simón,
que tienen las cabezas destempladas
y no diferencian entre la vida real
y los sueños que imaginan,
y siempre están en la luna,
confundidos y confundiendo a quien les oiga hablar,
porque como dicen puras verdades,
pero sin hacer distingos entre sueños y realidades,
siempre viven iluminados
por una luz especial que parece guiarles
en medio del despelote que ellos mismos originaron.
Y son los padres de todos aquellos
que se creen profetas o que lo son,
pero no hay manera de probar nunca
si sus profecías son verdaderas o no,
y sueñan y alucinan y fantasean,
y se dedican a entretener a sus semejantes
con los ardores de sus elucubraciones,
y a veces están inmersos en la realidad
pero nadie sabe cuando,
porque si se lo supiera
ya se sabrían todas las otras verdades,
porque descubrirían el origen de ellas
e irían atando nudos
hasta llegar a las últimas,
pero ni ellos pueden separar,
ni los Shimé,

los sis de los nos,
los efectos de las causas,
el bien del mal,
y el pecado de la virtud,
y así seguirán confundidos por siempre y para siempre.
Puso también allí, aunque no quiso,
a Quizá,
o María Magdalena, o Malena o simplemente Mal,
como la llamaban cuando tocaba la música,
y era el tiempo en que todas las maravillas la rodeaban,
y era como un ángel radiante
que convertía lo mustio en fulgor de vida
y los corazones tristes en ámbitos llenos de Mozart y de Bach,
y todo era perfecto en torno a ella,
y todos la rodeaban
apasionados y deslumbrados,
hasta el fatídico día
en que comieron los frutos del árbol de la sabiduría.
Y Quiza es la madre
de todas aquellas almas que llenas de gracia
son atraídas hacia el saciamiento
de sus deseos y anhelos
y se dejan llevar por ellos
y por la pasión que es su misma naturaleza,
y son víctimas de las circunstancias,
de los prejuicios,
y de los intereses de los más poderosos
que ven en el potencial de sus encantos y capacidades,
un peligro para las estructuras que manejan
y quieren seguir manejando

los destinos de sus semejantes
desde lo alto del poder.
Y vio Némesis
que a pesar de todo,
era muy pintoresco lo que había creado,
y tomó los últimos tragos de la quinta botella,
y luego la arrojó lejos,
hacia un montón de basuras y botellas
que formaban un pequeño promontorio
y eructó
tres veces seguidas
y tomó el violín
intentando arrancarle arpegios o un concierto,
pero sus dedos ya no eran de él.

Capítulo 7

Pasé semanas pensando obsesivamente en las luces extraordinarias que había visto en el mangal, y en la música celestial que cada noche me llegaba hasta la cama. Quería descifrar esos misterios y no encontré la forma de concretar mi objetivo hasta que se dio una oportunidad.

Mi hermana mayor estaba casada y vivía con su marido en unos nuevos loteamientos que se habían puesto a la venta en un lugar llamado Campos Cervera. Eran unos bosques espesos y a mi me gustaba visitarles porque se veían toda clase de animales exóticos, zorros, aves enormes y serpientes de las que había que cuidarse. Nos adentrábamos en el bosque con la infaltable hondita en los dedos y un garrote por si las víboras se aparecían y quedábamos impresionados por la altura de los árboles y la belleza del lugar. Muchas veces llegamos a perder el rumbo y perdernos, lo que le daba mayor emoción a estas excursiones, pero siempre volvíamos a encontrar la salida.

El marido de mi hermana era maestro albañil y pintor, y en sus ratos libres, fotógrafo y espiritista, metido en asuntos de hipnotismo y cosas raras, que mamá decía eran demoníacas, procurando apartarle de esas prácticas.

Papá contrató al marido de mi hermana para terminar de construir una habitación. Las paredes estaban hechas y debía techar y hacerle el revoque. Vino a instalar su equipamiento, consistente en escaleras, carretillas, maderamen para los andamios y todo tipo de herramientas. Nunca se despegaba de un bolsón que estaba siempre colgado de los hombros y que bajaba en un rincón solamente para trabajar. Dentro llevaba algunos libros de ocultismo y una máquina fotográfica. En esos días nos sacó fotos en blanco y negro a todos los hermanos, a mis padres, y especialmente a las tres hermanitas más pequeñas.

Desde que vi la maquinita una idea se me metió en la cabeza. Esa era la forma de hacerme de una prueba de la extraña luminosidad del mangal. Desde entonces estuve a la pesca de una ocasión para apropiarme de dicha máquina, por una noche, e introducirme con ella en el mangal, sacar unas cuantas fotos y luego hacerme el desentendido, volviendo a ponerla en su lugar y esperando que las fotos fueran reveladas.

La ocasión no se hizo esperar. Llegó con un aviso en donde mi hermana le mandaba decir que se fuera con urgencia a la Maternidad Nacional en donde iría a dar a luz.

El aviso le atontó completamente. Era el primer hijo y entre el baño que se dio a la disparada y su cambio de ropas no tardó ni cinco minutos y ya estaba

listo para salir. Mamá le bendijo y se puso a orar mientras mi cuñado se marchaba poco menos que corriendo. Los dos ayudantes siguieron trabajando pero antes de la hora habitual, las cinco y media de la tarde, ya dieron por terminada la jornada y se marcharon. Era el momento que yo esperaba. Entré a la habitación en donde trabajaban y tirado en un rincón estaba el bolsón. Adentro estaban los libros de "Hipnotismo a distancia" de Paul Jagot y otro que se titulaba "Las manos que curan", era más grueso y tenía en la tapa una figura de unas manos cuyos dedos expedían descargas eléctricas.

Pero lo más importante estaba también allí. La anhelada máquina fotográfica. La examiné primero para ver cual era su funcionamiento y si tenía placas. Había visto varias veces como la manipulaba y pronto entendí el procedimiento; primero se le quitaba la tapa al foco, luego se ajustaba la visual hasta encontrar el ángulo correcto y se apretaba el botón en la parte superior que era el disparador. Escondí la maquinita en un matorral de palmeritas enanas, no fuera que mi cuñado se acordase de su bolsón y volviera a buscarlo.

Desde ese momento esperé con ansias el momento de dormir, para escuchar el silencio y la quietud de la casa y salir a hacer mi excursión hasta el mangal.

Desde la madrugada en que se me encontró durmiendo en el portón, papá se levantaba dos o tres veces a la noche a controlar si estaba bien, si estaba

en la cama, si no hablaba en sueños, o para pescar cualquier detalle raro en mi conducta. Papá, aunque fuera muy callado, reservado en un mutismo que solo rompía para hacer algún comentario mordaz, una observación jocosa o algún chiste sobre las situación que se vivía, era cariñoso y poco amigo de los castigos corporales, no como mamá. Esas áreas de la vida familiar papá las dejaba casi exclusivamente a ella y solo en muy especiales ocasiones se metía a lidiar. La vez que si recuerdo que se metió fue cuando nuestro hermano mayor, el que trabajaba en el Hospital Bautista, se pasó de la raya con sus cintarazos a la hora de la merienda. Llegaba del trabajo como a las cuatro de la tarde, la hora del terror. Todo tenía que estar barrido, ordenado y reluciente. Un día encontró una cáscara de banana tirada en su habitación y fue suficiente para que todos los encargados de la limpieza, los tres hermanos menores, ligáramos cintarazos en todas partes del cuerpo.

Cuando llegó papá nos quejamos, porque mamá no le decía hipo al castigador. Papá sin decir palabra, y al ver las marcas del cinto en nuestras piernas y espaldas, tomó el suyo y fue hasta la habitación del pegador. Este estaba acostado escuchando música clásica como era su costumbre. Papá le marcó con cinto por todo el cuerpo y le dijo que el castigo se duplicaría si se llegaba a repetir.

Papá era muy sereno y tranquilo, pero ese día se exasperó. Generalmente cuando no estaba trabajando y estaba en casa, se lo podía ver en un lugar a

buen resguardo del sol, en el patio, con un libro delante de las narices. Nosotros podíamos jugar, gritar, pelearnos y discutir alrededor suyo, que el no se alteraría en lo más mínimo, concentrado en su libro.

El era técnico de máquinas de oficina, especialmente máquinas de escribir y calcular. Hacía todo tipo de reparaciones y trabajaba en varias oficinas públicas donde le pagaban por mes, además de oficinas privadas y negocios particulares hacia donde todas las tardes salía a ofrecer sus servicios. Como él decía, no se podía quejar. Pero a medida que ganaba dinero, las necesidades aumentaban y siempre faltaba plata. Los fines de mes se caracterizaban por su interminable plagueo cuando terminaba de sumar las cuentas del almacén, y las protestas de mamá que argüía que solo se traía lo estrictamente necesario, y que en la lista de lo que se compró del almacén no aparecía ni una sola verdura o fruta que nunca faltaron en la casa y que eran proveídas exclusivamente por ella. Así terminaban todos los meses.

Mi aventura de la noche se presentaba complicada. Tenía que salir sin que me descubrieran, y volver antes de que papá se diera una vuelta por mi cama para comprobar que todo estuviera en orden.

La primera parte se desarrolló sin inconvenientes. Una vez en la cerca de tunas, al instalarme en mi viejo agujero, varias espinas me pincharon doloro-

samente. Las ramas habían crecido y se habían munido de sus respectivas partes espinosas que yo no había tenido en cuenta que crecerían por el tiempo transcurrido. Entonces me incorporé y subí a la murallita de los Lara. Divisé, pese a la oscuridad, varias siluetas pero no la de don Némesis. Saqué dos fotos y me pregunté por primera vez, si que clase de vista se captaría, puesto que no había ninguna claridad y la cámara no tenía luz. Estuve tendido un momento más, esperando que encendieran la lámpara. Como unos quince minutos después, don Némesis encendió su lampiun, que increíblemente con la escasa luz que irradiaba, alumbró todo el entorno. Se veía a ña Eugenia y a don Salvador con su mujer, doña Luces, que nunca decía una palabra.

Sentados en círculo, se pasaban la botella de caña una vez que le daban al trago.

Don Némesis ubicó el lampíun en la puerta de la choza. Del interior había estirado el enorme baúl de metal, lo había abierto y extraído un grueso paquete de papeles sueltos. Tomó una de las hojas, lo ubicó en una parte plana del baúl y estuvo escribiendo un largo tiempo. Tomé otras dos fotos de don Némesis en esa posición.

Qué escribiría el viejo, me preguntaba, cuando sentí que una prensa aprisionaba mi oreja derecha. Moví la cabeza de un lado a otro para quitar de mi apéndice auditivo la enorme mano que lo aprisionaba. La mano correspondía a un cuerpo y ese cuerpo era

de don Rómulo. Iba llegando a la reunión del mangal y me descubrió en la oscuridad sacando fotos.

– Bájese de la muralla y vamos al mangal a aclarar este asunto– Su voz era apenas susurrada, pero me heló la sangre. Mi corazón palpitaba enloquecido. Caminamos hasta la entrada del mangal y dimos unos pasos. El lampíun se había apagado y reinaba una oscuridad absoluta. Miré hacía arriba y no había señales de aquellas luces que colgaban titilantes del techo del templo. Solo oscuridad y entre los huecos de las hojas de mango se veían algunas tímidas estrellitas en lo alto. Nada más. Don Rómulo me seguía sujetando de la oreja. La cámara fotográfica colgaba de mi cuello. Todos los presentes se acercaron y me rodearon.

– Déjenlo en paz. Es Shime-í. Es mi amigo. Entrá Shime-í. Sentate. – La voz de don Némesis retumbó en la noche. Se abrieron en semicírculo y la mano soltó mi oreja.

– Estaba sacándole fotos don Némesis – don Rómulo largó una risotada después de esta revelación.

Fotos. Para qué alguien quiere sacarle fotos a Némesis. No parece un actor de cine, ni un galán ni un payaso de circo. Explíqueme Shime-i.

– Simplemente quería fotografiar la luz del templo.

Las risas y gritos se dejaron oír después de mis palabras. El susto no me había pasado del todo. Esta-

ba confundido. Me dolía la raíz de la oreja y quería estar en casa, en mi cama.

Don Némesis hizo acallar las risas con un gesto. Reunió a todos los presentes y les habló unas palabras. En seguida se retiraron, menos doña Eugenia quien quedó sentada en el sillón de mimbre, en el mismo lugar que la vez anterior. Don Némesis estaba parado frente a mí, observándome. Tenía la botella en sus manos. Se bamboleaba notoriamente, situación en la que no le encontré la noche lucífera.

– Quieres descubrir el origen de las luces que hacían brillar el templo. No te contentaste con haberla visto. No te sentiste satisfecho de ser el único en el vecindario en haber vislumbrado las dimensiones de mi templo.

– No. No estoy satisfecho, pero no quiero que se enoje conmigo, porque también necesito que me explique como hacen la música. Porqué la música se escucha sublime, como si viniera del cielo.

– Así que quieres que te explique también el misterio de la música. No necesitabas volver hasta aquí para tener una explicación racional. Y no te aclararé ninguno de ellos. En vez de fotografiar el mangal para tener una prueba de su luminosidad, deberías haber enfocado la cámara hacia tu rostro. El misterio está allí. En tu capacidad de ver. Y la música es parte de nosotros. Muy poca gente le dedica horas de su vida a aprender a dominar un instrumento. Esas pocas personas producen un milagro que com-

parten con el resto del mundo. Es un acto de comunión entre todos los seres humanos. Los que tocan los instrumentos son el medio por el cual el misterio de la música se conoce. Es el lenguaje universal. No hacen falta palabras. Unos pocos elegidos son los que son tocados por ella. Unos pocos elegidos son los que entienden su maravilloso lenguaje y lloran, y ríen y quedan en éxtasis al escucharla. Tu eres uno de ellos. En el acto de ejecutar el instrumento, para mi no hay secretos porque estudié largos años y esos largos años, aún hoy me sirven. En la capacidad de apreciar la música está el misterio. Debes sacar otra foto en el interior de tu oído, porque dentro ti está el misterio. Debes saber develarlo.

Tomó un largo trago de la botella. Se sentó en su sillón de cuero. Miraba el cielo. Dejó escapar su risa. Fina al principio, se fue agrandando hasta convertirse en una carcajada. Trató de fijar sus ojos en mi.

– La cámara me sigue. Mi vida es una película. Me espían desde las murallas. Me fotografían desde el suelo. Persiguen mis actos desde las ramas de los árboles. Creen que soy un actor representando. Pues no. Este es apenas un capítulo de la tragedia. Es la agonía de un Dios que no termina de morir. Muere todos los días pero para su desgracia resucita de nuevo al día siguiente. Vamos Shime-í. Es hora de que regreses a tu casa. Ha ocurrido una desgracia en tu familia y debes estar ahí. El director de la película de mi vida se retira señores. Es hora de que vaya a su casa a dormir.

Me acompañó hasta la salida. Allí me alcanzó ña Eugenia, quien me abrazó y besó en la frente con mucha ternura. El anuncio de una tragedia en mi familia asumí como un golpe tremendo. Qué podría haber ocurrido. Salí caminando hacia casa. En seguida noté las siluetas de papá y mamá parados destrancando el portón. Y yo, con la cámara fotográfica colgada del hombro, no sabía si hacerme el sonámbulo, el tonto o el vivo para no ligar los rebencazos que pronto me llegarían. Pero estaban con otra actitud. Estaban abatidos.

TESTAMENTO

CAPÍTULO DE LAS IRAS DE NÉMESIS
PRINCIPIO DEL APOCALIPSIS

Némesis intenta un concierto de Paganini
pero sus dedos no le responden.
Sus dedos responden solamente para aprisionar
el gaznate de la sexta botella
y echar un largo trago sin respirar.
Mira el paisaje a su alrededor.
Los colores han cambiado.
Todo está ocre, ceniciento
y oscuro en su mayor parte bajo el mangal.
El diputado nacional duerme su tranca en el suelo,
y al lado su guardaespaldas y espía,
con la espalda apoyada en un árbol,
ronca con la cabeza ladeada sobre el pecho
amenazando desnucarse con cada estertor.
Los Carrero no están, ni Ca-í,
ni don Rómulo ni Lola su hija.
Se han marchado a armar zafarrancho
en casa de la viuda de don Rigoberto.
Envalentonados por la caña
pueden llegar a cometer barbaridades.
Ya vendrán después
a contar sus proezas de pirata.
Némesis rememora.
Don Rómulo puede ser temible
cuando la caña le ha tomado.
Había un Juan Gómez
que pegaba rondas alrededor de su casa

amparado por su carné de pyragué
y sus ojos claros
y por el efecto seductor de sus bigotes mexicanos.
Lola no había cumplido los catorce
Y aún virgen
era imponente como una yegua redomona
y sus ojos enormes
que cada vez que los abría y cerraba
producía en los hombres tal encandilamiento
como que el sol se hubiera muerto
y resucitado en un instante.
Juan Gómez, bigote a la mexicana,
ronda que ronda
hasta que un día llega a la casa
a preguntar por don Rómulo previamente
como es hábito hacerlo en estos casos.
Don Rómulo está en el campo
pero uno de sus capataces le da el aviso.
Don Rómulo regresa al galope.
No llega a su casa
sino se dirige directamente
a esperar a Juan Gómez en un recodo del zanjón
por donde el de bigotes a la mexicana pasará sin falta.
Una botella de guaripola
le ayuda a aguantar la impaciencia de la espera.
Don Rómulo conoce las intenciones de Juan Gómez
y cela hasta la locura por su hija menor.
Nadie vio lo que ocurrió,
pero un vecino del zanjón dio aviso
de que cuando pasó por el lugar
encontró a don Rómulo fumando su cigarro poguazú
con el pie apoyado en un bulto

que de pronto se revolcaba en el arenal.
El vecino huyó.
Don Rómulo tuvo paciencia
y no apartó el pie
hasta que el bulto dejó de moverse.
Luego hizo sentar a Juan Gómez,
recostado por las laderas del zanjón,
con el puñal le rasuró los bigotes
de los que tanto se enorgullecía
y le quitó los ojos
con los que había guiñado y encantado
a tantas doncellas,
le sacudió las ropas para sacarle
la arena que se le había pegado,
y lo dejó allí bien sentado
en ese recodo del camino,
como mirando con indiferencia
con sus ojos a la moda de Edipo,
para escarmiento de otros Juanes
que pretendieran acercarse a Lola.
Ahora Némesis lo ve aparecer manchado de sangre,
con las ropas rotas y en desorden,
trayendo uno de los míticos caballos de don Rigoberto
de las bridas,
y en lo alto, montada,
Lola con el rostro alucinado.
Lola gustaba del Juan Gómez ojos claros,
pero nunca preguntó ni hizo escándalo por su muerte.
El vecindario calló de temor
aunque todos estaban seguros
que el causante de la muerte por asfixia
de Juan Gómez

no podía ser otro que don Rómulo,
el poderoso Rómulo,
como él mismo se hizo llamar desde entonces.
La policía de la séptima vino,
hizo algunas preguntas,
pero como el Juan Gómez
no era santo de la devoción de la comisaría
por ser con ellos prepotente y maleducado
engreído por el carné de informante
del ministerio del Interior,
no pasó nada con la investigación.
Don Rómulo pudo asustar aún más a los vecinos,
cuando el perro de los Shimé
enloqueció por la rabia.
Mientras estuvo suelto
atacó a todos los humanos y animales que encontró a su paso.
También atacó a don Rómulo
a quién le hundió los dientes
en varios lugares
y los espumarajos que derramaba el perro
se confundieron con su sangre.
Todos los humanos mordidos
fueron hasta el Instituto Antirrábico Nacional
de la facultad de Veterinaria,
en el centro de la ciudad,
menos el viejo.
Los animales mordidos por el perro
murieron en menos de cuarenta días
pero don Rómulo ni estornudó.
Soy poderoso,
decía mostrando las huellas cicatrizadas

de las dentelladas del can.
Soy poderoso.
A partir de aquellos días
se hizo habitual su presencia en la tertulia del mangal.
Se creyó con derecho a participar sin ser invitado.
Ahora traía a su hija
montada en uno de los caballos de la viuda.
Incendiamos la casa, dice.
Violamos a las tres doncellas
y degollamos a la viuda.
Ya no tendrá de qué reírse don Rigoberto
en las noches del mangal.
Por fin descansaremos de su sonrisa.
Toma un trago de la botella
que le ofrece Némesis
y sigue de largo.
Lola tiene los ojos de fiebre
y la boca torcida en un rictus de locura.
No alcanzan a salir del mangal.
Antes de llegar a perderse,
la sombra del jinete se abalanza
con la hoja del puñal cortando el aire
y luego la yugular de la sombra a pie.
Lola arrastra el cadáver de su padre hasta la casa.
Lo pone delante de la puerta de su madre
a quien despierta a gritos.
He matado al hijo de puta de tu marido, le dice
y corre luego hacia los fondos del patio
con la voz desgarrada como un animal.
Ha perdido la razón.
Algunos aparatos de manufactura japonesa
de cuatro y de seis pilas

han aparecido en la calle Sajonia
y dejan oír las canciones
de un conjunto inglés
formado por cuatro aullantes melenudos.
Un camión transportador de bolsas de carbón
se ha acercado como a mil metros de la calle Sajonia
y el ronco bramar del motor
hace galopar con fuerza
los corazones de los niños
que juegan al fútbol en el arenal.
Son los signos del nuevo tiempo que se aproxima.
La calle Sajonia será parte de la ciudad,
derrumbarán los árboles,
desaparecerá el mangal
y empujarán a los pobres
que no puedan pagar el empedrado y la luz eléctrica,
hacia los fondos del monte.
Ni los Carrero ni Ca-í reaparecen por el mangal.
No regresarán sino en años,
cuando los hijos de las violadas
ya estén crecidos
y tengan en los ojos el brillo
de los que están esperando el tiempo de la venganza.
Así se trasmite la ira.
Los muchachitos saben que están esperando
el regreso de sus padres para poder matarlos.
No saben cuando ocurrirá eso,
pero saben muy bien que vendrán.
Mientras tanto las madres alimentan el odio.
No hay otro sentimiento en sus corazones,
ni otro deseo que les haga vivir.

La noche está avanzada.
Las cuerdas del violín
ya no responden a los dedos endurecidos.
Némesis despierta a
ña Eugenia caú,
llamada también María,
que duerme en un jergón a sus pies.
Ambos miran, luego de un largo trago,
la actividad intensa
que en la casa de los Lara se desarrolla
a esas alturas de la madrugada.
Las almas en pena lloran en sus cabezas
y ña Remedios, el alma mater de los ladrones y despoja-
dores,
lee el futuro en las entrañas de una gallina negra.
Le espanta lo que lee
en las vísceras del animal
y pega alaridos desgarradores.
Sus hijos le atienden solícitos con un té de tilo,
con una pañoleta para sujetar los puntos de la cabeza
que parecen querer reventar
todas las madrugadas
con esos horribles dolores
que le producen los insomnios sin cura.
Némesis sabe lo que acaba de leer ña Remedios.
La sangre que derramaron
al extirpar un feto de siete meses
de la barriga de su hija menor Altina,
chorrea sobre las cabezas de la familia.
Todos son salpicados.
Filisteo, el gallo paloma
novio de la hija mayor Mercedaria,

ha embarazado a la menor y virgen Altina.
La rabia de ña Remedios se descarga
con palos por las espaldas de sus hijas
y la expulsión del galán de la casa.
Pero la rabia mayor de la jefa de familia
es que el galán Filisteo
también la ha seducido a ella.
Sus hijas son inútiles, estúpidas y se han dejado llevar.
Pero ella a sus cincuenta y cinco
no pudo ser más ingenua
creyendo en las palabras
del carilindo y zalamero engatusador.
En un arrebato de rabia
se estira de los aros que cuelgan de sus orejas
como fina lluvia entretejida de oro.
Los aros tardan en destrozar la carne
y sangran con entusiasmo por las roturas de los lóbulos.
Altina, luego del aborto violento
fue encerrada en la habitación de las herramientas,
en el fondo de la casa.
Aún así se oyen sus gritos.
Ña Remedios ordena que Apolinario,
el más fuerte de sus hijos
vaya hasta allá y le sacuda con un rebenque.
Así aprenderá, silabea la vieja.
Acaba de leer en las tripas de la gallina,
que Apolinario, Miguel, el menor de los varones
y Ángel, el arpista,
morirán en el lapso de un año
sin ninguna cura ni remedio
que se le pudiera oponer.

Que sus otros hijos Visitador y Leontino
huirán al extranjero
perseguidos por policías
que tratan de recuperar lo que estos han robado
de entidades públicas,
y que Altina morirá picoteada por los pájaros,
en un campo de maíz
en donde fue estaqueada como espantapájaros.
Un espantapájaros de trapo
que se bambolea con los picotazos.
De pronto comprende
que lo de los trapos se refiere
a la cantidad de vendas y ataduras
que le han puesto a la niña
para detener el sangrado.
Corre hasta la habitación de las herramientas
y encuentra allí a Apolinario,
con el rebenque aún en las manos,
mirando con ojos de imbécil,
la extraña quietud en que ha quedado su hermanita
luego del castigo.
Acurrucada en un lecho de sangre,
está inmóvil con los ojos fijos.
Ña Remedios suelta un alarido.
Némesis y ña Eugenia caú corean sus carcajadas
en el mangal que tiene principio pero no fin.
Han visto lo que vieron y adivinaron el resto.
Nosotros festejamos la llegada del nuevo día,
musita Némesis con voz ronca
y convida a ña Eugenia con un trago.
Los Lara tienen su castigo a la vista,

susurra, recordando que el viejo marido de ña Remedios,
ciego y parapléjico,
morirá de sed en una de las habitaciones,
olvidado por todos
a causa del precipitado devenir de los sucesos.
Némesis inaugura un periodo de dictaduras militares
en el sur del continente.
No hay agujero de su geografía
que se salvará de la última plaga
creada por los dos bloques.
Retrocede el valor de la vida
frente a la cotización de la barbarie.
Que argumentan tus libros sobre tanta violencia.
Ña Eugenia no quiere responder.
Los libros acaso responden alguna pregunta,
argumenta tratando de salir del paso.
Ustedes los doctores de la filosofía
saben que no hay una respuesta en ninguno de ellos.
Hubo amor en alguno de tus actos.
Ataca directo la mujer.
Yo no actúo.
Solamente pienso
y son mis pensamientos los que hacen actuar a los otros.
Hubo amor en alguno de tus actos. Porfía ella.
He llegado hasta la cima misma del dolor.
Desde allí he regresado.
Traje algunas botellas que recogí
rodando montaña abajo.
Al llegar aquí, al mangal, ya no hubo dolor.
Hubo amor en alguno de tus actos.
Ña Eugenia urge una respuesta.

Todavía no ha llegado el amanecer.
El gallo aún no ha cantado.
Némesis convertido en Pedro
en el patio del Sumo Sacerdote
se niega a responder.
Cuál es el origen de la voluntad
que sacude y revuelve tus pensamientos
insiste ña Eugenia, alias María.
No hubo amor en ninguno de mis actos.
No existe amor
en donde solamente hay vanagloria, capricho y envanecimiento.
Némesis-Pedro escucha que azotan a Jesús.
Se acerca la aurora.
El gallo canta.
Se niega a reconocer tal sentimiento.
Némesis tiene el cuerpo sacudido por sollozos.
Ña Eugenia ca-ú, alias María,
desarrolla una teoría de un trasnochado
que pretende demostrar a partir de la perfección de Dios,
la perfección de la existencia,
y el amor como origen de la voluntad de hacer.
Finge no escuchar los sollozos de Némesis.
En su boca se dibuja una sonrisa
que cuarenta años atrás podía haber sido divina
y aun ahora se ve siniestramente angelical,
y denota la satisfacción
de quien cree haber encontrado la pregunta correcta
que le posibilita desmoronar con ella
los edificios teóricos de su oponente.
La cámara la enfoca en el momento

en que se acerca a Némesis
arrastrándose
y se aferra a sus piernas.
Haz venido a visitarme, señor,
dice jugando a ser María la hermana de Lázaro.
Voy a lavarte los pies con ungüentos y perfumes,
dice mientras le saca los borceguíes.
Némesis la deja hacer.
Ña Eugenia ca-ú-María
trae una palangana con agua limpia del pozo.
Desde el brocal mira a Némesis que ya no solloza.
Está dolido por haberse visto obligado a mostrar su dolor.
Era amor, se pregunta.
Pero le enfurecen los disparates sobre la perfección.
Ella introduce los pies de Némesis en la palangana de latón.
Los friega con dulzura
como si bañara a un bebé recién nacido,
desvalido y tierno,
bello y esperanzador,
cargado de futuro.
Lo que sentías por tu joven alumno
era amor.
Contraataca Némesis.
Lo que te llevó a realizar las mayores locuras de tu vida
era amor.
Lo que te llevó a borrar uno a uno tus logros académicos,
tu carrera, destruir tu familia,
abandonar a tus hijos, a tu marido,
era amor.
Explícame querida y hermosa,
que clase de teoría es la que estás

tratando de poner como justificación a mis locuras
y a las tuyas.
Qué clase de sentimiento
es el que puede originar tantas tragedias y dolores.
Qué clase de embuste
es el que quieres hacerme tragar
en contraposición a tus propias teorías.
Puede ser esa peste el origen de todo.
De qué extraño mundo surgió
esa fuerza tan destructiva.
Estoy lleno de amor,
como tu amante,
como tu joven alumno enamorado de su profesora
que no pudo soportar tus dudas y angustias
y se suicidó en tus brazos.
Eso es lo que quieres decirme.
Ña Eugenia ca-ú, alias María
se incorpora con un lamento lacerante
que le surge de las entrañas.
Huye hacia los fondos del mangal
tapándose los oídos,
descubriéndose aún viva y humana
y en condiciones de sufrir.
Némesis se toma un largo trago satisfecho.
Ha sido una buena estocada.
Patea la palangana y la vuelca.
El agua salpica al diputado nacional
y a su guardaespaldas
pero no logra despertarlos.
Extiende sus pies limpios y frescos sobre unas ramas.
El gallo vuelve a cantar.
Pero el amanecer no llega.

Capítulo 8

Los milagros ocurren y las desgracias también. Mamá y papá no estaban en el portón por mí. Estaban yendo para la Maternidad Nacional porque el hijo de mi hermana nació muerto. Ambos estaban muy afectados. Les extrañó verme salir de la oscuridad con la máquina de fotos colgada del hombro pero ni siquiera me apercibieron, sino que muy cariñosos me pidieron que me acostara y hasta me besaron.

Había venido una parienta de mi cuñado a avisar que el parto había durado horas y que finalmente el bebé había nacido sin vida. Mis hermanas lloraban en su dormitorio. Mis dos hermanos dormían y yo me acosté pensando en las experiencias del mangal.

Pero no pude dormir. Cómo don Némesis sabia que el bebé de mi hermana nació muerto. Antes que las explicaciones de don Némesis de que no debería buscar solución a los misterios de la luminosidad del templo y la música celestial sino en mi propia cabeza, me dolía la raíz de mi oreja que por poco me arranca el bruto animal que me bajó de la muralla, y pensaba en el dolor de mi hermana que después de esperanzados nueve meses de espera, daba a luz un bebé muerto. En la familia no teníamos difuntos. Salvo mi abuelo materno que había sido asesinado en la revolución del cuarenta y siete, episodio del cual yo no tenía memoria, puesto que no había nacido, no conocía otro caso de muerte en la familia.

Nosotros éramos doce hermanos todos vivos, como decía mamá. A pesar que en aquellos tiempos la mitad de los bebés morían al nacer y nadie le daba mayor importancia, mamá siempre que hablaba con algún extraño acerca de su familia decía: "Tengo doce hijos, todos vivos y sanos por la gracia de Dios". Este hecho era notable y digno de ser contado.

Finalmente me dormí. Y mis pesadillas no tuvieron que ver con el bebé muerto sino con mis orejas maltratadas por un gigante que agarrado de ellas me levantaba por los aires y a cada momento amenazaba con largarme al vacío.

Mamá y papá no volvieron en toda la noche. Al amanecer, fuimos despertados por un grupo de soldados del ejercito quienes al mando de un sargento golpeaban la mano. Mi hermana mayor salió a atenderles. Querían que todos los muchachos en edad de prestar el servicio militar salieran de la casa. Mi hermana le dijo que ninguno de los hermanitos menores tenía aún edad para ir al cuartel. De todos modos, el sargento insistió que todos los varones saliéramos al patio a ser inspeccionados. Salimos yo, que tenía nueve años, mi hermano Ezequiel que tenía once y el mayor de los tres Daniel , de trece. A Daniel le dieron vueltas alrededor como perros de presa. Le preguntaron la edad y si quería ir al cuartel. El solo atinó a decir "trece", pero ni una palabra más. Mi hermana sacó la libreta de familia en donde se demostraba su edad y nos dejaron tranquilos. Se retiraron no sin antes prometer que para el año próximo ya estaría listo para la conscripción. Se fueron. Mi hermano y mis hermanas estaban temblando. Por el tamaño y la complexión robusta de Da-

niel , de acuerdo a las apreciaciones de los militares, estaba de sobra preparado para el servicio militar. Ese día fue de duelo en el barrio. Eran como cien policías militares los que acordonaron la manzana y fueron sacando muchachos, muchos de ellos verdaderas criaturas, a quienes llevaban hasta la Dirección de Reclutamiento y Movilización, en donde recibían su destino. Muchos iban a parar al Chaco, o a diferentes unidades que se disputaban la tenencia de estos reclutas, pues iban de servidumbre en las casas de los oficiales, y el resto a los cuarteles a ser maltratados y a cargar un fusil con el que apenas podían. Muchos de estos muchachos no regresaban nunca.

El entierro del bebé se hizo esa tarde. Nunca vi tanta tristeza como la que reflejaban los rostros de mi hermana y su marido. Al final de la ceremonia se largó a lloviznar. Regresamos a la casa en silencio.

Mamá y papá se pusieron a tomar mate y luego de un rato me llamaron. Era el momento temido por mi. Me interrogarían sobre la noche anterior. Tenía la ilusión de que se hubieran olvidado.

– Que hacías en casa de don Némesis anoche.– Mamá.

– Nada. Solo estaba escuchando lo que decían y cuando ya se puso demasiado tarde, vine.

– Que querías escuchar de una conversación de borrachos y de locos.

– Son personas inteligentes algunas de ellas. No creas que son borrachos vulgares.

– Porqué te interesa lo que ellos digan. Acaso te enseñan algo. Acaso son personas ilustradas para que oigas con tanto interés lo que discuten y argumentan sus trasnochados cerebros.

Mamá, me gusta la música que toca don Némesis con su violín. Me encanta la música. Pero ya no me voy a ir hasta el mangal para escucharla. Voy a prestar atención desde mi cama. Prometo.

– Porqué tenías la cámara fotográfico de tu cuñado. Que fotos ibas a sacar sin luces.

– Solamente quise probar qué salía con la claridad del lampíun.

– Que sea la última vez. Desde cuando se ha visto que a una criatura de tu tamaño le guste la compañía de los borrachos. Allí se reúne toda clase de gente, violadores y degenerados, que no te voy a explicar lo que quiere decir, pero si te volvemos a pillar no te salvás del gajo de durazno.

Me largaron cuando ya empezaba a sudar frío. A veces, una conversación tranquila como esta terminaba de la peor manera. Esta vez mi pellejo se había salvado.

Dos días después se reanudaron los trabajos de albañilería. Mi cuñado llevó a revelar el rollo de fotos. Quedé expectante. Me urgía ver lo que había salido en las fotos del mangal. Algo me decía que en las fotos se revelaría alguno de los misterios. Mi intuición no me falló. De las que saqué antes de que se encendiera el lampíun no se veía sino la negrura, sin ningún matiz. Pero en las dos que saqué a don

Némesis se veía nítidamente su rostro que sonreía a la cámara, (es decir, sabía que estaba sacándole fotos), y posó para la instantánea. Se veían sus papeles desordenados sobre el baúl y un poco del interior de la habitación, como ropas colgando de la pared y del borde de la cama. Sobre los papeles, cinco lapiceras, y en la parte central de la foto, el rostro sonriente que parecía decir, "Adelante. Estoy preparado." Eran dos fotos nítidas, como si las hubiera sacado con luz de día. Era absurdo pensar en la lamparita, que también aparecía en la foto, como dadora de la extraordinaria luminosidad.

Decidí no volver al mangal. Decididamente existían realidades que no podía entender. Como no podía entender el don de la adivinación que tenía don Némesis, a quien ya quería llamar el señor de las muertes, por su habilidad para predecir hasta la hora de los fallecimientos. Y no solo en el vecindario. De que manera pudo enterarse que el bebé de mi hermana había nacido muerto si él estaba en el mangal escribiendo en esas misteriosas hojas a las que yo debería echar una mirada.

Mi promesa de no volver al mangal se diluía. Y si eligiera otra hora. Si me fuera a la siesta a revolver en el baúl y a leer lo que tenía escrito en los papeles. Eso es. Podría ir a la siesta, asegurándome previamente que no estuvieran. O quizás era preferible que me fuera por la siesta cuando él estuviera y le preguntara directamente qué escribía y para quien. La segunda posibilidad me pareció más razonable y menos riesgosa y esperé el momento oportuno.

Mientras tanto, una nueva conmoción agitó e hizo temblar de terror a todo el barrio. Tres presos políti-

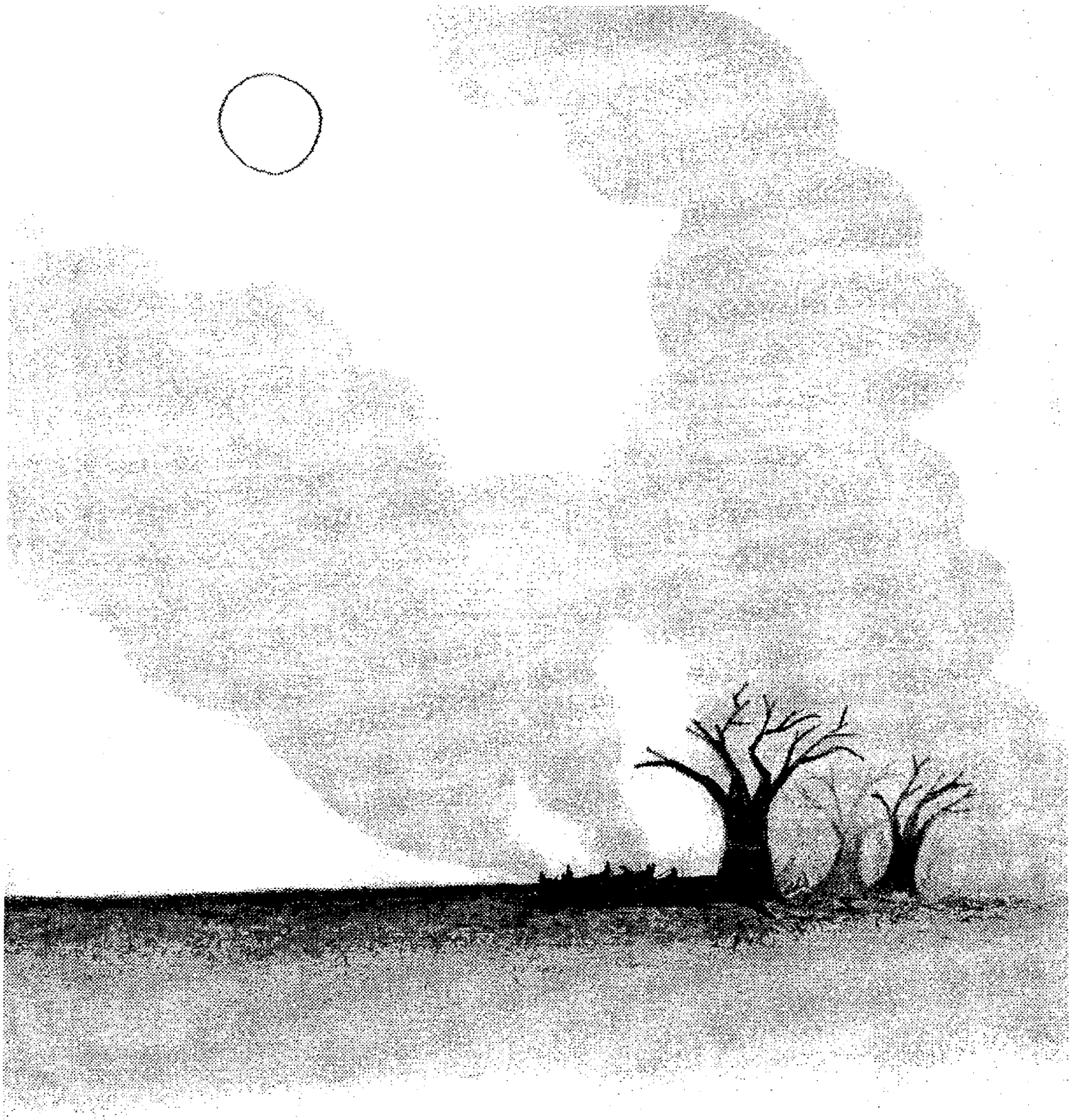
cos, que estaban encerrados en un calabozo subterráneo ubicado en el patio de la comisaría séptima, cavaron un túnel y desaparecieron. Se cerraron las fronteras y las patrullas policiales hacían control de documentos en cada esquina y luego casa por casa. Preguntaban los nombres de todos los ocupantes de la vivienda, si se tenía a gente extraña viviendo dentro del predio, si se tenía inquilinos, tíos, o parientes residentes en otro lugar, y casualmente en este domicilio, se aprovechaba para confirmar la filiación política, la ocupación y la opinión que se tenía sobre el gobierno del General Stroessner y si había alguna queja al respecto. Papá era liberal de familia, sus abuelos eran fundadores del partido liberal, pero para tener cierta seguridad y garantía de no ser molestado continuamente por la policía, se había afiliado al partido colorado. Solamente así, podía transitar y trabajar tranquilo en la ciudad de Asunción.

Papá era de una familia liberal y su abuelo había firmado el acta de fundación del partido. El abuelo había sido muy rico y tuvo mucha hacienda y tierras, explotaciones de yerba mate y quien sabe cuantas cosas más. Al caer el régimen liberal, el abuelo fue perdiendo su fortuna y empezó a ser molestado continuamente por la policía de civil. Cada mes le hacían pasar por lo menos una semana en el calabozo de cualquier comisaría. Le seguían a donde iba y apresaban y encarcelaban a sus amigos. Hasta que en la última revolución terminó por arruinarse del todo.

A mí me daban miedo estos controles. No eran solamente de la policía. Detrás venía una comisión de la

seccional colorada, a hacer las mismas verificaciones que la policía, pero además, a pedir colaboración en efectivo para las obras que la institución estaba encarando. El que se atreviera a negarse podía estar seguro que la policía empezaría a molestar y a sitiar a esa familia en su casa. No podrían dar un paso, hacer un trámite, estar tranquilos en sus trabajos sin que ellos estuvieran presentes, malinformando o diciendo directamente a los patrones, o empleadores que esa familia era enemiga del régimen, enemiga del General Stroessner y que por lo tanto, tener con ellos contacto y mantener relaciones sobre actividades comerciales o de patrón-empleado, era como traicionar la causa de la revolución pacifica que nuestro ilustre primer mandatario estaba desarrollando para bienestar de todos los paraguayos de bien.

Vivía permanentemente atemorizado que pudieran acusar a papá de cualquier hecho sin fundamento y que lo pudieran apresar y tener en alguna comisaría sin límite de tiempo ni apelación posible.



Jacobowitkowski

TESTAMENTO

AMANECER DEL APOCALIPSIS
TRAICIÓN DE LA IGLESIA CATÓLICA
VENGANZA FUEGO Y MUERTE
EN EL MANGAL
SELLO DE LAS SIETE BOTELLAS TOMADAS

Némesis mira a su alrededor.
Los colores han cambiado nuevamente.
Hay un brillo de plata en las nubes.
Hay cierta palidez en los rostros
del diputado nacional y su acompañante.
Se los ve durmiendo a pierna suelta
con la inocencia de los ángeles.
Nadie podría creer que no hace mucho tiempo,
entregó a la policía política,
atados de manos y pies
a toda la dirigencia obrera del país.
Primero organizó un gran mitin en la plaza Italia.
Aún se pueden ver las miradas ardorosas
y sentir los calores de las fogatas
reflejados en los rostros
de los jóvenes sindicalistas
y de los viejos luchadores
anarquistas y febreristas,
en los sufridos colorados y comunistas
enemistados de sus dirigencias traidoras,
y en la demás gente que asistió
sin formar parte de ningún partido.
Todos fueron a la plaza a exigir
la libertad de compañeros presos
que estaban siendo torturados
y por la plena vigencia de los derechos del trabajador.
El Secretario General,
allí dormido con la inocencia de niño de pecho,

había concedido el permiso
en nombre del gobierno.
La manifestación se podía realizar
sin ningún inconveniente,
porque Tembelo
era el primer amigo de los trabajadores.
A la hora del mitin
la policía montada tenía rodeada la plaza y sus alrededo-
res.
Eran las cinco de la tarde
y hacía un poco de frío.
Los grupos de trabajadores
se fueron acercando con temor pero con decisión,
entrando entre los jinetes
preparados para la guerra,
que según aviso de uno de los oficiales,
estaban simplemente para resguardar el orden
y que todo se desarrollara sin incidentes.
Así se desarrolló el acto
hasta que empezaron las hurras
y los dirigentes de base exigieron
una marcha pacifica hasta el Palacio de Gobierno.
Hicieron las consultas
con los oficiales de policía
y estos dijeron que de ninguna manera
podían dejarlos marchar hasta el centro de la ciudad.
La noche estaba cayendo
y algunos grupos de trabajadores
estaban decididos a ir hasta el Palacio de gobierno.
Los jinetes estrecharon filas
hasta que una voz atronó
imponiéndose por encima de los gritos;

"Al Palacio de Gobierno".
Cuatro mil gargantas respondieron que sí.
Allí empezó la primera carga.
Los trabajadores,
los jóvenes
afiliados al partido comunista
al partido febrerista
al partido colorado
al partido liberal
los sin partido
munidos de piedras
consiguieron encabritar a los caballos,
muchos de cuyos jinetes dieron en el piso
enzarzándose en peleas cuerpo a cuerpo.
Los grupos que conseguían romper el cerco
eran perseguidos por los jinetes
hasta ser derribados con las cachiporras
y atropellados y pisoteados por los caballos.
Los obreros que eran derribados al piso
eran molidos a cachiporrazos y patadas
hasta quedar de ellos tan solo un amasijo de sangre y carne.
El número de efectivos policiales aumentaba
y el de los trabajadores se raleaba visiblemente,
muchos de ellos escapados del cerco policial,
hacia cualquier dirección.
Pronto todo fue silencio.
En la plaza estaban diseminados
como doscientos cuerpos destrozados,
algunos de los cuales se quejaban débilmente.
Llegaron los camiones
y fueron alzados como reses muertas

hasta el cuartel central
en donde en vez de curaciones,
se les seguiría dando con las cachiporras.
Los dirigentes pasaron a la clandestinidad,
pero no pasaron muchos días hasta que fueron convocados
a una reunión para concertar las bases de la paz
y la concordia entre autoridades y trabajadores.
Los dirigentes desconfiaron de alguna trampa,
pero fueron convencidos por el ángel dormido
a los pies de Némesis
de la buena intención del gobierno de Tembelo.
Para el lugar de reunión se fijó un punto neutro
y la sede del obispado
fue cedida gentilmente por los ensotanados.
Todos los dirigentes obreros concurrieron,
pero ningún representante del gobierno.
Tomaron café y luego de dos horas de espera
se fueron despidiendo.
Fueron detenidos a medida que salían
y se alejaban un par de cuadras del obispado.
El gordinflón con cachetes hinchados
de ángel pintado en el medioevo,
que roncaba a los pies de Némesis,
fue el artífice del descabezamiento
del movimiento obrero paraguayo.
Muchos de los detenidos
nunca más fueron vistos con vida.
Otros, luego de ser destrozados en la tortura,
soportaron largos años
en los calabozos de las comisarías,

y todo gracias al panzón que resoplaba a los pies de Némesis.
Némesis pidió ayuda a ña Eugenia ca-ú
y juntos arrastraron de los pies
al diputado nacional y secretario general de los trabajadores, hasta el interior del rancho.
Luego hicieron lo mismo con el guardaespaldas.
Némesis recordó
lo que iría a ocurrir con la familia del diputado.
Todo se atribuyó a que el primer muerto de la familia,
una vieja tía, años atrás,
fue llevada con la cabeza por delante hasta el cementerio,
y que el féretro le quedaba muy grande
y no correspondía a su tamaño.
A raíz de lo cual,
pronto la esposa del diputado la siguió,
luego un hijo, luego otro,
y su hija, y otro hijo,
y los que quedaban vivos no podían tener descendencia.
Némesis llena la habitación de leña
y tranca la puerta por afuera,
no sin antes sacar su baúl de metal,
para luego derramar
una damajuana de alcohol en su interior.
Hace un caminito con el chorro hasta afuera
y le acerca una cerilla encendida.
Se aleja hasta su sillón a observar
como las llamas van elevándose hasta el techo de la choza.
Los materiales son muy inflamables.
Pronto todo es una sola inmensa llamarada
que amenaza tomar el mangal.
La choza arde de prisa.

Muy velozmente se contagia el fuego.
Por momentos se eleva por encima del mangal,
hasta que gradualmente se va reduciendo en volumen,
aunque en el interior sigue intenso.
Némesis contempla el espectáculo con ña Eugenia ca-ú.
Sus rostros están encendidos y excitados.
Némesis estira de los brazos a Ña Eugenia ca-ú.
La hace sentar sobre sus rodillas mirando las llamas.
Levanta sus ropas y la penetra.
Ña Eugenia, alias María
gime una canción de gozo y éxtasis
con los movimientos de Némesis.
No se oye además,
sino el crepitar de algunas leñas
en lo que era el interior de la choza.
Mientras eyacula con esfuerzo por el cansancio
de la larga noche,
Némesis se pregunta
si los dos dormilones
habrán tenido tiempo suficiente para morir.
Para morir siempre hay tiempo
le responde
ña Eugenia,
porque adivina sus pensamientos.
Las nubes tienen colores lila y blanco.
Algunos pájaros madrugadores,
despiertos por el humo, el tufo y los ruidos de las llamas,
empiezan sus cantos y gorgoritos
anunciando las alegrías del nuevo día.
Némesis, una vez terminado el coito,
bebe hasta el fondo la séptima botella.
Como si quisiera exprimirla.

Ña Eugenia ca-ú, alias María,
mira a Némesis esperando de él alguna orden
o quizás alguna reacción.
El se ha quedado
sentado en el sillón
mirando las últimas llamaradas disiparse.
Vamos a tomar la última botella.
Luego vendrán los soldados de Caifás
a querer prenderme por la muerte de estos angelotes.
Debo estar lúcido y tranquilo.
Ña Eugenia le alcanza la octava botella.
El inicia el proceso de apertura ceremoniosamente,
poniéndola arriba como para una invocación,
pero no termina de destaparla.
En ese momento se acercan vecinos madrugadores,
que toman el mate desde las cuatro
y deben salir temprano
para poder llegar a tiempo a sus labores
luego de atravesar media ciudad.
Habrán visto la humareda espesa
que aún se levanta de la choza incendiada.
Némesis guarda la botella.
Se instala en su sillón
y muestra con un gesto dramático del brazo,
la desgracia que le ha sucedido.
Ninguno de los vecinos
se atreve a penetrar en el interior del mangal.
Se limitan a observar y cuchichear entre si.
He perdido todos mis bienes materiales
pero no los espirituales.
Dice con voz tronante y abrazando a su violín.
A continuación se escucha su risa

que cala hondo de horror y espanto
en los espíritus de los vecinos.
Se oyen algunas lamentaciones
en las inmediaciones del vecindario.
Otras, aún más lejos se escuchan
y motiva el aullido de los perros
que se hacen sostenidos e insoportables.
Está clareando.
Némesis se incorpora.
Vamos hacia el norte,
dice a ña Eugenia ca-ú.
La última no la tomaremos aquí.
La iremos tomando camino de la comisaría séptima.
Aquí ha habido un incendio intencional
y daño a la propiedad privada.
Toma del brazo a ña Eugenia ca-ú.
Se tambalea al dar el primer paso pero se recompone.
Con paso que intenta ser firme
camina un trecho hacia la calle.
Mira a ña Eugenia, alias María y le susurra.
La jornada ha sido larga y pródiga en sucesos.
Debemos denunciar este incendio en la comisaría séptima.
Bebe un largo trago y a continuación
pasa la botella a su pareja.
Ella no desentona en la cantidad de bebida que ingiere.
Tapan a continuación muy cuidadosamente la botella,
que ubican en el interior del saco de Némesis.
Caminan tomados del brazo.
Dan los primeros pasos y ven a Shime-í.
Es el final de los tiempos, dice Némesis.

Capítulo final

Mucho tiempo esperé que volviera a recoger sus escritos y viejas partituras que había dejado a mi cuidado al marcharse tambaleando del brazo de doña Eugenia en la madrugada de los incendios y crímenes. Aún cuando ya era un joven de 17 años, no sabía que hacer con ellos, y aunque los releía de vez en cuando, no me era posible desentrañar lo que algunos giros de su pensamiento y de su imaginación querían expresar. Los guardé en una carpeta, juntamente con las partituras de las mas bellas melodías que acompañaron las noches de mi infancia, cubriéndolos con un velo de misterio, bajo el cual quedaron también los secretos de su capacidad de saber con anticipación las muertes en el vecindario y la prodigiosa noche de luces, cuando convirtió el mangal en templo, la copa de los mangos en cúpula luminosa y las estrellas en faros y haces radiantes.

No volvimos a saber de él. Hasta me amigué por un policía de la séptima para saber si no estaba allí recluido. No me supo decir. Respondió simplemente que en los calabozos había mucha gente y que el no conocía a todos. Que habían muchos que ya estaban allí desde años atrás y a quienes hasta sus parientes habían olvidado.

No puedo decir que lo soñé, porque tengo muy bien guardado su testamento. Cuando él regrese, su testamento estará aquí, aguardándole.

FIN

Se terminó de imprimir
en noviembre de 2002
en QR Producciones Gráficas
Tte.Fariña 1074
Tel.: 214 295

de una intensa búsqueda para descifrar sus propias vivencias y los signos reveladores de la sociedad de su tiempo. *El amor que te tengo* forma parte de una trilogía conformada además por *Volver a Ucrania y Asunción bajo toque de siesta*, ambas aún inéditas, que nos permiten conocer personajes urbanos y rurales que transitan los años 70 y 80 descubriéndolos en su universalidad y su unicidad en el contexto de la sociedad paraguaya.

Con *Memorias de Dios*, el autor hurga en la profundidad de sus recuerdos de infancia para confrontarnos casi con crueldad a la larga noche de los 50 y los 60, donde la represión y el libertinaje se combinan para destruir la inocencia de seres indefensos, pero donde surge también la arrolladora fortaleza de seres como Margarita, capaces de irradiar esperanza en la oscuridad.

Algo que me deslumbró en las páginas de "Memorias de Dios", de Hermes Giménez Espinoza, fue la posibilidad de vivir el alucinado, falso pero sensiblemente sincero, mundo germinado en la mente de un mita'í de nueve años, que es capaz de transformar la copa tupida de los mangos en una catedral y de bajar las estrellas hasta el alcance de las manos.

En esta novela Hermes Giménez Espinoza se muestra como un hábil narrador que nos propone una experiencia gratificante partiendo del supuesto de cierta clase de complicidad entre el escritor y el lector. En efecto, al narrar expone los sucesos como si diera por sentado que el lector conoce sobradamente las acciones y reacciones que dinamizan el universo de su narración, sabiendo muy bien que no es así y brindando, por lo tanto, las claves para su correcta asimilación. El resultado es muy rico. Y placentero.

"Memorias de Dios" es una novela que recrea desgarradoramente una época crucial de nuestra historia reciente, utilizando formas de narrar sumamente interesantes. Y la opinión que deja entrever es más fuerte, inclusive, que la expresión taxativa.

Luis Hernáez